

DEL AUTOR DE "CARTAS POR EL CIELO" Y "PAOLA"

# LO QUE ENCONTRÉ CUANDO TE PERDÍ



FABIÁN TAPIA

# LO QUE ENCONTRÉ CUANDO TE PERDÍ

FABIÁN TAPIA

Copyright © 2018 Fabian Tapia

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1981657290

ISBN—13: 978-1981657292

DEDICATORIA

A mis insomnios elevados a arte:  
Gus Funes y Froy.



# 1

## ROB HILSEN

Era así como siempre despertaba...

Mi frente empapada de sudor y mi corazón al compás del último acorde mi melodía maldita.

Todavía lo recuerdo tirado en el suelo del escenario y con todo lo que lo constituía—su gallardía, la manera en que flotaba con cada movimiento y su altivez, haciéndolo de mármol irrompible.

Su maldita barba descuidada, sus ojos largos, como de emperador egipcio, su cabello representando una danza en sí y su estúpida barbilla, tan afilada que parecía cortarte con sólo mirarla... Todo desaparecido para siempre por el toque de una tecla de un piano de un músico con un corazón roto, que buscaba curar todo con más quiebres.

Oh, su caída.

Una caída que merecía millones de terremotos y no estaríamos haciéndole justicia. Era como si se hubiera venido abajo el rascacielos más admirado del mundo. Ahí es donde entra el efecto dominó: su caída desprendería poco a poco las peores tragedias que en mi vida hubiera imaginado... Tanto para él como para mí, ese suceso nos separó en un abismo en el que jamás existiría un mapa para volver a encontrarnos.

No nos hemos dirigido la palabra desde que todo sucedió. Éramos el uno para el otro; nadie existía sin la gracia del contrario. Él no danzaba con una música extranjera; era la mía o era la mía. ¿Qué otra fidelidad podría exigir un artista? Y con lo que mejor me pagaba era eso: su sonrisa al final de cada ejecución, como si hubiera llegado al orgasmo y estuviera mostrándome lo satisfactorio que había sido todo.

Ahora me pregunto cada maldito segundo qué es lo que pasa por su cabeza, sus manos y su cabello... Si cada pájaro que le alegra la mañana es bien recibido por sus oídos, si cada canto lo recibe con la misma amargura con la que recibe las mías, si al mover los dedos extraña aquella vez en la que le di mi primera lección de piano...

Me pregunto tantas cosas que a veces olvido que existo.

Me pregunto si tantas veces en que intenté ser mejor para ti lo logré.

Si mi tristeza no se te hacía estridente para tus oídos acostumbrados al arte bien labrado, si mis dramas eran dignos de un Juilliard y todos mis abrazos dignos de un titán como tú. [¿Acaso te pude abarcar?].

Oh, nota aparte: no solo tú te quebraste.

[Escucho un resoplido de hastío de fondo].

Siempre he pensado que eras como un cielo roto, sí, pero como un cielo roto por cuyos resquicios se veían miles de estrellas.

Y yo estaba ahí, tan insignificante como siempre.

[Siempre ven al piano, no al pianista].

Yo, como un parche flotando a cubrir la herida de alguien...

[Yo siempre estoy donde está la herida.

Psssssst: encuéntrame].

Me pregunto si mover esos dedos a esas malditas teclas fue un impulso de todo mi ser para sentir tanto dolor, que si siempre he estado predestinado a él, encadenado pero libre para siempre terminar siendo herido y herir a los demás que me salvan sin saberlo.

Maldición.

Desearía pedirte perdón en cada estrella de este cielo que siempre está encapotado.

[¿Tú sí las ves?].

Y es que en Dinamarca nunca puedes contar con las estrellas. Con el frío sí, por eso siempre estoy desnudo. Llevo la nieve en los huesos, por eso también pido perdón, aunque haya sido el acople más perfecto a tu infierno; siempre descongelándome para que el invierno volviera a mí, como un viejo compañero. Así cambiabas mi nombre a Rob—Hilsen—Escarcha.

Por cierto, los tulipanes que me trajiste de Holanda no se han secado; permanecen con el mismo color de hace cinco años, diciendo, gloriosos: “MIRA, SOMOS MÁS DURADEROS QUE LOS QUE JURARON AMOR ETERNO”.

Si te preguntas —porque ya no me preguntas a mí— si sigo yendo a la costa, te digo que sí. Es que siempre se siente desgarrador, como un grito desesperado al final del muelle, el hecho de gritarte te amo. Sí, cada atardecer lo hago. No importa cómo se sienta mi garganta.

[CULPABLE DE MI FUTURO CÁNCER: ZILÉ THORN]

Mentira, tú serás el culpable de todos mis cánceres, no sólo de ése.

Oh, demonios, casi lo olvidaba. No he olvidado que moriré de cáncer. Todos en mi familia han muerto poco a poco de eso. Sé que es muy precipitado decirlo tan temprano [Ja, la primavera está en cada poro de mi ser ¿qué te pasa?], pero cada biopsia y examen revelan que estoy perfectamente bien, pero sé que están rotundamente equivocados. Algún día confundirán un resfriado con un cáncer de pulmón o una urticaria con un cáncer de piel que me irá devorando centímetro a centímetro hasta hacerme parecer un volcán en erupción,

todo sanguinolento.

[¿Por qué no dejo de decir sandeces?].

Oh, sí. La costa.

Hace algunas noches tuve un sueño que se sintió como una premonición: que encontraba una historia dentro de una botella y tenía que ver con un amor perdido de la reina.

Sé que suena descabellado, pero lo sentí tan real, que a veces pienso tener esa botella verde bajo mi cama.

Y con que dice que me perdonas.

Así es como sucede: desenrollo el papel café arena con una prisa desmesurada y dice sólo tres palabras...

TE PERDONO, REGRESA.

Y ahí es cuando despierto, con el maldito sonido vibrante del último acorde que nos separó para la eternidad, como esos rayos que siempre has odiado.

Pero no te apures, cariño, si quieres que regrese no hace falta que me mandes mensajes dentro de una botella; imagino que sentiré ese día en el centro de mi alma, vibrando con la urgencia de una tormenta que acaba con la sequía de una razón perdida.

No te apures, cariño, me sé el camino a casa más que de memoria. Me sé el calor de esos brazos tan cincelados, ese aroma de tu cuerpo tan de naturaleza verde y la música de esos dientes que al chocar me provocan el deseo más intenso de entrar...Y créeme que profanaría esa casa que tienes cerrada a cal y canto, pero como el músico que soy, sé respetar el silencio ajeno. No, no quiero interrumpir todo el duelo que has de estar pasando. Al revés, quiero que lo sintamos el tiempo que tenga que llevar, porque forzar el tiempo es lo que más retuerce las cosas.

[Aunque tú siempre lo torcías con tu sonrisa de mar inquieto].

Quisiera decirte tantas cosas sin ahogarme en toda esta telaraña que son mis palabras. Decirte, por ejemplo, que ya no he vuelto a tocar el piano desde aquella vez. Que ya no he vuelto a bailar como estúpido por las calles cada que una canción se apodera de mí. [Ah, cómo deseo que un taxi se enrede conmigo y me mate para siempre]. Que ya nada llena ese vacío que se siente todo el transcurso de las horas. Que le has quitado todo el dulce a las mañanas para hacerlas azules. Que adiós ya no significa lo mismo, ni perdón. Que cada que intento perdonarme me odio más.

Sé que no soy tan fuerte como para tocar tu puerta, ni para encontrar esa llave que abre todos los candados, pero déjame intentar por lo menos buscar y perderme hasta darme cuenta qué es lo que encontré cuando te perdí.

Porque esto debe tener un motivo en concreto. No es una casualidad tanto romper y

llorar.

Quiero que ya no me veas nadar y naufragar en este océano de lágrimas. Lánzame un halago, una frase que me motive a seguir, una balsa que resista a las olas que embravecidas me arrojan al vacío sin piedad.

Si de por sí el invierno de Dinamarca dura tanto, no me imagino el nuestro.

Todo se siente así: invierno. Las palabras dichas y no dichas cayendo del cielo como migajas del desayuno de Dios. Cubriendo con sombrillas lo salvaje de la ventisca contra las mejillas y tomando el alcohol más hirviente para sepultar el recuerdo. Y sacando un lienzo para guardar un atardecer porque a veces cuesta mirarlo directo; demasiada nostalgia y demasiadas preguntas sin respuesta.

Pero así como se pasa el invierno, la espera del verano siempre da sus buenos resultados. Por más breve que sea, sé que sentiré cada día como el último, cada brisa cálida como el arrullo que nunca tuve y siempre deseé, cada fruto con el dulce que robaste a todos mis segundos y la promesa que me hice cumplida; sanar con cada rayo de luz traspasando mis fisuras: cada rincón de mis costillas, mi columna, mis fémures, mis dientes, mis cuencas vacías.

El punto aquí es que nunca puedo encontrar el universo a la escala que deseo. O siempre me destroza o la gloria la siento más pequeña que yo. El punto es que deseo encontrarte, encontrarme, encontrarnos. Todo es una necesidad abrasadora que me devora en vida y estoy seguro de que en muerte también lo hará. Ya no quiero dormir y esperar por otro día en el que no estés. Ansío todos mis días llenos de ti, porque de otra manera me siento ingrátido, sin nada que sujete todo lo que sucede alrededor.

Te ofrezco más de lo que puedo, con el esfuerzo sobrehumano de quien busca no romperse la espalda cargando el mundo con todas las historias que jamás se escribieron. Te juro que en el momento en el que escuche tu perdón, la Tierra entera dejará de respirar y nuestras almas viajarán para abrazarse y entregarse en el calor de nuestro incendio. Todo arderá para entregarle las llamas que tanto hacen falta en la gelidez de este espacio.

Te suplico que jamás perdones a alguien antes que a mí.

Que todo tu egoísmo se quede para mí.

Que todo tú te quedes para mí.

Ven, acurrúcate en el hueco de este corazón que de tanto reconstruirse siempre ha dejado un espacio para ti en todas sus versiones, que aún guarda las canciones para cantártelas en las hogueras donde quemó mis tristezas y los cuentos con los que jamás he conseguido dormir.

Volvamos, Zilé.

Volvamos porque todo el espacio nos espera en silencio y, sinceramente, extraño todo

el ruido y las convulsiones de cuando nuestros besos sacudían el centro de todo el origen de lo etéreo.

Te ansío, te espero, te extraño, te sueño, te cielo...



## 2

### ZILÉ THORN

Te odio, te desprecio, te evito, te maldigo, te aborrezco...

Es lo que le digo a una libélula que se posa en mi mano.

Estoy sentado frente al Palacio de Christiansborg, en espera de mi padre. Espanto a las palomas que se agolpan con mi bastón de Lucius Malfoy. No sé desde cuándo maldigo a cada ser vivo de este planeta, pero es mi actividad más recurrente y satisfactoria.

Al fin, mi padre sale con el mismo aire del friso de Alejandro Magno. Su abrigo ondea al viento helado y me saluda con un ademán. Camino a su lado con la cojera de siempre.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto.

—De perros.

Es un ser de pocas palabras. Y me gusta. Yo también lo soy; más silencio que nada.

—Verás, ¿tendrás un poco de dinero para prestarme? Me urge para esta noche.

—¿Se te han acabado las pastillas?

—Sí —invento de último momento—. Iré a comprarlas yo mismo. No te preocupes por ello.

Me da más coronas danesas de las que hubiera imaginado.

Y me excita más la aventura que tendré esta noche.

—Quítate la chaqueta —me dice la tatuadora—. Bien, ahora la camisa. Me tiene con el torso desnudo, pero el aire del establecimiento está limpio y cálido, así que no me quejo de nada.

—¿No es una distracción peligrosa? —digo apuntando a mi abdomen.

—He visto mejores.

Ambos lanzamos una risa nerviosa.

—¿Qué diseño quieres?

—Realmente no he decidido, pero será algo tardado...

—Entiendo. Puedes buscar en este libro.

Víboras gigantes desde el culo hasta el cuello, calaveras, cruces, infinitos, rombos, lobos, águilas... Todo es jodidamente colosal. Había imaginado un león desde mi pecho izquierdo hasta el hombro, así que cuando encuentro el indicado, sonrío con excitación y asombro. También un brazo biónico, por lo del accidente, y un reloj haciéndose trizas, como yo a cada segundo.

Diablos. Los modelos están jodidamente buenos. En especial los que están completamente en boxers. Quiero borrarles los tatuajes a besos.

—Éstos. Quiero éstos. Exactamente en esas posiciones y en blanco y negro.

\*\*\*

El dolor no se parece en nada a lo que he sentido otras veces. Desearía que esas agujas estuvieran puercamente infectadas de un virus mortal para dejar este mundo de una jodida vez. Vomitando sangre negra, por ejemplo.

Pero cuando termina, me dice los cuidados que debo seguir y las recomendaciones. Le pago y me encamino al hotel donde me he citado con Rob.

Obviamente, no es para nada bueno. Lo quiero destruir. Quiero hundirlo. Hasta el fondo. Quiero que sienta una desesperación tan intensa que esta vida le sienta ajena.

Cuando abro mi habitación, noto el olor a pasión.

El modelo espera desnudo en la cama, mirándome con atención, planeando la forma en que se acomodará en mi cuerpo.

—¿Es un juguete? —pregunta al ver mi bastón.

—Desvísteme y déjate de tonterías.

Lo hace y parece que tiene un millón de manos. Deshace mi ropa con sus dientes, con un hambre letal.

Empezamos a besarnos, esperando la hora en que llegue mi invitado especial.

Nos fundimos en cada beso. Él tan nítido y blanco contra la oscuridad de mi aura. Rodeo todo su cuerpo con mis piernas (o, bueno, con la única que se salva) y empiezo a moverme lentamente poniendo sus manos en mi pecho, mi abdomen y mis muslos, al final.

—¿Te gustan mis nuevos tatuajes?

Pero no se lo pregunto a él, sino a Rob, que acaba de abrir la puerta y nos mira —nos mira— con una expresión de asombro que no es de este

planeta. Juro que sus ojos se han salido de sus cuencas.

—¿Para ésto me querías?

—¿Te he querido alguna vez para algo más?

Y sale corriendo, queriendo olvidar.

Pero sé que nunca lo hará y me alegra.

Reanudo mi juego y nos deslizamos y quemamos junto al atardecer.

Estoy cubierto hasta el cuello para que mis padres no noten los tatuajes. Soy un maldito descarriado, como bien me llaman ellos y no me importan. Muchas cosas han dejado de importarme. Sexo, una que otra droga y sangre han sustituido a mis antiguos placeres. Pero es un infierno que disfruto, como si nada quemara. Como si en cada llama pudiera nadar y perderme de esta angustiante realidad que sólo me asfixia.

Mi sufrimiento tiene un nombre: Rob Hilsen.

En un concurso nacional de baile, donde ya tenía mi lugar asegurado y toda la gloria, se le ocurrió tocar la melodía más triste del mundo y entre toda mi pasión y la de él todo salió mal; me fracturé el fémur y el diagnóstico fue obvio: jamás volver a los escenarios.

Qué mierda.

Y de ahí el delirio de echarlo todo a perder.

—Debes acompañarme a mi junta de ministros —prorrumpe mi padre.

Casi tiro mi zumo de naranja por cada poro de mi piel.

Demonios.

—Seguro —digo resbalando la tela de mi sweater porque se ha dejado entrever una porción de un tatuaje.

—Cariño, ¿qué planes tienes para hoy?

¿Además de destruir a Rob Hilsen? Ninguno. Estoy bien, gracias por preocuparse. Ja.

—Ninguno, madre.

—¿Te apetece si vamos a ver una obra de teatro?

—¿Otra vez a ver Hamlet?

—No, cariño, esta vez es Woyzeck.

—¡Genial! Pero esperaba ver otra vez al mismo bailarín de ballet. Su bulto es asombroso, se le nota...

—¡ZILÉ, ESTAMOS COMIENDO!

—Lo siento. Entonces es un trato, madre.  
—Muy bien, hijo. Me alegro.

En la tarde hago todo lo posible por ocultar los tatuajes, en especial los de mi cuello. Decido usar una bufanda y queda todo listo. No hay nada por lo que pueda preocuparme, aunque me la pase recordando la cara de Rob con satisfacción.

Finalmente, al terminar de ver la obra, me embarga una felicidad desconocida. Quizá tenga que ver con la empatía por el protagonista: un alma atormentada, deseosa de liberarse de la sociedad, un asesino autodestructivo y completamente roto.

¿Les recuerda a alguien?

Acto seguido, mi mamá me lleva a comprar pinturas y lienzos. Desde mi accidente, tomaba clases virtuales de dibujo y artes plásticas. No era algo que denostara; incluso un tatuaje que llevo en la piel fue obra mía. En cierta forma me calmaba todas las iras que sentía en el interior, ralentizaba el tiempo y me hacía sentir en otro mundo, dentro de los cuadros. Desde entonces sentía que todo en el mundo tenía una belleza macabra en particular que debía retratar, mezclada con la mía.

El lado malo: no poder hacer travesuras con los modelos ni tener modelos.

Tristísimo.

Así que ahí me tenían, devanándome los sesos imaginando falos, músculos y piernas.

Y el impulso extático sacando todo lo que tenía guardado como un torbellino voraz. Mis manos se desdibujaban con la velocidad que conseguía. Y quebraba los pinceles de tanta ferocidad.

Esta noche pintaría algo muy distinto. Algo más allá de veleros, puestas de sol y muelles.

Quiero pintar una traición impregnada de enojo, desesperación y corazones arrojados por acantilados.

Pero ya me había deshecho de Rob, quien podría simbolizar muy bien esos aspectos.

Cierro los ojos y pongo a Chopin para intentar concentrarme.

Imagino todos los colores presentándose como una película ante mis ojos cerrados. Será una isla con un puntiagudo acantilado. Un amante vestido de blanco empujando al otro en medio de la borrasca, pero a ese otro con

alguien esperándolo para atraparlo en su caída.

Comienzo a bosquejarlo todo, tratando al lienzo a cuchilladas, con todo el impulso necesario para dejarme sin sangre.

Ah, y completamente desnudo.

Si tan solo pudiera guardar todos los momentos que intento olvidar en un cuadro y dejar que ahí descansen, para siempre. Pero no; debo tratar al lienzo como un espejo que me devuelva el reflejo de lo que siempre he olvidado que soy, de lo que siempre he intentado sepultar, de los espacios recónditos que nadie más ve salvo yo, el único con la luz adecuada para vagar entre demonios y escombros.

Termino empapado de colores pastel sobre la ceniza y el negro que es mi pecho, mi abdomen, mi cuello, brazos y espalda. Entro a bañarme, con la eterna soledad de siempre, rogándole al agua que apacigüe todas las llamaradas que amenazan con consumirme. Me pongo el pijama para hundirme entre las cobijas y, antes de ignorar al mundo por ocho horas, consulto mi celular.

### **¿POR QUÉ DEMONIOS LO HICISTE?**

Así reza el mensaje de Rob. El último de millones que he ignorado. ¿Que por qué lo hice? Qué aburrida sería mi vida si todo tuviera una razón. Mi vida siempre se gobernará por el caos, por lo imprevisto y lo fuera de lugar.

Vuelvo a ignorarlo y esta vez, me acuesto con la tranquilidad de quien no tiene a nadie para darle razón de su ausencia.

Sin embargo, en el sueño todo es diametralmente distinto. Estamos frente a frente. Nuestras caras están luciendo igual que las perlas. No nos decimos nada, solo lloramos. Ambos nos contamos las lágrimas, pero es imposible dirigirnos la palabra. Hay algo que lo impide y me hace sentir tan impotente que busco borrar su rostro. Despierto con un sobresalto y todo el latir de mi corazón se dirige a otro lienzo en blanco.

Lo dibujo, con ese rostro dolido recorrido por cientos de serpientes azules representando sus lágrimas. Es tan bonito que deseo convertirlo en un pastel y deglutarlo poco a poco. Es una delicia atrapado en las acuarelas. Una delicia jodidamente triste.

Aunque por más que lo desee, jamás podré perdonarlo. Llegar a una tregua es tan imposible, que dibujarlo se me hace un milagro.

¿Quién diría que quien parece tener al mundo en su mano tuviera un sueño tan aquejador? Somos tan tambaleantes. Y no es por comparar el dolor,

pero sé que mis pesadillas no se comparan en nada a las que él ha experimentado. Satisfacción, duelo y dolor, todo se mezcla sin dar ningún resultado salvo un agujero negro en el que ambos giramos. Tan voraz que nos deshace en filigrana.

El cansancio llega a mis párpados, cerrándose como una cueva en la perpetua oscuridad de quien no sabe dónde es su casa y vaga por los corazones rotos porque su casa está ahí siempre: en los quiebres y en la infinita hondura de las heridas.

**ROB HILSEN**

El humo parece meterse por cada poro de mi cuerpo.

La bruja/hechicera/maga/vidente/loquesea se estremece con sus manos levitando sobre el humo del incienso. Sus cuentas africanas borbotean y su collar de dientes —sí, dientes—resplandece con la luz de las velas.

—Veo un maleficio muy fuerte en tu destino. Un maleficio muy difícil de romper.

Cierra los ojos. Está como en una especie de trance.

—Un maleficio a raíz de tu sangre de rey.

Rey. Suelta esa palabra como si se tratara de nada. ¿Sangre de rey? No, ni en mil años lo hubiera imaginado. Por supuesto debe tratarse de un engaño. Tengo tanta sangre de rey como Zilé tiene alma de compasión.

—Lo que más temes te consumirá —espeta al fin—. Tu enfermedad no podrá detenerse. Será igual como en tu familia. Pero sí se puede retardar, si vistes este atrapa sueños de aquí en adelante.

Las plumas son de azul eléctrico despampanante. Me encanta.

—Debes concertar una cita con la reina y de ahí seguir con tu aventura.

¿Una cita con la reina? ¿Me recibiría y me daría una fortuna para así cambiar mi vida para siempre?

—No te prometo que sea fácil, pero debes seguir el curso de tu destino.

—¿Conseguiré su perdón?

Y ahí es cuando todo se tambalea. El humo da chispazos y las cartas comienzan a flotar.

—De mí no conseguirás el perdón si no te vas de una buena vez.

Echo a correr y me encuentro con Picaza, mi mejor amiga.

—¿Qué te ha dicho y por qué estás más pálido que una hoja de cebolla?

—Me ha dicho algo sin importancia. Que tengo sangre de rey y que por eso tengo una maldición milenaria, que mis temores son ciertos y cuando le pregunté sobre el perdón de Zilé, casi se derrumba todo el cuarto.

—¿Qué diablos? Desearía decirte que es una charlatana, pero por sus reseñas, siento decirte que tiene demasiada razón como para ignorarla. ¿Qué piensas hacer?

—Concertar una cita con la reina.

—Ah, qué guay. Yo mañana tengo una con el mismísimo Toma Hiddleston.

—No es broma. En verdad debo hacerlo. Dijo algo sobre el destino y que lo debo seguir sin importar nada.

—Qué guarrada.

Pasamos por un recipiente con un letrero que reza “DEPOSITA UN DIENTE A CAMBIO DE PROSPERIDAD”. Si fuera a cambio del perdón de Zilé, no me importaría gastar toda mi dentadura, pero apuesto a que no bastaría.

—Ya te he dicho que dejes de pensar en lo de tu enfermedad. La mente es lo más poderoso y que estés haciéndote a la idea a cada segundo lo ocasionará más que tu fisiología.

—Lo sé, pero es un ciclo vicioso. Algo compulsivo.

—Tan compulsivo y vicioso como tus ansias por que aquel tipejo te dé el perdón, cuando él debería hacerlo por convertirte en un muerto viviente y deprimente.

—Gracias por los halagos.

—No es más que la verdad. Cambiando de tema, ¿hacemos hygge esta tarde?

—Estaría más que contento de hacerlo. Por favor. Lo que sea con tal de



olvidar todo ese olor a azufre y ese collar de dientes tan...horripilante.

—OK, nos vemos en mi casa en dos horas.

—Perfecto. ¿Pay de manzana o de queso?

—De manzana. Yo pongo las pizzas.

—Genial. Nos vemos, Picaza.

Picaza era mi mejor amiga desde que entramos al colegio. Desafortunadamente, toda su vida ha lidiado con el vitiligo y todo lo que conlleva. A pesar de ello, es la humana más pintoresca que conozco. Pintoresca no le hace justicia. Todas sus manchas blancas no se ven fuera de lugar, para ser honesto. Son como ríos de poesía y caminos de luna. La hacen resplandeciente.

Cojo mis películas de Harry Potter y meto el pay de manzana en una mochila que llevo en la espalda. Mi mamá me ha ayudado a hacerlo. Es su día de descanso en la oficina. Decido hacerle frente a mi inquietud y le pregunto.

—Madre, ¿tienes un momento?

Pone en pausa la televisión y me dirige la mirada.

—Claro, cariño, para ti siempre tengo tiempo.

—Es para una inquietud personal...Verás, ¿sabes si en nuestro linaje hay algún rey o monarca?

—Pero qué cosas dices, rey. Por lo que sé, todos han sido agricultores, pescadores y uno que otro arquitecto.

«El único rey que eres es el rey del drama», me hubiera dicho Picaza.

—Oh, disculpa, mamá. Pero ya ves cómo es Picaza. Dice que vio una extraña imagen de un rey y que se parece a mí. Una tontería.

—No te preocupes, cariño. Pásenla bien.

Abro la puerta y me interno en el frío desolador de Dinamarca, aunque mi

bufanda, guantes y calcetines de Gryffindor no me dejan solo.

Hace una ventisca musical. Pequeño spoiler: tengo sinestesia, lo que literalmente significa «fenómeno neurológico que permite que algunas personas puedan ver sonidos, sentir sabor con el tacto o escuchar colores.» El color que escucho cuando el autobús llega a la parada es uno amarillo chillón y el deshojar de girasoles. Me subo, pago y veo cómo las calles pintadas a pastel se desdibujan bajo la bruma espectral.

\*\*\*

Cuando entro a la casa de Picaza, el calor me envuelve como un dulce sueño de primavera. Tiene la chimenea encendida y todo es un espectáculo grandioso de chispas y olor a roble. Es lo más acogedor que he sentido en mi vida. El olor a pizza también es embriagador. Ponemos las películas y comenzamos a comer, con nuestros labios aceitosos.

A veces pienso que juntos formamos las reliquias de los Tres Hermanos. Picaza, siempre haciéndose la invisible y salvándose todos los días con el favor de su amistad. Siempre está tan cerca aunque estemos lejos y la siento en cada cosa bonita que veo. Zilé, en cambio, es quien posee la varita de saúco, ya que me tiene en su poder con cualquier movimiento que hace. Me dado tantas veces muerte y yo renazco de las cenizas para volverlo a intentar, para probar que no todo está perdido y que por más que anochezca hay belleza en la oscuridad de las estrellas.

Y así es como he vivido desde entonces. Como J.K. Rowling, la autora, que convirtió su depresión en los dementores. Yo he creado música, toda la más deprimente en su tipo. Mis dedos se funden con el piano con una pasión desmedida, dándole nombre a cada sentimiento y moldeando el dolor para dejarlo ir. Ésa es la manera en que convierto mi dolor en arte; ésa es la manera en la que hago fiestas para ocultar el silencio, para demolerme y volver a construirme a partir de los escombros.

Nota aparte, debo darle la noticia a Picaza.

—Mañana grabaré mi primer disco.

Escupe las palomitas y temo que se atragante.

—¿Hablas en serio? ¡ES FENOMENAL!

Nos hinchamos de orgullo y me atrapa con sus abrazos. Es preciosa como cada cuadro que pinta.

—Por fin he conseguido un buen manager que me puede posicionar como yo quiero y que encaja con mi estilo musical. Lo he deseado por todos los años de mi vida y por fin ese sueño está viendo la luz.

No cabemos de la emoción. Así la hacemos siempre: si uno llora, el otro también. Si uno cae, el otro lo hace por igual. Si uno sangra, el otro también sangra.

La última película llega a los créditos. Las cajas de pizza retozan en el suelo y comemos el pay de manzana con demasiado antojo.

—¿Podré acompañarte?

— ¡Por supuesto! Claro que estás invitada, tontita.

Cuando se nos reduce la hinchazón del vientre, tomamos té en la vajilla ancestral de la abuela de Picaza. Decidimos que me quedaré a dormir en su cuarto y acepta encantada.

—Pero debo advertirte que a veces tengo unas pesadillas que me hacen despertar repleto en sudor.

—No te preocupes, no eres el único.

—¿Cómo que la apacible Picaza tiene pesadillas?

Jamás la hubiera imaginado...Pero como he dicho, uno nunca sabe qué es lo que se esconde en los insomnios de los demás.

—El rechazo es mi pesadilla más recurrente.

—Desearía matar a cada uno que haga eso, rechazarte. Qué idiotez.

—Yo también quisiera. A veces me hace sentir tan pequeña e impotente...

—¿Y esas pesadillas tienen nombre?

—Desafortunadamente, sí.

—Pero vamos —intento animarla—. Mañana podrás o sepultarte conmigo en las lágrimas o llorar de alegría.

—Me gustaría hacer ambas —responde reponiendo una sonrisa.

—Eso me alegra.

—Hay que hacer un trato, el primero que despierte sobresaltado le deberá chocolates al otro.

—Acepto —respondo, valeroso.

La habitación de Picaza no rompe los estándares de comodidad de la sala de estar: los dobla. Tiene pósters y tantos cuadros hechos por ella que me siento en un museo.

Al entrar en el sueño, todo es oscuro. Sé que aquel idiota me ha roto el corazón de nuevo. Lo sé porque el corazón me pesa, como si no se sintiera parte de mi cuerpo. Estoy acostado sobre una cama que parece de metal, aunque no está del todo fría. No hay nada frío en esto. Todo está en llamas. Mi piel se siente evaporada de tanto calor que está sintiendo. Mi respiración se entrecorta, queriendo buscar un espacio con aire fresco. Pero no, descubro lo peor: estoy completamente encerrado. Al querer levantarme algo golpea mi cabeza y vuelvo a la posición inicial. Una especie de rayo recorre mis ojos. Una luz ultravioleta, luego azul platino. Rayos de electricidad recorren mi cuerpo y sucumbo al dolor. Al peor de los dolores. Sudo como nunca lo he hecho, con las venas dilatadas como mangueras. Alguien levanta la tapa y descubro que es un doctor con bata verde. Estoy en mis últimos días, lo sé por la delgadez de mi fémur. Estoy en mis últimos días y este dolor no hace más que confirmarlo.

—Bienvenido a su primera quimo, Hilsten.

Y ahí es cuando despierto.

Picaza me soba la espalda, confortándome, pero nada puede calmar estos

temblores acoplados con el dolor punzante.

—No quiero morir, Picaza. No quiero.

Aunque es inevitable, recorro todo lo que fue el día de hoy. La comodidad en la que me he envuelto, el destino que debo seguir para romper el maleficio y la posibilidad de que no sea mas que un mal sueño.

—No lo harás, Rob. Aquí estaré siempre. Siempre estaremos unidos.

## ZILÉ THORN

Estoy sórdidamente y jodidamente triste.

La tristeza repta por mi alma como millones de serpientes, acabando con todo rastro de luz.

Las serpientes son las razones de las borrascas de mi interior.

He buscado todas las formas de destrozarme y destrozar a los demás, aunque no tengan nada que ver. Pero solo existe una persona, sólo una, que no se ha ganado mi odio para nada. Y me odio por eso; por tener un alma inmaculada que representa una debilidad. Alguien a quien no puedo profanar.

Lleva exactamente 16 años en coma.

Ahora tiene un vestido amarillo primavera que contrasta con la palidez de sus brazos. Sus venas tan azules parecen ríos de cobalto.

A veces temo que tantas cosas que le digo en secreto le impidan despertar, porque preferiría seguir durmiendo a ver el monstruoso hermano que tiene.

O que yo tenga que morir para que ella despierte. Como un tipo de justicia.

Le sostengo la mano y empiezo con mi basura emocional. Le cuento sobre lo que le he hecho a Rob; que me vio follando después de haberme tatuado medio cuerpo por puro aburrimiento. Se lo platico como si las confesiones me pudieran expiar de alguna forma. Imagino que no existe manera alguna de lograr mi expiación.

Al final termino sollozando por todo lo que no puedo contener. Siento la carga de los días que vendrán como bloques de concreto sobre mis hombros, reduciéndome a polvo. Pero a un polvo común y corriente que luego se desperdiga en el espacio. Realmente no espero un día en que la paz llegue a mi puerta. Todo lo contrario; siento los días repletos de caos, tan lejos de mis manos, tan ajenos y gobernados por la desesperación, el odio y el rencor que

deseo que éste sea el último. Ya he tenido suficiente. Más que suficiente. Tener que lidiar con mi marca, la pérdida de ella, de la traición de Rob y la infinita propagación de vacíos que habitan mi espíritu.

Cambio mis pensamientos en un último segundo. Porque quiero estar. Quiero estar siempre, para cuando ella despierte y sepa que siempre he conservado la esperanza de verla así.

Estoy cansado, no miento, pero sé que algún día esa misma carga que amenaza con desmoronarme se desmoronará por sí sola, cuando se dé cuenta de lo que he soportado.

Es mi padre quien interrumpe mis pensamientos y la plática muda.

Dice que es momento de ir al Parlamento.

Limpio las lágrimas que trepan por mis mejillas y vuelvo a ser el mismo ser—pletórico—alma—de—titán—irrompible.

\*\*\*

La charla en el Parlamento es una basura. Llevo toda la maldita hora paseando mi vista por todos los bustos que hay en la sala, las columnas de mármol y los cuadros. Sólo alcanzo a oír palabras inconexas de paz, armas, terroristas y control de drogas. Pero, vaya, es Dinamarca.

Cambio de actitud cuando mi padre me invita a pasar el carnaval junto con mi madre y otros amigos. Por fin, una chispa de vitalidad me invade y me hace sentir contento, con esa especie de dentelladas en el vientre. Imagino lo que cenaremos más tarde (siempre es pollo con ciruelas) y se me hace agua la boca. Es lo único exótico en este salón.

Por fin, cuando salimos, el aire llena de gracia a mis pulmones. Me sentía más muerto de lo normal allá dentro. El atardecer está cayendo, con gruesas nubes color castaño tapando al sol.

Una canción cuyo nombre no recuerdo se reproduce en mi cabeza al ver todo

el espectáculo desplegado ante mis ojos. Los caballos usados para la cabalgata son de ensueño. Le hubieran gustado tanto a mi hermana. Los hay de todos colores, hasta uno azul eléctrico que resplandece en la oscuridad. Mi padre me anima a montar uno.

Imagino una muerte poética y también que, según los médicos, cabalgar ayuda a combatir la depresión. Mi caballo es de un café lustroso. Se siente tan suave a cada trote que me es imposible pensar que es de carne y hueso. Quisiera perderme para siempre a bordo de él. Perseguir las estrellas o simplemente, desaparecer por un momento. Antes de que la ansiedad me carcoma, bajo repentinamente y voy a sentarme. Están sirviendo una champaña deliciosa, digna de un carnaval. Están también platicando sobre asuntos que no importan demasiado.

Finalmente, los niños disfrazados corren a partir la piñata. Esta práctica se venía haciendo desde tiempos ancestrales metiendo a un gato en un tonel. El gato simbolizaba toda la oscuridad, la brujería y la maldad, por lo que se buscaba desterrarlo. En esta ocasión, los infantes golpean la piñata con cierto recelo, como si los palos hicieran daño a algo viviente. Y es ahí cuando ocurre: se empieza a fracturar, poco a poco, y asoman los dulces. Y una mancha oscura. Una mancha que se abre paso a como le es posible para después echar a correr.

El mal nunca podrá ser desterrado de esta vida, es tan consubstancial con el bien que dejaría a este planeta sin las leyes naturales que lo rigen. Obviamente, tampoco podrá ser desterrado de mi vida. Ahí está encarnado, sin salida posible. Por más que le inventemos simbolismos, no dejará de manifestarse y de apropiarse indebidamente, en la mayoría de los casos.

Veo al gato que encerré internándose en la profundidad de los bosques, imaginando que así es la vida. Estás encerrado por un ser que desconoces al cien por ciento, mientras todas las circunstancias te golpean y te golpean por cada flanco. Sólo te queda sentirlo hasta que te abras paso por una escapatoria... Porque alguien te ha encerrado ahí sin pedirte permiso.

Antes de irnos de la celebración, tomo un puñado de dulces, no sin antes despedirme del caballo. Acepta mi caricia y parece decirme algo como «a la próxima sí nos escapamos».



—¿Cómo te la pasaste, cariño? —pregunta mi madre.

—De maravilla, como siempre. Fue un placer compartir esta noche.

Lo digo en serio, aunque el sarcasmo se me note en cada palabra que pronuncio. Da igual; me encantó tomar ese champán, montar a caballo y ver cómo el gato salía despedido por los aires.

Para variar, mi atuendo parecía el de un vampiro andrajoso que había perdido parte de una pierna y que ahora necesitaba de un bastón.

A mi mamá también le da gusto que por fin su amado hijo haya tenido un momento de paz, a la par que desea que todos los días siguientes sean así.

—Lástima que no lo hayamos podido pasar con Vika.

—Cariño, ya hemos hablado de eso.

—No lo suficiente, considero yo. Considero que no hemos recorrido el mundo para intentar que despierte. En un hospital de Suiza, por ejemplo.

—¿Crees que no le he intentado? El coma es coma aquí y en todo el mundo.

—Pues no me conformo con eso. Todo este tiempo merece ser vivido por ella, no por nuestras fotografías ni pláticas. A veces me pregunto si existe un ser superior que permita este tipo de injusticias.

—No estamos para cuestionar Sus decisiones, sólo para acatarlas.

—Claro, ahora ven con esa sumisión.

—No es sumisión, cariño.

—OK. Llamémosle como quieras. En el fondo sabemos que cuando despierte tendremos una deuda grandiosa con ella.

—Cariño, estoy completamente consciente de eso.

—Quisiera haber estudiado medicina para encontrarle una cura. No me importa cuánto tendría que perder la vista. La encontraría.

—Hablas con demasiada valentía... Con una valentía admirable.

—Gracias, mamá.

—Pero lamento que no podremos cambiar las cosas como lo imaginamos. Ha estado en las mejores manos de médicos de hasta Noruega y todos coinciden en lo mismo: esperar.

Nunca había sentido una espera tan aniquiladora, una que te perfora sin piedad para dejarte más desolado de lo que ya estás.

Justo es la espera que busca ser llenada con algo o con alguien, pero no me atrevo a descubrir qué. Aunque tal vez lo sepa y prefiero destruirme a perder el honor.

Falta una hora para llegar a nuestra casa. Y todo Copenhague se dibuja ante mis ojos como una pintura extensa de acuarelas. Los canales y cada hogar se pierden entre el azul, el amarillo y el rosa flamenco. Por hoy la ciudad desprende cierta vitalidad por la llegada del verano, como si la época gris se hubiera despedido por siempre, aunque sólo sea una ilusión.

Viendo por la ventanilla recuerdo una frase de Hemingway que dice «Cuando los individuos se enfrentan con el mundo con tanto valor, el mundo sólo los puede doblegar matándolos. Y, naturalmente, los mata. El mundo quiebra a los individuos, y, en la mayoría se les forma cal en el lugar de la fractura; pero a los que no quieren dejarse doblegar, entonces, a éstos, el mundo los mata. Mata indistintamente a los muy buenos, y a los muy dulces, y a los muy valientes. Si usted no se encuentra entre éstos, también lo matará, pero en este caso tardará más tiempo».

Me pregunto en cuál categoría encajo.

El valor, obviamente me falta. No he encarado la vida con valor; la he evadido con una evasión en un círculo vicioso. Siempre recurriendo a los mismos errores, como si cada uno completara al anterior, pero jamás a mí. Sobre lo de dejarme doblegar, he construido todas las murallas posibles para nunca flaquear. Y, entonces, ahí vienen las pequeñas muertes, perdiendo el asombro ante lo desconocido, ante la belleza y ante mi propia existencia. Todo yéndose a un vacío. Sé que en cada segundo muero porque no muero y sé que algún día mi resistencia se habrá ido a un espacio inaccesible...

Algo fuera de la realidad rompe mi ensoñación. A veces creo que algunas cosas pasan y, por más que las creas tan fuera de la realidad, ahí están, tan fuera pero tan dentro que parecen de una película. El cofre del carro se alza ferozmente y rompe el vidrio de enfrente. Papá pierde el control sobre el automóvil y damos vueltas en un espacio en el que todo se escucha como una montaña chocando contra otra montaña, sacando chispas. Mis huesos se sienten tan fuera de lugar que ya pienso en la muerte. Finalmente, el auto rompe las barreras del puente y caemos al vacío, como un cometa en picada. Nos zambullimos a la muerte azul y todo se cubre en el frío repentino de la desolación.

**ROB HILSEN**

Mi estómago bulle en alegría y nerviosismo.

El día más esperado por fin ha llegado. Estoy sentado, aunque me siento levitando entre la bruma de un mar en calma. Cuando mis dedos tocan la primera tecla del piano, el silencio se convierte en una reacción en cadena de melancolía, soledad y pasión desmedida. Reproduzco las melodías que encarnan todo lo que he pensado, sentido y soñado en mis horas. Anhele con mis dedos. Eso es lo que hago. Anhele que todo deje de sufrimiento se convierta en un himno que pueda reproducir cuando toda la raza humana se haya ido y sólo quede yo aprisionado entre el pasado y el futuro. Quiero que lo que nunca sucedió ahora suceda en forma de música. Deseo con los dedos que el quiebre de mi corazón por fin pueda ser escuchado y comprendido por todo el mundo, que no sea un secreto más entre millones. Quiero que el agradecimiento y afecto que siento por Picaza pueda ser relativo para los demás. Quiero que todos los viajes que nunca tuve se conviertan en una canción que mueva millones de almas que han quedado estáticas porque han perdido el tren. Quiero viajar a la luna y que viajen conmigo a todos los planetas que ni siquiera tienen nombre. Quiero que las pérdidas presentes y futuras puedan ser tarareadas, en lugar de sentirse como una tumba. El anhelo de mis dedos desea que las hojas desprendidas en el otoño estén guardadas entre los diarios de los amantes. Que aquel mensaje en la botella por fin acuda a mis manos y pueda trazar una estela para por fin romper mi maldición. Quiero imbuirme de poesía, de valentía y encontrar el significado de todas las palabras más allá del perdón. Quiero ser uno solo, fundirme con el piano en una infinita procesión de sentimientos que hagan estremecer todo lo que se creía de acero. Quiero romperle los oídos a quien se ha negado a escucharme y quedarme en su alma para siempre para que mis sinfonías sean lo último que escuche al dormir y lo primero al despertar.

Siento que he creado un lemnistical con mi piano, porque sigo tocando cuando mi manager hace la señal de que ya hemos terminado. Picaza está hecha un mar de lágrimas, conmovida hasta lo impensable. Me aplaude desde

donde está. Corro a abrazarla. Todo el ambiente está lleno de una melancolía que se extiende como una bruma cálida. Dioses, siento que ya nada me es desconocido; que todo lo que está por suceder al fin tiene su camino hacia mí y que ya dejaré de naufragar.

—¿Te gustó? —le pregunto.

—Dioses. Yiruma te matará de los celos.

Ambos reímos. Los técnicos y Brian, mi manager, también me felicita con un furor extraño.

—Has hecho un trabajo excepcional. Un trabajo que solo un Dios se sentiría capaz de haber hecho. Mis respetos y admiración, Rob.

Después de platicar sobre el contrato, la fecha de lanzamiento, la edición y todo lo pertinente, nos despedimos de este grupo que, hasta ahora y hasta siempre, llamaré familia.

Al estar en recepción, Picaza me es sincera sobre una parte de la causa de su llanto.

—Está en el hospital, Rob. Zilé está en el hospital.

Las palabras «Zilé» y «Hospital» se agolpan en mis oídos y creo que no puedo sostenerme en pie. Ni respirar el mismo aire. Siento que me hacen falta «pulmones» para poder seguir con vida.

[Me desinflo como un globo]

Picaza tiende el periódico Politiken para que lo lea, aunque me sienta incapaz.

En primera plana aparecen todos los detalles sobre el accidente. El carro salió de los límites de la carretera y los cuerpos [sí, «cuerpos»] fueron rescatados por el personal correspondiente, ya que habían ido a parar al lago.

Salgo corriendo hacia el hospital y Picaza corre detrás de mí.

[Y pensar que te estabas imaginando todo un funeral con mi música]

Entro al hospital disparado hacia la recepción. Pregunto por Zilé Thorn y me dan su información: está estable, con posibilidad de recibir visitas. Me dan su número de cuarto y me olvido de todo; de toda la desolación que aflora en las salas, de los llantos desgarrados de quienes ya han perdido y el olor irremisible de muerte en cada rincón. A pesar de que la luz platina me ciega, logro distinguir el número en la puerta. Soy un desastre con la bata, pero logro vestirla con toda la complicación debida.

Está dormido. Despiadadamente roto y hermosamente caótico. Hay unas pequeñas cicatrices en su rostro lúteo, pero por lo demás parece

perfectamente bien, aunque sus venas son más azules de lo común y es más pálido, como un témpano. Tomo su mano y empiezo a hablar, con una perorata de palabras echadas al viento, esperando que logren significar algo y llegar a él a pesar del abismo que nos separa.

[A pesar de la elegía entre nosotros]

—Temía tanto perderte, incluso más que perder mi propia vida — comienzo—. No sabía que una persona se pudiera perder tantas veces, pero veo que sucede. Nunca había imaginado que después de un sueño tan bonito hecho realidad pudiera venir una pesadilla, pero en este día ocurrió. ¿Y sabes qué? Toda nuestra historia se resume en eso: en una lucha de opuestos, en una mezcla entre tempestad y calma... No espero que haya momentos de paz, todos seguidos, pero estoy completamente seguro de que a tu lado siempre habrá paz en cada tormento. Si no crees lo mismo, abre tus ojos y dímelo. Aquí estaré hasta que lo hagas.

«Por favor, Zilé, por una vez en tu vida sé compasivo conmigo. Perseguiré cualquier estrella que quieras para que me cumpla el deseo de que estés bien. Aunque sigas con esa vida de desprecio y amargura, pero sigue. Continúa, porque con la simple idea de que existes, todo en mí se siente en orden. Alimenta mi egoísmo y sigue...

Cuando el fin de mi visita llega, me desprendo de su mano por más que me cueste. Y evito dejar la idea de que en todo este momento ha estado despierto.

—Si no lo haces por mí, por lo menos haz lo por tu familia.

Alguien entra al cuarto.

—No le mienta, joven. Sus padres acaban de morir.

\*\*\*

Estoy en la costa de siempre. Las estrellas aparecen en el cielo oscuro como grandes piedras blancas resplandecientes que se van a impactar con mi cabeza. Hacen ver al cielo como una esfera de cristal cuarteada. La luna se dibuja como un hilo formando una sonrisa acostada, toda plata y elegancia. Los pinos parecen brazos verdes y oscuros que sujetan toda la perfección de arriba. El río tiene la perfección de siempre; es un óleo que guarda la pintura más sentimentalista de todas.

Se escucha un pequeño chisporroteo, como algo que trae la corriente.

[No hay peces a esta hora]

Un resplandor verde oscuro destella y destella como una luz en una

piedra. Al pisar la misma tierra que yo piso, descubro lo que es: la botella con la que he soñado últimamente. Mis manos se licuan con el agua del río, que está caliente como la sangre. Se siente tan incorpórea que siento estar soñando. Pero es real: le quito el corcho y dentro tiene un mensaje.

Así, sin más, un mensaje de otra parte del mundo.

«Otra parte» debe estar más lejos a como se siente el papel en mis manos. Es antiguo y lo que tiene escrito me deja sin palabras y sin aliento:

«Querida Alicia:

Aquí estoy, tan desterrado de ti, aunque la distancia jamás separe a dos corazones que laten al unísono. Jamás me podré sentir exiliado de este amor que compartimos. Sí, tus padres piensan que estando yo lejos dejarás de sentir todo esto por mí, esa sensación de querer arriesgar todo por estar juntos y, por más que he intentado sacarles de su error, siempre he imaginado este desenlace: yaciendo en camas distintas, soñando juntos y amando con las manos vacías. Debes creerme que muero por ser el caballero que siempre quisiste que te rescatara de ese mundo pérfido y tan opresor. Realmente agradezco que yo pudiera simbolizar tu libertad, la libertad que siempre has anhelado. Para infortunio de ambos, han impuesto reglas sobre el corazón; lo único que no puede ser gobernado. Te pido perdón, con la misma intensidad con la que te decía te amo, porque nunca pude ser suficiente para los ojos de tus padres y de tu familia. A ambos nos queda la gloria que vivimos y, aunque fue tan efímera y tan puesta en dificultades, esa dicha basta para extenderla por el firmamento y sentirnos completos. Furiosamente completos. Espero que logres alcanzar la felicidad, porque, por más que nos pensemos, la vida debe seguir y no quedarse atascada en lo que jamás pudo ser, por más que haya sucedido en tu cabeza. Espero que la brevedad de tus suspiros con él puedan ser suficientes para poder sobrellevarlo. Qué bello suena sobrellevar, pero cuánto cuesta. A mí, por lo menos, me hace morir cada segundo, pero estando lejos es la única manera de evitar que no sigas con tu vida. No podría ser impedimento, eso jamás.

Con amor y fortuna,  
Farvel.»

Exprimo la botella contra mi pecho, a la par que las lágrimas resbalan por mis mejillas, tan gruesas como las estrellas. Así que a veces debes aprender a dejar ir, porque ser impedimento jamás le hace bien a quien amas. Así que hay que dejar ir y continuar, por más que cueste.

Debo encontrar a la reina. Porque esa carta está dirigida a ella. Le diré que no la han olvidado, que su amor del pasado sigue soñándola y que el exilio jamás le servirá para olvidarla. Le diré que iré en la empresa más arriesgada y alocada, pero si sirve para reunirlos bastaría. Que quiero romper mi maldición por más que cueste y, una vez que lo logre, amar sin la medida y sin pensar cada partícula de universo que se pose ante mis ojos. Quiero volver a desear con mis dedos.

Iré a buscar una mitad perdida y a encontrarme, por más mar que deba cruzar.



## 6

### ZILÉ THORN

Jamás había imaginado un desastre tan bonito y...sublime. Como si los accidentes fueran causa directa del arte.

El cielo se encuentra despejado, con unas cuantas estrellas iluminando el camino de los muertos. Oh, con eso basta. Parecen pequeñas lunas con brazos de lombriz albina. No sé a dónde se ha ido la luna, pero no hace falta tenerla en frente para adivinar dónde estamos. Cerca del ozono.

El auto sigue su ascenso, como guiado por caballos que trotan hacia lo infinito. Sin embargo, sé que la despedida está cerca cuando alas más grandes que el mismo cielo se despliegan frente a mis ojos. Y entonces los veo, saliendo de mi campo de visión, como dos golondrinas envueltas en llamas azules y naranja.

Sus alas de fuego celestial baten el aire y lo llenan de un olor a azúcar quemada. Son serafines gigantescos que van a entrar al paraíso. Ambos voltean y me sonrían, como si no pasara nada.

«Cuando morimos parecemos seres tranquilos y en paz».

Ningún rostro se inmuta por la desolación. Aun así, me transmiten toda la tranquilidad del mundo, como si con sus sonrisas bastara para imaginar que toda mi vida aquí en adelante estará arreglada y completamente dichosa, sin nada por qué preocuparme solo por seguir.

Sus miradas son un abrazo directo al alma. Siento que sus alas me cobijan y derriten todo el glaciario que hay en mi interior. Una lágrima resbala de mi rostro y se alarga hasta caer en algún océano de la tierra o a alguna cascada o a algún lago de un suicida. Mi cuerpo se siente envuelto por plata líquida, tan extenso que dudo de mis límites y tan etéreo que juro que he dejado la tierra. El automóvil se detiene por un minuto y va hacia atrás, hasta que mis padres sólo son dos manchas envueltas en llamaradas cegadoras. Mi espalda se arquea y va cayendo hacia el mundo, con toda la plata resbalando

de las puntas de mis dedos.

Voy reproduciendo todos los atardeceres y amaneceres que he perdido en mi existencia. Me siento como una polilla, sin más. También los edificios parecen una cápsula de vidrio oscuro con luciérnagas dentro, y cada rascacielos es una aguja de mercurio queriendo alcanzar el cielo. También diviso cada puente que le ha guardado juramento a un humano nostálgico. Los lagos parecen caber entre mis dedos y cada luz la siento como un pequeño foco oculto en mis bolsillos. Puedo palpar lo que se siente el verano y cuando se despide y todo lo que deja atrás. También siento la infinitud de las horas; todo el cielo convulso entre el sol y la luna, girando sin ningún sentido salvo por la pretensión de girar.

Todo el vórtice se consume cuando las estrellas penetran cada trozo de carro. Los pequeños puntos de materia estelar me rozan la piel y me envuelven, de nuevo, para declamarme una poesía en un idioma que no entiendo. Sé que las puedo respirar y aguardo, hasta que cada una entra por mis ojos para hacerme soñar.

\*\*\*

Se han ido. En su lugar hay una sola tumba que guarda dos corazones.

«A menudo el sepulcro encierra, sin saberlo, dos corazones en un mismo ataúd».

El cielo es mi gran ayuda en este entierro cuando sólo quedo yo. Las estrellas hacen su danza en círculos por todo el piélago celeste. Círculos y círculos trazados con plata y humo.

Siempre he sido malo con las palabras, así que no me atrevo a decirles las últimas. Porque, simplemente, sé que no las hay. Vendré a su tumba con una nueva historia — de cómo he roto o me han roto el corazón—, de cómo me he perdido más, de ser posible, y de cómo cada día intento construirme y deconstruirme para probar que existo y que no soy una masa errática vagando por el universo.

Semanas después, cuando este demonio de tener que decir adiós se apacigua y se siente como una llama latente, decido que ha llegado el tiempo de encarar a Rob Hilsen. Ha llegado la hora de confrontarlo —de confrontarnos— y por fin intentar sanar lo que nos ha carcomido por todo este viacrucis.

Le mando una pequeña carta que dice:

**ROB,  
ANSÍO DESESPERADAMENTE VERTE POR UNA MALDITA  
VEZ.  
NECESITAMOS HABLAR Y LLEGAR A UN FINAL.  
¿TE PARECE BIEN EN EL CAFÉ VERONA A LAS 6:30 P.M?  
ESPERA VERTE,  
ZILÉ T.**

Así es, la hora de poner a estas dos almas muertas en vida en un pacto de paz ha llegado. Lo veo llegar al café con su gracia de siempre: sus manos blancas pegadas a esos brazos lánguidos y elegantes, como victorianos, su cabello castaño enredado que siempre busca peinar y apartar con sus dedos, sus ojos azur, como sacados de una pintura al óleo y su andar flotante, como si levitara y el aire le agradeciera con más magia.

Verlo me hace estremecer, porque ya no me mira con compasión. Me mira como si conociera cada rincón y cada baúl que guardo en mi alma aunque tenga llave. Su mirada es la más reconciliadora que he visto en mi vida. Tiene la calma de todos los océanos del planeta, la calma suficiente para apagar todos mis incendios.

— Zilé. Cuánto te he extrañado.

Habla pausado, como si intentara procesar cada palabra porque todavía no se hace a la idea de que estamos frente a frente después de tanto.

— Quisiera decir lo mismo. Porque te he extrañado más.

Él se estremece. Un ligero temblor me permite ver la curva tan sensual de sus clavículas y las pecas que asoman como luceros en un mar de espuma.

— No...No lo esperaba, Zilé.

Cómo negar que su nombre en mis labios me hace sacar de órbita. Como si en lugar de un nombre fuera una completa bendición.

—Prepárate, porque en esta conversación escucharás muchas cosas que aún no has pensado.

— ¿Por ejemplo?

— Que he soñado mucho sobre ti.

— Yo también lo he hecho.

— Claro, pero te apuesto que no con mi misma intensidad.

— ¿Y qué ves en esos sueños?

— Veo días en los que ese maldito baile jamás ocurrió. Sueño días en

los que nuestras manos se tocan y no lo hacen con furia, sino con comprensión y...cariño. Sueño con un perdón en el que ambos sonreímos y nos sentimos tranquilos.

—Creo que ese sueño puede hacerse más que realidad.

«Más que realidad, es una urgencia»

—¿Ah, sí?

— Escucha, Zilé, no hay un sólo día en el que no implore que me perdones.

—Convénceme.

Se acerca, con una tormenta de fuego que me hace sucumbir todas las murallas que he construido para que nadie las penetre. Sus labios saben a sal y a «cura». Siento tanta armonía, como si mis labios tuvieran la perfecta simetría para encajar en los suyos. Siento que estoy impactando contra una nube de algodón y que dentro hay un manjar de frescura, luz y estrellas fugaces. Su boca es un paraíso del que jamás querría ser desterrado. Cumpliría cada deseo, cada antojo, por más tonto que fuera.

Recupero el aliento cuando ya ha terminado.

—¿Sientes lo que te digo? Que en cada flor rota te pido perdón, cada que el invierno hace que mis abrazos se sientan vacíos, cada que me equivoco llegando a una casa que no es la mía, cada que el cielo cae sobre mí y me hace recordar que sin ti estoy más vacío que la soledad.

— ¿Qué me dirías si te confesara que lo siento y que acepto todo tu perdón y que de aquí en adelante no debes sentir otra culpa mas que la de no estar conmigo?

— Diría que el cielo existe y que no es una invención.

— Yo hubiera deseado que este dolor fuera una invención...Que todos estos muros que nos hemos puesto fueran sólo una trampa...

— No temas más, Zilé. No temamos más.

— Te prometo que no, Rob.

— Yo, en mi lugar, te prometo que cada que tome tu mano no sentirás el dolor jamás. Cuando mi piel esté contra tu piel y mis suspiros contra tus suspiros, no habrá oscuridad suficiente para acabar con nuestra felicidad.

— Suena a lo que siempre he esperado.

— Toma mi mano, Zilé, y verás toda la realidad que tengo para ti.

En su lugar, le derramo el café sobre su ropa. Se da un sobresalto que temo que se hundirá diez metros bajo tierra. No siento ninguna compasión por él, ni la más mínima.

— ¡Feliz Aprilsnar<sup>[1]</sup>!

Rompe a llorar. Todo ha sido una broma para restregarle lo que siempre he sentido: que él y yo no somos parte de una ecuación...Que siempre que estamos juntos todo se va al carajo y nada sale bien salvo la tragedia. Corre hacia la calle desolada, con todo el dolor persiguiéndolo como una segunda sombra, tan intenso que pienso que la puedo rastrear.

Y así será siempre esta historia: una compilación de despedidas, de encuentros y desencuentros, de todo lo que no pudo ser y se aferra a suceder.

No habrá forma en que esta venganza pueda ser suficiente. Quiero, obviamente, que vengan más para que lo suman en la absoluta depresión y toda su vida sea una réplica de los mismos días en los que yo estuve encerrado en una cárcel sin rejas a cadena perpetua.

He perdido lo suficiente como para desear que todo, absolutamente todo, en su vida sea un agujero negro de pérdidas. Y que jamás se pueda reparar. Quiero convertirlo en un muñeco de porcelana para romperlo a mi antojo, sin reparos. Y que, todos y cada uno de los humanos que lo acompañen vean sus cicatrices y lo vuelvan a romper, sin piedad, como lo hago yo.

Y vuelvo a mi casa: una jaula que no deja ver el cielo. Echo candado para que nadie entre. Y me acurruco entre las sombras de mi propio cementerio en el que siempre abro mi tumba para atraer todas las cosas que mueren con el deleite de un despiadado coleccionista de pesadillas, derrotas y fisuras.

**ROB HILSEN**

Han pasado cerca de tres semanas desde mi «último contacto» con Zilé Thorn. Desde ese día entro a ducharme queriendo que todas sus palabras y su farsa se escurran con la espuma. Me sumerjo en la tina con el agua hirviendo pensando que todo fue un mal sueño y no una triste realidad con la que choco mis nudillos hasta hacerlos polvo. Pero, por más que mi piel se sienta abrasada, tengo el temor de que el invierno de Zilé haya entrado a mi alma; que sea como una especie de virus que poco a poco se vaya alquilando en mi organismo...

Un día, cuando la desolación era mucha y Picaza estaba ocupada con sus deberes escolares, decidí ir a un café distinto. Pedí lo mismo de siempre, mientras anotaba en mi cuaderno las posibles ideas para nuevas canciones.

[Tener un corazón roto a veces ayuda demasiado]

En eso, un chico —lo supe por sus manos—, se acercó a mí por la espalda y me puso uno de sus auriculares. Demonios, era una canción mía.

[Nota: tenía las manos más suaves del universo]

Lo invité a que se sentara conmigo y comenzamos a hablar. Resultaba ser un estudiante de poesía. Claro, la poesía la llevaba en cada poro de su presencia. Su cabello, todo etéreo, flotando como un nido. Sus dedos, larguiruchos y demasiado afilados. Su mentón, su quijada y frente, delineadas con la precisión de un dios en anatomía. Sus ojos, grises como un atardecer después de llover.

—No sabes el gusto que me da conocerte. Eres una revelación. Sé que muchos ya te lo han de haber dicho, pero llevas en tus dedos una sensibilidad que nadie más ha conocido.

—Tus palabras son demasiado generosas. Te agradezco mucho.

—El placer es mío. Oh, lo olvidaba, mi nombre es Connor.

—Mucho gusto, Connor.

—«En la noche a tu lado las palabras son claves, son llaves. El deseo es rey. Que tu cuerpo sea siempre un amado espacio de revelaciones.»

—¿Cortázar?

—No, Pizarnik.

—Vaya, así que eres como una especie de caja de poemas.

—Sí, lo soy.

—Qué honesto. Oye, por mi error, yo invito lo que quieras.

Su sonrisa torcida es más que un espacio de revelaciones.

—Lo acepto. Acepto todo lo que venga de ti.

De ese poema siguieron más y más. Los declamaba con una pasión especial, con esa que sólo conocen los amantes secretos y los que sueñan en la soledad y anhelan con desenfreno. Su voz acariciaba todas las palabras, tanto que le dije:

—Si mis canciones fueran un poema, ¿qué tipo de poema serían?

Se toma su tiempo. Mi pregunta lo ha tomado por sorpresa.

—Serían ese tipo de poemas que te declaman en un puente. Justamente ese amor desesperado que te ha guardado bajo llave cientos de años y es un minuto o dos antes de que partas para siempre y él quiere retenerte, así que lo hace: te declama y te parte el alma tanto que una parte de ella se queda con él.

—Impresionante. Realmente alcanzo a ver que te ha impactado...

—Me ha inspirado más allá de lo imaginable.

—¿En serio?

—Sí, creo que ahora me titularé más pronto de lo esperado.

Ambos sonreímos. Sin saber, por ejemplo, que la noche ha caído.

—¿Te gustaría ir a la terraza? —invita.

— Por supuesto.

—Perfecto.

Subimos las escaleras con perfecta calma, como si cada segundo tuviera un valor insospechado.

Al llegar a la terraza, vemos el cielo. Es como si alguien lo hubiera pintado con verde, morado y azur. Y como si el óleo se hubiera mojado. Las estrellas titilan contra la explosión de colores, atrapadas en una especie de vidrio delgado.

— «La noche no quiere venir/para que tú no vengas/ni yo pueda ir.

Pero yo iré /aunque un sol de alacranes me coma la sien./Pero tú vendrás/con la lengua quemada por la lluvia de sal.

El día no quiere venir /para que tú no vengas/ni yo pueda ir.

Pero yo iré /entregando a los sapos mi mordido clavel./Pero tú vendrás /por las turbias cloacas de la oscuridad.

Ni la noche ni el día quieren venir /para que por ti muera/y tú mueras por mí.»

—¿García Lorca?

—Esta vez has acertado y, como tú me ofreciste aquello, ahora te dejo a tu elección lo que quieras que yo te dé.

Estoy demasiado cegado y herido por la batalla reciente, así que no quiero echar todo a perder ni acelerar las cosas, lo que sería lo mismo.

—Me lo reservo para después, ¿sí?

—Bien.

Nos dedicamos a ponerle nombres a las estrellas, por más extraño que parezca. Los de él son los más cercanos al arte. Los míos, al desastre.

Al ver las estrellas siento cómo mis ojos se sienten líquidos y todos los sonidos se convierten en ondas, haciendo un océano de vibraciones.

—Connor, ¿alguna vez has tenido el corazón tan roto que piensas que nadie ni nada lo podrá reparar?

—Lo he sentido roto al leer poesía...

—No, en la vida real.

—En la vida real —suspira— lo único que me tiene muerto es no poder encontrar a la persona adecuada.

Veo que sus ojos se perlan.

—Perdón, no pretendía...

—No importa. ¿Qué esperabas de un poeta?

—Ja. Tienes razón.

—¿Por qué la pregunta? ¿Tú sí lo has tenido roto?

—Irremediablemente. Es de una relación de la que pienso que es mi condena para toda la vida; que nunca podré deshacerme de ese vínculo y que será mi eterna cárcel. La siento como una conexión que, si la dejo en el olvido, desapareceré para siempre.

—Quizá, Rob, no has visitado otras cárceles.

Y lo sé, sé a lo que se refiere con certeza, cuando, después de mandarnos veinte cartas cada uno y de tener diez citas y compartir infinidad de canciones y poesías a medianoche, en este mismo lugar y con las mismas estrellas, pruebo el infierno de sus labios. Su fuego me recorrió la garganta y me hizo olvidar todos los nudos. Todo se convirtió en humo. Me sentí tan volátil y tan «desrealizado» que quería que sus labios formaran parte de mi



colección de arte.

\*\*\*

Justo en esa víspera, un secreto vino a demoler la aparente calma que era mi vida. Y de la persona que menos esperaba.

De Picaza.

Decidimos vernos en mi apartamento. Tenía la cara más pálida de lo acostumbrado. Le pregunté si se encontraba bien. Me dijo que no se trataba sobre su salud, que iba a la perfección, sino algo referente a «Zilé» un «secreto» y «ella».

—Llevo enamorada de Zilé incluso desde antes que tú, cuando lo conocí en la Academia de Artes. Te juro que he intentado olvidarlo y arrancarlo y tirarlo al carajo, pero no sé por qué su hechizo no me deja hacerlo.

—¿Me estás hablando del mismo Zilé?

—Sí —responde apenada—, y me siento como una basura.

—No tienes por qué sentirte así. A cualquiera le puede pasar. Tiene un hechizo de los mil demonios.

Asiente. Aunque, por dentro, sienta que no la puedo perdonar. Encajar en esta historia donde todo se remite a tragedias y desprecio es imposible por parte de ella, por más que intento ponerme en sus zapatos.

—¿Podemos cerrar este capítulo, Rob?

—Seguro que podemos, Picaza, no es nada de otro mundo.

—Me alegra. Ahora tú dime, ¿por qué estás más sonriente y cantarín de lo normal?

Le cuento sobre Connor, aunque no con una pasión sobre la cual pueda sentir celos, porque sé que lo haría. Le cuento sobre cómo nos conocimos, le leo algunas cartas que nos escribimos mientras él estudiaba su carrera de poesía y algunos poemas que nos dedicamos. Ella se siente tan alegre. Sin embargo, no me atrevo a preguntarle si es porque piensa que ya tiene el camino libre con Zilé. Sinceramente, intento advertirle que jamás se acerque a él. Que es como una bomba atómica que destruye todo a su paso sin piedad alguna y que estar lejos es la única salvación.

Cambiamos de tema. Esta vez es para platicarle y mantenerla al tanto sobre la sesión con la espiritista. Le cuento que ya he conseguido el mensaje, de lo que trata, pero de que no tengo ni puñetera idea de qué hacer para conseguir una cita con la reina de Dinamarca.

—No te apresures, ni te agites. Verás que cuando menos lo pienses, la tendrás frente a ti. Y sobre la historia que cuenta esa carta, no creo que sea tan fácil juntar esas dos mitades perdidas.

—Lo sé. Suena como un cuento frustrado.

—Y de esos que no tienen un final bonito por más que pasan los siglos.

—Gracias por las esperanzas.

—De nada.

Más tarde vamos a pescar. Es el pasatiempo favorito de Picaza. Le encanta pintar el mar y sus criaturas y lo hace con una maestría admirable.

—¡EUREKA! Había olvidado algo súper importante que tiene que ver con tu historia.

—Cuenta.

—Aunque me temo que no es tan realista como me gustaría.

—No importa.

—Hay una leyenda, muy danesa, por cierto, que habla de un pez que una vez se tragó el anillo más caro de la historia. Era, precisamente, de una reina danesa ancestral y enigmática. Por más que buscaron al animal, jamás lo encontraron. Muchos decían que sólo lo podría encontrar quien tuviera el corazón más roto sobre la faz de la tierra. No cualquiera. Y que, al encontrar el anillo, más que la fortuna, también tendría una prosperidad que lo sanaría por siempre.

—¿Te lo imaginas?

—Así podrías sanarte.

—Y con el dinero encontrar al autor de la carta y hacer que vuelva a conquistar a la reina.

—Pero no te hagas tantas ilusiones, Pajarillo, que encontrar a ese pez sería como saber el número exacto de estrellas en el universo.

—Podemos intentarlo. No perderíamos nada.

—Claro, sólo tiempo y vitalidad.

—A veces no sé para qué me cuentas estas cosas.

—Para iluminarte de esperanzas, por más que te infles con ellas y empieces a levitar.

—Creo tu historia, Picaza. Lo hago. Lo hago porque es lo único creíble para ponerle un fin a todos estos ciclos. Y antes de que esos ciclos se empiecen a hacer más grandes y abrir otros.

—Si es lo único que nos queda, yo también lo creo.

«Y pensar que dos revelaciones me han salvado».



**ZILÉ THORN**

Soy el ejemplo exacto de que la vida no es para todos. Decidí hacerle frente un día nublado cuando la niebla se había comido a media Dinamarca. La desolación, tan frecuente, ahora se hacía más intensa, y todas las cuchillas del mundo parecían estar al alcance de mis muñecas. Viajé a Suiza.

—Cuando usted danza es una completa maravilla. Como si esculpiera la pista y todo el aire lo envolviera en magia.

—Lástima que eso ya haya pasado.

—¿Por qué lo dice?

—Un accidente, en la dichosa pista de baile.

—¿Se puede decir que desde entonces aparecieron los sentimientos autodestructivos?

—Han estado desde siempre. Nací con ellos. Los he adoptado y los he intentado domar o que me domen.

—Eso no es normal.

—Lo es para mí.

Mi psiquiatra decidió que una estancia en una especie de residencia para enfermos mentales era urgente. Y no pude decirle lo contrario, porque era lo que siempre estaba buscando: estar aislado de la civilización para que, cuando explote, todo el incendio sea para mí.

Mi cuarto era más que aceptable. Tenía una cama con olor a jazmines, mi escritorio, alfombras persas, un baño con tina y una ventana...Una ventana con vistas al bosque, que cuando estaba nevado, era todo un espectáculo.

Así los días pasaban. Con la nieve rasgando la ventana, con todo mi peso sobre el colchón imaginando un ataúd, con una soledad vestida de abrigo, con mis brazos vestidos de lana y diarios llenos de dolor en forma de tinta. Los pájaros acudían siempre a darme los buenos días, las ramas sacudidas por la ventisca hacían sus melodías desconocidas y cada atardecer llegaba

directamente a picarme la frente.

Los medicamentos pronto hicieron su efecto. Pronto mi boca empezó a sentir las consecuencias de la medicación. Salivaba más ríos que los que he visto en mi vida. Como si con eso se limpiaran todos los improperios y las maldiciones que he lanzado. Los alimentos dejaron su sabor en alguna parte y mis días se empezaron a sentir más incoloros que de costumbre. También acudían temblores por las noches y ninguna cobija los podía cesar. Era una máquina de saliva, completamente inestable.

Pero algo más importante que el sabor y la saliva ocurrió; dejé de sentir. Cuando el primero de los pájaros que me visitaban murió, ninguna lágrima pudo resbalar por mis mejillas, por más que lo pedí. Moría por sentir un signo que me hiciera sentir humano. Que la piel se me pusiera chinita con la música que una extraña me había enviado, sentir mariposas de fuego en el estómago al recordar...Nada de eso pasaba. Hasta que lo comprendí: me había convertido en un mero envoltorio. Mi alma se había esfumado a un lugar incomprensible.

¿No era eso lo que quería? Que se me extirpara todo lo que me hiciera vulnerable y poco a poco ir desapareciendo, desvanecido hasta el final de mis días.

Cada día se iba despidiendo, como una hoja arrancada del calendario. Así, sin más. Estaba atrapado en una cárcel donde el tiempo se sentía tan escurridizo, como si al cerrar los ojos ya fuera otro amanecer, otro día para sentir la nieve ocultando todo avance de la humanidad.

Paulatinamente sentía las fármacos como parte de mi cuerpo. Me hacían flotar en una especie de espejismo. El único efecto adverso era que ahora mis ojos se sentían demasiado lacrimosos.

Los chocolates suizos hicieron su magia, también. Qué milagrosos resultaban. Podías imaginarte al mundo envuelto en llamas y al comerte uno olvidabas cada detalle hasta sentirte en calma. Resultaba reconfortante el hecho de estar pensando en ahogarte en la tina y de pronto recordar que tienes una caja de chocolates suizos por abrir.

La música de la extraña seguía llegando. Cada semana se actualizaba mi playlist con la música de ella y no me sentía tan abandonado. Qué extraño tener por compañía a alguien con quien no has compartido ningún momento y ya se siente parte de tu historia.

¿Qué aspecto tendría? ¿Qué tipo de valentía le permitiría acercarse a un humano como yo?

«Uno que, como yo, ha perdido suficiente»

Tan difícil que es imaginar a una persona que ha pasado por tus mismas pérdidas y, por más increíble que parezca, sigue en pie.

—Eres muy valiente, Zilé, por hacerle frente a tu enfermedad. No cualquiera lo haría. La mayoría se autodiagnostica o espera su fin. En cambio tú, aquí estás, tan valiente y tan entero.

«Ni tanto»

—Y viendo siempre poesía en la nieve.

Pienso que de eso se trata la vida. De que por más que estés rodeado del blanco de la nieve o de la bruma, puedas ver figuras, poemas y música. Que nada está hueco por más que parezca vacío. Y que, por más que esté tu vida en escala de grises, siempre habrá pájaros que buscan cantarte para que recibas un nuevo día sin el temor de estar solo.

Por más que el blanco inunde esta ciudad, he entrenado a mis ojos para que aprecien cada color que vean de aquí en adelante. Como cuando veía los edificios de Manhattan desde el puente de Brooklyn y sentía cada color como una vibración en mi piel. Quería capturarlo todo, con el simple pasar de mis ojos y vestirlo como un óleo sobre mi espalda.

Cada que veo las plumillas de nieve precipitarse al vacío, imagino que ellas danzan por mí. Que con su gracia van a unirse a algo más grande, como en esta vida. Cada fragmento desprendido es como una señal de unión entre el cielo y la tierra; una especie de amantes que siempre han querido estar juntos, pero que por naturaleza deben estar distantes.

«Por supervivencia»

Me pregunto qué estará haciendo Rob. Si ya ha aceptado nuestra distancia como la prescripción de un médico que conoce el valor de dos corazones rotos y apartados. Me lo imagino con otra nueva historia, una que no duele tanto y con más sonrisas de las que ya ha dado en toda su vida. Como una conversión de todo lo que lo he hecho llorar, ahora en la amplitud de sus labios...

Después de tres meses, recibo la primera visita en toda mi estancia.

Su nombre es Verónica Lempshade.

Es la que me ha estado empapando de música.

Y tiene una historia que contarme.

Es sobre el temor a amar.

Dice que me conoce por un vídeo que vio en un avión en el que trabajaba de azafata. Dice que se enamoró de mis piernas y de mi tristeza. Sabe a profundidad la verdad sobre el accidente y lo que me distanció de Rob Hilsen.

—No eres el único que teme a abrirse con la persona que ama — comienza—. Yo lo he manifestado muchas veces.

—¿Cuál es la causa? ¿Qué te impide abrirte a esa persona?

—Verás. Como decía, no admito catástrofes tan fácilmente. Y él tenía la pinta de que me iba a desbaratar con todos sus huracanes. Además, es lo que llevo en mis genes lo que me retiene. Cambio de apariencia con facilidad, aunque suene difícil de creer. Tengo una enfermedad que me impide tener un único rostro. Un único cuerpo.

—Cómo lo siento.

—Gracias. Ahora tú dime, ¿por qué te encierras?

—Soy un amante de los candados, Verónica.

—Y estás rodeado por tantas llaves.

—Pero yo sólo quiero a una. Y me aferro a moldearla de otra forma para que nunca me libere.

—Suena tan masoquista...

—Lo soy, más de lo que imaginas.

—Verás, yo amaba a Gregory con todas mis fuerzas y con todas mis formas. Alamarlo sentía que veía cada espacio oculto de mi ser, a pesar de toda mi propensión de esconderme, de construir muros en mi interior para que jamás los penetrara. Me cansé de las apariencias, de querer apartarlo y sentirlo más cerca... Pero cuando me di cuenta de ello, él ya tenía una historia en la que yo no podía interferir. A veces te das cuenta de que dejar ir es, por más que cueste, la tregua para conciliar destino y despedidas.

—Creo que entre nosotros no hay ninguna tregua. Pienso que, como tu amado, Rob Hilsen ya tiene más que una historia.

—Entonces espera para poder encajar. Siempre es posible.

—Ya estoy cansado de tanto esperar.

—Entonces no has aprendido sobre lo que trata el amor.

—Me hace falta aprender tanto. Me hace falta entrar al lado bueno de

las cosas, no de las tragedias.

—Tienes que aprender a ver continuidad en los finales, Zilé.

—Estás hablando con un testarudo que cuando vive los finales, ya no se imagina otra cosa.

—Hay belleza en lo roto, hay esperanza en el abandono, hay risas en el llanto y primavera en el otoño. No des todo por perdido hasta que esté irremediablemente muerto.

—No sé, Verónica. Todo se siente tan perdido.

—Entonces comienza una nueva historia. Una donde el final no se ha escrito y lo demás ya está más que olvidado. Inténtalo.

—Va. Hacer que él olvide todo lo que le hecho es como borrar todo el pasado de la humanidad. Así de jodido estoy.

—Si es amor, sabrá de perdón y misericordia.

—No dudo de que sea amor. Dudo de que yo lo sea. De que en mí vea el arrepentimiento...

—Cariño, para eso volvemos al principio: necesitas abrirte. Necesitas que él pueda ver lo que hay en ti. Necesitas abrir las puertas para que él entre a tu oscuridad tomado de tu mano y reconozca cada sentimiento por su nombre, pero a tu lado.

—¿Y si le aterran mis monstruos?

—Te diría que tienes una oscuridad preciosa.

—Sólo espero tener el tiempo suficiente para que él me abra la puerta a su vida. No quiero pensar que ya tiene todos sus días ocupados por alguien más. Mucho menos que, como dices, su historia ya esté completa y no tenga espacio para mí.

—Zilé, ¿por qué crees que yo esté aquí?

—¿Para hacerme recapacitar?

—No, para sacarte de aquí. Ahora mismo vas a ir en busca de Rob y le dirás todo lo que sientes. No cometas mis mismos errores. No esperes a que sea demasiado tarde. Ve, y dile que lo encontraste antes de perderlo.



**ROB HILSEN**

Días después, cuando la calma de la vida no me ha abandonado, recibo un correo que sucumbe toda la calma que antes no me había abandonado.

**LA REAL ACADEMIA DE ARTES INFORMA  
AL CIUDADANO ROB HILSEN  
QUE HA SIDO INVITADO COMO MÚSICO JUNTO A LA REAL  
FILARMÓNICA DE LAS AMÉRICAS PARA OFRENDAR UN CONCIERTO  
A LA REINA DE DINAMARCA  
EN LA VÍSPERA DE NAVIDAD.  
ESPERAMOS CONTAR CON SU PARTICIPACIÓN.  
AGRADECIENDO SU ATENCIÓN A LA PRESENTE,**

RAA.

Doy un salto de la cama. Joder. Estoy temblando de la emoción. No lo puedo creer. Sé exactamente lo que debo hacer en este momento. Debo ensayar, como si cada dedo contra las teclas fuera una caricia a Dios. Y debo, aunque se me vaya la vida en ello, narrarle a la reina con cada nota lo que está sucediendo. Debo hacer sangrar mis dedos en ello. Debo hacer que mi música le haga recordar aquella historia que estaba escrita en un papel dentro de una botella lanzada al mar.

Ha pasado una semana y las canciones están listas. Sólo logré que una de mi creación entrara en todo el concierto. Lo que significa que mis posibilidades de «tocarla» con mi propia necesidad está limitada a unos pocos minutos. Me jugaré la vida en ello, aunque después tenga que romper el silencio y declamarle un discurso sacado de la nada. La canción que tocaré se llama «Saturno» y trata sobre una reina, precisamente, que tiene una hija que está en sus últimos días de vida y ama los tulipanes, aunque Dinamarca esté en guerra con los Países Bajos. Para desgracia de la reina, la única cura para su

hija se encuentra en el néctar de un tulipán. Para ello, juran una paz y consiguen la cura. Sin embargo, al tomarla, la hija se olvida de todo y se va a vivir a Holanda. La canción es un ruego a la hija para que recuerde los brazos de su madre.

Busco que la reina al escucharla se imagine en lugar de la hija, a su viejo amante. Y que me diga «¿Cómo demonios sabes esa historia?» y pueda hablarle de la maldición y del curso del destino para ambos.

«Tiene, Su Majestad, a un primer amor que la reclama. Está en una punta del mundo, pero lo encontraré y le diré que vuelva. Cambiaré su apariencia y será tan despampanante que ni sus padres lo van a reconocer y le pedirán que vuelva a su lado.»

Llevo repasando ese discurso y otros parecidos frente al espejo los últimos días. El concierto es en cuatro.

—¿Estás nervioso? —pregunta Picaza.

—Más que nervioso. A veces estoy extasiado. Pienso que no va a llegar ese maldito día. A veces tengo hasta pesadillas en los que la reina no está o está sorda. A veces imagino que estoy tocando el aire porque mi piano ha desaparecido.

—No pienses en eso. Aunque, vaya, eso no impide que sigas imaginando esas cosas. Llevaré a que te programe un doctor muy bueno. Y verás cómo lo harás de genial. Todos quedarán callados ante tu interpretación.

Sí, me llevó al doctor y me hizo una clase de programación para que ese día me sintiera en comodidad y en completa paz.

—¿Has sabido algo acerca de Zilé, Picaza?

—Sólo sé que se marchó a un lugar muy lejos de aquí, sin causa aparente. ¿Por qué? ¿Todavía lo recuerdas?

—Imposible no hacerlo.

—¿Cómo vas con Connor?

—Fenomenal. Es un ser increíble. Los poemas que me escribe son geniales. Y cada vez que nos vemos me hace inmensamente feliz el hecho de que sea «real».

—Eso me alegra más de lo que imaginas.

—Espero que tú también encuentres a tu mitad perdida, Picaza. Aunque prefieras dibujar a tus ángeles arrebatadoramente hermosos.

—Quisiera pegar volantes por todo Copenhague diciendo que se buscan hombres así.

—Deberías, por más difícil que sea encontrarlos.

—Cambiando de tema, ¿has pensado qué hacer una vez que la reina escuche tu rollo?

—Una vez que lo escuche, le diré que iré en búsqueda de su amor perdido y que cumpliré cualquier leyenda con tal de unirlos, por más absurdo que parezca.

—Más que absurdo, «ALEJADO». Esa es la palabra.

—Quién sabe, quizá aún quede algo de magia en este mundo.

—Concuerdo. Aún no lo hemos descubierto del todo.

Un día antes del concierto, mi mamá rocía agua bendita sobre la superficie del piano, para darme una especie de suerte. En la noche sueño algo muy apacible. Sueño con una joven de cabello blanco. Completa y naturalmente blanco. Guarda en su mirada una especie de nostalgia indescifrable. Estamos en una balsa, con la inmensidad del mar cercándonos. El viento le sacude su cabello y lo contrasta con el cielo del atardecer, que parece tener heridas y estar sangrando.

—El cielo se ha cansado de tanta guerra.

Asiento.

Por más feroz que el océano parezca, ella lo pone en calma. La bruma se confunde con su cabeza.

—Si quieres sobrevivir, búscame.

—¿Cuál es tu nombre?

—Soy Paola. Paola Virginia Woolf.

El sueño desaparece.

Cuando el director de la orquesta apunta en mi dirección, todo el temblor desaparece. Eso es lo que me pasa siempre: los nervios están antes de iniciar. Una vez que lo hago, la concentración es toda mía. Ignoro todos los brillos dorados de los demás integrantes y el silencio abrumador de los asistentes. Un silencio que pesa. Si el silencio hablara, diría «es ahora o nunca. Que tus manos sean las palabras». Ignoro que debo darle el mensaje a la reina. Eso no importa por el momento. Lo único importante es conectar mi alma con cada tecla y levitar con cada sonido logrado. Me permito entrar en armonía. En la armonía de quien toca para sanarse y unir todas sus partes rotas.

Sé que lo estoy haciendo bien. Estoy haciendo que mis dedos sean palabras y que cada una exprese el dolor de un amor perdido que todavía espera. Mis dedos son electricidad pura, la clase de éxtasis de un humano que ha despertado de un coma y tiene toda la vida por delante. Expreso, cuando me escucho, tanta esperanza que creo que el mundo se está acabando. Mi mundo ahora es una pantalla de amarillo con el tacto de la tela de paracaídas. Mi sinestesia está en todo su esplendor. Siento girasoles trepando por las corrientes de aire, el néctar de miles de tulipanes bajando por mi garganta, decenas de girándulas chispeando en el cielo y la brisa del mar colándose por las ventanas, hasta que el piso se ha convertido en una especie de pátina gelatinosa.

Cuando termino, mis dedos siguen despidiendo chispas de fuego oscuro. La multitud está en el mutismo absoluto. Mis pulmones pesan de tanto aire contenido. «El aire está enrarecido y cuesta respirar». Busco la mirada de la reina en los estrados de lo alto. Y la encuentro.

Está sumida en la conmoción. La conmoví hasta las lágrimas. En su rostro, en sus arrugas, se ve la expresión de reconocimiento...Ha vuelto a vivir esa historia y sé que necesita revivirla con urgencia. Necesitamos cruzar palabra. Cuando ya nos hemos dispersado, de alguna forma se logra colar entre los demás y me toma del brazo.

—Lo que sabes, ¿cómo lo sabes?

—Mi majestad, lo sé porque descubrí una botella en un río con una nota que hablaba sobre una historia de amor frustrada...Todos los días anteriores a éste he soñado e imaginado que se trata de usted. Lo único que quiero, en primer lugar, es que me crea. Le hablo con la hondura de mi corazón y todo lo que va a escuchar es cierto. Realmente deseo que me pueda ayudar. Necesito juntar las dos mitades perdidas que son ustedes, por el bien de mi destino. Mi camino no estará corregido hasta que no haga lo que está en mis manos; reconciliar pasado con presente...

—Rob Hilsen, le creo completamente. Cada sentimiento que acaba de despertar en todos habla por sí sólo...Pero me temo que juntar esas dos mitades puede resultar...Dañino y contraproducente.

—¿Ya no lo ama?

—Más que la primera vez, pero el pasado debe permanecer ahí; en el pasado. Si usted abre esas puertas que ya tienen candado, pueden surgir monstruos que no nos gustaría encarar.

—Le prometo que no habrá ningún monstruo, tiene mi palabra. Déjeme

intentarlo. Deme su bendición y le juro que haré lo mejor para que esta historia tenga el mejor final.

—Rob, a mi edad creo que la palabra final es un poco inadecuada. Llamémosle «reconciliación».

—Como usted desee.

—Y si se va, lo hará con toda la protección que pueda ofrecerle. No quiero ningún tipo de percance. Y una vez que lo tenga enfrente, dígame... Dígame que...

—Que no lo ha podido olvidar y que lo necesita irremediablemente a su lado a pesar de las circunstancias y de todo lo que han tenido que pasar. Que todo será como un borrón para empezar de cero y que no hay obstáculos, sino esperanza que realiza su propia magia.

—Eso es más de lo que podría decir.

—¿Entonces lo tengo? ¿Tengo su permiso para ir en esta misión?

—Claro, Rob Hilsen, la tiene. Le daré la última dirección que tengo en mis registros. A partir de ahí, todo el mar será suyo. Espero que esta empresa tan arriesgada tenga un destino satisfactorio. Me aterraría pensar que esta ilusión del amor y de la espera está en los destinos equivocados.

—Le aseguro que no...

—Entonces, Rob Hilsen, déjeme su disco, que este talento no es para escucharlo una sola noche. Lo congratulo. Y déjeme decirle que aquí tiene una casa.

Antes de partir, debo escribirle una carta a Connor o citarlo o, por lo menos, hablar por Skype. Pero me falta el valor. Pienso que todo el valor se lo ha llevado esta misión. Muero por decirle que esto será pasajero y que cuando regrese, todo estará en su orden habitual. Temo perderlo, cuando piense que estoy más que priado y decido guardar silencio, dejarle algo dicho con Picaza y poner pies en polvorosa antes de que se entere de todo.

Lástima, a Zilé no alcanzaré a decirle nada. De cualquier modo, ¿qué podría decirle? ¿Que busco deshacerme de su maldición?

Sujeto el recuerdo de la chica de cabello blanco y encaro al cielo.

«Paola Virginia Woolf, hasta el cielo parece saberse tu nombre»



**ZILÉ THORN**

Con el tiempo he asimilado que la vida es una puesta en escena y que no me he aprendido el guión.

Miro por la ventana del avión, todo escurriéndose como si las nubes fueran una especie de mar morado.

Ojalá los recuerdos también se replegaran como lo hace la noche.

He intentado poder articular palabras pero cuando llego a pensar en «perdón» todas se sienten olvidadas. Como si necesitara que alguien viniera a besarme y así pudiera tener un nuevo diccionario.

«La noche es mi única compañera»

Deseo hacer hoyos en el cielo y esconderme. Yacer junto a las estrellas, donde no hay rencor ni espacio para llorar.

¿Qué le diría a Rob Hilsen cuando lo tuviera frente a frente? ¿Serían suficientes mis intentos para que me borrara para siempre de su lista de necesidades?

Ojalá lo fueran.

Antes de que subiera a este avión, me despedí de Verónica.

—¿No vienes?

—Me temo que no. Debo seguir con mi vida, así como lo harás tú.

—Me imagino que sí.

—Promételo, Zilé. Promete que irás y buscarás tu felicidad.

—Si esa felicidad perdona, claro que lo haré.

—Te voy a extrañar. Ha sido una gran aventura conocerte.

—Me alegra poder decir lo mismo.

—Quiero dejarte una cosa en claro y perdona si soy muy directa, pero trata de invertir el mismo tiempo en pedirle perdón que el que invertiste haciéndole daño y alejarlo.

—Está en mi agenda.

—Y, sobre todo, no te rindas. Que esto se trata de luchar, incluso si la guerra en la que se lucha ya no tiene causa.

—Ya sabes lo que dicen, nadie sale entero de una historia de amor, así que lo tengo más que presente.

—Eso es todo.

Y así, sin pensarlo, ya debes decir adiós. Como si las personas que están dentro de tu telar que es tu historia formaran una tenue línea que ahí queda para siempre.

—Te voy a extrañar, incluso más que a las personas con las que he gastado la mayor parte de mi vida.

—Y yo a ti, Zilé.

También me cuesta pensar que jamás la volveré a ver. O quizá sí, pero con una cara y un cuerpo totalmente diferente hasta tal punto de no poderla reconocer. Vagaremos por el espacio como dos personas perdidas y errantes.

—¿Volverás tú, Verónica?

—Primero debo encontrar mi cura. Eso es lo que él espera. No le gusta admitir extraños en su vida. Al menos en eso nos parecemos.

—Claro...

Para unos la cura es dejar de habitar cuerpos distintos. Para otros es volver a donde siempre es hogar a pesar de que tú mismo lo abandonas.

\*\*\*

Al lado de mi asiento hay una niña que tiene cáncer. Con lo traumatado que estaba Rob con morir como ha muerto toda su familia. Me pregunto cuáles son sus sueños y si podrá tener tiempo suficiente para lograrlos. Luego, hago un contraste con mi vida. Cuánto tiempo he gastado haciendo crecer esta rueda voraz llamada rencor y odio y desesperanza.

Me pregunto si le puedo donar, en caso de no tener el perdón de Rob, toda la vida que me queda. Porque no podría seguir girando en el universo sin un rumbo fijo.

Reproduzco la música que Verónica me regaló...Se siente tan fuera de tiempo, como el augurio de algo que sucederá y me está preparando.

«Dentro de mí siempre llueve y no hay paraguas»

Siento que la lluvia que siempre llevo en mi interior danza, como jamás lo podré hacer yo.

«A eso se quedó reducida nuestra historia: a canciones»

El viaje ha terminado. Volveré a mi rutina de siempre: tener que esperar porque mi hermana despierte, con las manos vacías y el corazón envuelto en



un incendio llamado «desasosiego».

Al llegar a mi casa, reviso todos los dibujos que he hecho. La mayoría están hechos a blanco y negro. Estoy yo, en un cuarto de paredes blancas con las manos en la cara, queriendo dejar ir todo, pero con los muros habituales. Yo, atrapado en la nieve. Yo, despojado del cielo como un ángel caído. Yo, yo, yo... Toda una poesía del dolor envuelto en torbellinos de tormento y guerra perdida.

Ahora, quiero comenzar de nuevo. Eso le prometí a Verónica. Eso me he prometido.

Elijo un nuevo lienzo. Tan fácil que sería escoger un nuevo cuadro sin ninguna mácula y comenzar a dibujar un nuevo camino, sin ningún error en él. Quiero convencerme de que este espacio, este hueco de tiempo, que he hecho, haya despejado un poco la memoria.

Estoy frente a la nada.

Y no pienso dejar que el blanco y negro se apoderen de mis dedos.

Esta vez, quiero dibujar con todos los colores más esplendorosos que mis ojos han visto. Quiero ver una explosión de sentidos.

Dibujo a Verónica, esperando en las escaleras. Yo estoy a un lado, en un baño, viéndome al espejo. La cara de Verónica es un cielo en movimiento. Mi reflejo en el espejo es un fantasma. En cierto modo, los escalones semejan teclas de piano. Estamos volando Nueva York. Es un edificio volátil. Mis manos están sumergidas en los bolsillos, hurgando en el vacío. El cielo es de un morado intenso, con las estrellas contrastando, siendo los únicos puntos de luz en el cuadro. Dibujo lágrimas derramándose y que van a dar hasta donde está Verónica, hasta trepar por sus mejillas y llegar a sus oídos, en forma de cables de auriculares. Lo llamo «EL SONIDO DEL LLANTO».

He dotado de colores a la tristeza.

Recuerdo una frase de la película Siempre Alice que dice: *«Vuelo nocturno a San Francisco, seguimos a la luna. Dios, hacía años que no subía a un avión. A los 11.000 metros estaremos en la tropopausa. El gran cinturón de aire en calma. Nunca estaré tan cerca del ozono.*

*Soñé que estábamos allí. El avión saltaba por encima del aire seguro y llegaba al borde al ozono roto y desgarrado con trozos deshilachados, y eso daba miedo. Pero solo yo pude ver algo gracias a mi don de ver cosas. Las almas se elevaban de la Tierra allí abajo, las almas de los muertos de personas que perecieron por hambre, guerra, peste. Y flotaban hacia arriba como paracaidistas en marcha atrás, con las piernas arqueadas girando,*

*dando vueltas. Y las almas se tomaron de la mano, unieron sus tobillos y formaron una malla, una gran red de almas. Las almas eran moléculas de oxígeno de tres átomos de ozono. El borde externo las absorbió y se reparó. Nada se pierde para siempre. Este mundo es una especie de doloroso progreso que anhela lo que dejamos atrás y sueña con mañana. Al menos, eso creo". Ya está. Oye. ¿Te gustó?*

*Lo que leí. ¿Te gustó?*

*— ¿Qué, qué—*

*— ¿De qué trataba?*

*— Amor. Sí, amor.*

*— Sí, mamá. Trataba del amor.»*

Yo pagaría porque alguien viera amor en mis obras, porque no vieran sólo dolor. Quien pretende saber mi historia comienza así, la mayoría de las veces. Por tratar de describir mi dolor. Yo describiría mi vida como un cuadro rasgado. Sabes de antemano que está irreparablemente roto y dañado, pero no te das cuenta de que cada hilo desprendido guarda cierto color, incluso una cierta historia.

Soy alguien que a base de tropezar encuentra su camino.

Alguien que ha tratado de limpiar su manto de dolor llorando.

Alguien que el día de mañana se encontrará con su gran amor y podrá exclamar la palabra imposible.

\*\*\*

El día ha llegado. Está nublado. Es una especie de augurio, aunque espero lo contrario. Cuando yo diga perdón saldrá el sol. Nos podremos abrazar, fingiendo todo lo rotos que estamos. Le diré que no importa que me haya arrancado el hecho de que pudiera seguir danzando, si hacemos una danza con nuestra historia de aquí en adelante.

Ansío tocar su cabello. Respirar su piel, como si tuviera orquídeas plantadas alrededor. Sentir su aura, resplandeciente, para que me haga ver la luz de una vez y para siempre. Imagino su rostro al escuchar la palabra mágica. Su cara compungida por el pánico de pronto cambiando a una bañada por la gratitud.

Estoy por el puerto donde parten la mayoría de los veleros. Las velas carmesí, amarillas y azules son un espectáculo, junto a las gaviotas. Se me

antoja tanto irme en uno de estos veleros y por un momento ser uno solo con el mar.

«Pero no puedes pasar toda tu vida huyendo, del mismo modo que no puedes encontrar la paz evitando la vida»

Es momento de encararlo todo. Si llega a un final, que sea un final digno del mejor drama del mundo. Si es el inicio de algo, que sea con la alegría jamás vista en este planeta.

Es entonces cuando veo una espalda conocida. Porta una chaqueta de mezclilla azul cielo. Su pelo cortado en forma de dos cortinas negras me da inmediatamente el paradero.

Picaza.

La que me ha rogado tanto amor que ya creo que está toda desgastada y sin vida. La he intentado convencer de que jamás funcionaría. Ni cuando pensé que, estando con ella en una relación, Rob acabaría llorando y odiando la traición.

Tomo aire. El aire suficiente para poder preguntarle sin que vuelva a su típico drama de «te necesito locamente».

Toco su hombro.

Se gira sobresaltada.

Yo me sobresalto.

Sé que algo ha pasado en el momento en que miro su rostro, bañado en lágrimas.

—Se ha ido. Rob se ha ido.

Algo dentro de mí estalla, queriendo abrazarse a lo más bello que he creado y hacerlo trizas.

—¿A qué te refieres?

—Rob—se—ha—ido.

Un estremecimiento me recorre de punta a punta.

—¿Para lo que quieres? ¿Para arruinarlo más?

«Arruinarlo» suena tan sincero, como si se preocupara más por él que por ningún otro ser en esta vida.

—Se ha ido. Se ha ido de ti.

Mi mundo se viene abajo.

—¿Lo descubrió?

—¿Descubrir qué entre tantas cosas?

—Que yo le pagué a Connor para que empezara su romance.

Su rostro se descompone, imposible de creer las palabras que he

lanzado con un rencor desconocido.

—Se ha ido de ti. Es todo. Se ha ido de ti y esta vez es para siempre. Así es esta noria. Un día tienes el «perdón» en tus labios. En otro día, tienes el «adiós» tatuado en el alma.

**ROB HILSEN**

Es tan difícil asimilar que llega un día en el que tienes que decir adiós. Y que a veces, por más que lo evites, será recurrente. Eso lo he aprendido del mejor maestro, del que nunca regresó: Zilé Thorn.

Aquí están mi mamá y Picaza, las únicas compañeras con las que sé que siempre podré contar. A mi mamá le tuve que contar que sería una especie de retiro espiritual, cosa que aceptó sin recelo debido a su religión. Picaza, al saber la verdad, al no saber cuánto tardaré en regresar, es la más sentimental.

—Prométeme que volverás sano y salvo. Recuerda que no tienes que sentirte forzado y realizar esto por creer en esa extraña idea de que tienes una maldición.

—Picaza, ya lo hemos hablado. Las piezas se han encajado. Todo es cierto. Aparte, un viaje así no me viene nada mal en estos momentos.

Y no miento. Es más que necesario. Quiero desterrar a Zilé así como él me desterró a mí. Además, conocer a esa chica de cabello blanco me ha obsesionado a tal grado que no puedo soñar con otra cosa.

—Está bien. No puedo decidir por ti. Yo te prometo que trataré de cumplir en lo que quedamos. También pintaré como una posesa y haré una exhibición cuando regreses. Si no lo haces, no la haré nunca. ¿De acuerdo?

—Tú siempre tan cooperativa. De acuerdo. Es una promesa.

La rodeo con un abrazo. Se siente tan cálida. Sus lágrimas fluyen cual manantial y la sujeto más fuerte, haciéndole saber en abrazos lo que no puedo decir con palabras.

Por ejemplo, que muero de miedo por el hecho de poder contraer cáncer antes de que mi maldición haya desaparecido y estando tan lejos de la civilización. No quiero ni pensarlo, mucho menos transmitirlo, así que debo tener mi mente clara en dar con el amante de la reina, conseguir ese anillo y traerle paz a mi alma.

—Otra cosa, Rob. Si me lo permites, ¿podría seguir dibujando a Zilé?

—Por favor, Picaza, continúa. No soy nadie para poder inculcarle normas a tu arte. Sácale provecho a ese idiota, a pesar de que tiene una belleza que no merece.

—Está bien —ríe por lo bajo—. En ese caso, te dejo partir. Disfrútalo, Rob. Despéjate de todo, que es lo más importante.

—Lo haré.

Nos acercamos a mi madre, que está más que contenta porque piensa que se ha ganado otro adepto para su religión.

—Hasta pronto, hijo —ella como siempre, tan de pocas palabras.

—Hasta pronto, mamá.

—Extrañaré tus pays.

—Oh, hijo. Cuando vengas tendrás tu reserva.

—Eso me alegra demasiado.

—Y recuerda hacer hygge, dondequiera que estés.

—¿Aún en el desierto?

—Aún en el desierto son necesarias.

La abrazo y, tras decirles adiós con las manos, me subo al velero. Tiene unas velas tan blancas que parecen jirones de nubes. Agradezco el haber tomado las pastillas contra el mareo, porque desde que pongo un pie en él todo es un temblor incontrolable. El cielo se muestra piadoso: está tan nublado que me pregunto cómo nos guiaremos. Da igual, el conductor es parte del equipo naval de la reina.

A veces me pregunto si con el paso del tiempo pasaría lo mismo con los recuerdos y las historias del pasado; que tendrá que venir alguien más a recordárnoslas para volver a sentir y añorar.

[Ahí estaba de nuevo: pensando en los ciclos. Por eso me aferraba tanto a cerrarlos...Porque en un futuro temo morir de tanta nostalgia. Desgraciadamente, un ciclo sin cerrar tenía nombre y apellido]

Al ver la inmensidad del mar, muchísimas preguntas surgen de repente. Me hacen recordar tantas historias...Como la de la poeta Alfonsina Storni que se lanzó para morir. Y la ola que golpeó su pecho, haciéndole saber que tenía un cáncer de mama. Imagino lo que se sentiría amar tanto al mar para que después te haga reconocer una verdad tan letal...

¿Cuántos poemas se han escrito acerca del mar? ¿Cuántas leyendas se han contado de él en la hoguera? ¿A cuántos poetas ha alcanzado inspirar? ¿Por qué siento que la chica que sueño tiene al mar tatuado en su cabello y en todo su ser?

Moría por resolver la última pregunta. Moría por llegar a la Isla Garamond y encontrarla y ver qué pensamientos guardaba dentro de esa cabeza tan peculiar.

Cambiando de tema, me carcome por dentro no haberme despedido en persona de Connor. No quería, para ser sincero, ver su reacción. ¿Y si me

necesitaba? Para nuestra mala suerte, su semestre estaba llegando al estrés máximo, por lo que estaba como un recluso. Ya muero también por estar en su graduación. Ver cómo todo su esfuerzo por fin se ve premiado y todo el camino que se despliega frente a él con su inmenso talento.

Pero para ello, insisto, debo cumplir con lo que se me ha encomiado.

No tener cáncer.

Cerrar el ciclo con Zilé.

Conciliar a la reina con su amor del pasado.

De cualquier manera, guardo la esperanza de que todo saldrá bien.

Sí, a pesar de que esa chica parezca una mezcla entre maldad y compasión —por decir lo más amable—.

La calma de la brisa del mar se filtra hasta por mis oídos. Lo respiro como si fuera una infusión de paz.

Pero es todo lo contrario.

\*\*\*

Una bestia, un leviatán de nieve blanca y acantilados despierta de su letargo. Se alza hacia el cielo, impregnando todo el ambiente de azufre y de azur.

\*\*\*

Todas las corrientes se paralizan y se hacen «sólidas». Cada partícula se convierte en hielo, tan cortante y furiosa como la bestia misma.

\*\*\*

El velero sucumbe ante los riscos de escarcha y violencia. El cielo da un vuelco, confundiendo sus nubes con la blancura de los glaciares que se alzan, buscando muertes.

\*\*\*

El aire está viciado y cuesta respirar.

\*\*\*

Cada coletazo de la bestia levanta cuchillos de hielo, flechas y embestidas que van directo a su enemigo.

\*\*\*

El pez áureo ha escapado de su prisión. Alguien lo ha invocado. Lo reclaman.

\*\*\*

A kilómetros de distancia, el cabello de Paola levita y la despierta.

\*\*\*

Rob se hunde en la oscuridad del mar. Le ve el corazón: una clepsidra

azul eléctrica, que bombea despidiendo relámpagos. Son la única luz entre tantas tinieblas.

El aire sigue enrarecido y, donde se encuentra, siente espinas clavándose en su espalda, haciendo la «realidad» más «viva».

\*\*\*

Oh, dolor y desolación.

\*\*\*

La bestia se come al sol. De un sólo bocado. El sol llora y los desgarrones son como una costura que se rompe en el vacío. Las heridas son sangrantes; derraman hiel, demonios y podredumbre.

Las serpientes apenas son legañas en el leviatán, quien inmediatamente las evapora.

\*\*\*

Las nubes chillan, sintiéndose «agarrotadas» tras el paso del frío infinito. Los que se tiendan a hallarles formas verán «derrota» y «profanación» en cada silueta.

\*\*\*

El desastre sume a todo el planeta en un cielo plomizo. Todo la blancura mortal se cierne en la cúpula como una niebla mortífera que a simple vista «mata» e incinera los pulmones.

\*\*\*

Paola se siente imperiosa e «impotente» a la vez. Tiende sus manos al cielo. Parece tener hamsas. Marcas del diablo.

A pesar de que sus manos tienden al cielo, es al mar a quien le exige llevar una presencia a sus pies.

\*\*\*

El leviatán hiende el cielo, dejando una estela igual al rastro de humo que deja un incienso, pero en una escala descomunal.

\*\*\*

El mar sigue sus convulsiones.

\*\*\*

En las profundidades, Rob abre los ojos.

Siente media Antártica anclada en su interior.

Siente el rastro que deja su cuerpo mientras se hunde.

Lo único que alcanza a apreciar es el caos estallando, como un Apocalipsis de nieve, hielo y suplicio.

\*\*\*



La bestia se hunde en su guarida. El vapor hace su música. *Hish, hish.*

\*\*\*

Las manos de Paola escurren su habitual sangre azul/negra.

El mar le tiene una respuesta.

Salta del acantilado.

\*\*\*

Una bestia se esconde, otra sale a flote.

\*\*\*

Paola pone su sangre en el pecho de Rob, con la palidez lunar en su piel. El calor entra poco a poco, primero a su miocardio, depuse a sus extremidades. Por fin, sus ojos se abren y deja escapar por sus labios una gelatina nívea.

—Con quien te metiste, no lo dejaste muy contento.

—Tu sangre, ¿por qué tengo tu sangre?

—Porque es más cálida y más apetecible que lo que sea que el mar te haya dado como alimento.

—¿Qué fue todo el fenómeno que ha pasado?

—¿Y me preguntas a mí? ¿La que menos tiene incumbencia en este asunto?

—Pero eres Paola .—Su nombre al fin se siente completo y real en sus labios.

—Soy Paola, no una analista del clima. Lo desataste tú, al fin de cuentas.

—¿Pero cómo?

—Seguramente hiciste algo que no le gustó. O, al menos, lo has pensado.

—A ti te he pensado más que a él, en todo caso.

—Quizá sea lo más acertado que puedas decir al respecto.

—¿Quién eres, Paola? O mejor dicho, ¿Qué eres?

—Podemos empezar por tu «salvadora». ¿Acaso no conoces la gratitud?

—Sigo pensando que esto es un sueño, como todos los demás.

—¿Qué se siente tenerme en tu cabeza, eh? Quisiera tener una gloria así algún día.

—No bromees. Se siente espeluznante, fantástico y jodidamente inquietante.

—Qué dichoso eres. Mientras no tengas en tus sueños la desolación y la

miseria de lo que acabas de vivir, porque sí, es cien por ciento real, multiplicado por cada noche de tu existencia, date por «vivo».

—No sé a lo que te refieres.

—Pronto lo sabrás, si no se te han jodido los oídos de tanto que se te ha metido.

—Por esta noche, quiero escuchar todo de ti. Como te he dicho, he soñado tanto contigo que creo que formas parte de mi destino, ni más ni menos.

—Acepto contarte, pero tendrá su precio. Primero, tú me dirás por qué has desatado esta tempestad. Segundo, por qué has venido a esta isla tan desolada. Tercero, me dirás con exactitud por qué yo también he soñado contigo. Y último, me deberás tocar en el piano todas las canciones que te sepas de Yiruma. Bienvenido a mi vida, Hilsen. Soy la Paola Virginia Woolf que tanto has perseguido.

## ZILÉ THORN

—Está bien, Picaza, comprendo que se ha ido. Pero cuando se regrese o cuando tengas la oportunidad de decirle algo, dile que yo le pagué a Connor para que iniciara su «relación» con él. ¿Serías tan gentil de decirle eso?

Quiere cachetearme, pero con la bola de demolición que soy ahora, su mano se haría añicos. Y, justo como una bola de demolición, voy a destruir lo que se encuentra a mi alcance (lo que yo mismo he creado): Connor.

\*\*\*

No me importaría ir ahora mismo a su universidad y sacarlo a golpes. Pero no está ahí, sino en su departamento. Todo lo que toco entra en un incendio, el mismo incendio que corre por mi piel. Lo encuentro leyendo, con una calma tan...de otro mundo, como si la ausencia de Rob no le robara el aliento.

—Qué raro encontrarte aquí. Pensé que tener la puerta cerrada significaba algo —dice él, rompiendo el silencio.

—¿No te avisó? ¿No te dijo que se iría?

—¿Quién?

—No te hagas el que no sabes. Rob Hilsen. Se ha ido.

—¿No era eso lo que querías? ¿Que se marchara?

—Idiota.

—Todo lo que has hecho desde que lo conociste es hacerle la vida imposible.

—No tienes el mínimo derecho de decir eso —digo, conteniéndome—. Tú no encajas en esto. Eres un mero títere que yo manejo, un instrumento. No sabes nada acerca de nosotros. Ni la más mínima parte.

—Así que te arrepientes de meterme en tus asuntos —espeta.

—Ahora que recapacito de mi error, sí.

—Quién lo diría. El pletórico Zilé Thorn hablándome de errores.

—No imaginé que llegaran a tanto. Dime una cosa, para ver si lo he entendido. ¿Te has enamorado de él?

—Sí —es lo único que exclama. Y una cascada de agua helada cae sobre mí.

—No te pagué para que hicieras eso. Te pagué para que fueras un actor, no un problema más en mi lista.

—¿Cómo piensas revertirlo?

—No pienso revertirlo, pienso borrarte del camino.

—¿Me vas a matar? —exclama sin terror alguno.

—Te voy a desaparecer de una manera que le duela más a ambos.

El dolor, el rencor y la rabia corren en torrentes por mis venas. Juraría que mi sangre ahora es de un rojo negruzco, hirviente.

—¿Recuerdas esas ganas que tenías de irte a la Universidad de Boston? Pues irás a la Universidad de Boston y se lo harás saber a Rob Hilsen.

—Verás...Lo que hemos iniciado es tan fuerte y tan...especial e íntimo que me seguirá esperando después de que le diga eso. Me esperará como jamás te ha esperado a ti.

Mi puño va directo a su cara. Quiero que cada hueso de su cuerpo se haga polvo.

—Al menos dejarás un tiempo para que se despeje su mente y recapacite sobre lo que en realidad lo hace feliz y lo que ha deseado por siempre. Créeme que no eres tú, Connor. Tenlo por seguro.

—Sólo quiero borrar el rastro que dejaste en él. Ese rastro que le impide ser feliz. Lo has amargado por tanto tiempo, le has quitado «humanidad».

—Cállate. Yo le haré recuperar el tiempo que ha perdido.

—Lo dudo. Conmigo se ha sentido tan completo. Yo junté todas sus piezas perdidas, lo hice sentir como en casa mientras estaba en mis brazos y le hice recuperar su fe en el amor. Mientras tú, oh, olvidé dónde estabas.

—No es de tu incumbencia dónde he estado este tiempo. Pero lo que sí me incumbe es que desaparezcas de una buena vez. Te irás, le dejarás esa carta y se acabó.

—¿Quién me promete que Rob estará a salvo de ti? No me iré mientras no tenga la certeza de que estará en paz.

—Veo que no has entendido.

Lo tomo con mis propias manos y lo arrastro hasta el balcón. Hago que su cuello se doble contra la barandilla, como si así borrara todas las palabras que le ha dedicado a Rob. No tengo piedad. Ni cuando se empieza a quedar sin respiración.

—Esta vez te perdonaré la vida, pero sólo por una vez. Porque quiero que le escribas esa carta. El dinero lo tendrás, eso es seguro. Tan seguro como tu partida.

\*\*\*

Cojo un diario en blanco. Enfrentarme a mis palabras es difícil, así que cuando plasmó las palabras se quedan ahí hasta que la tinta se seca. Son saetas lanzadas al viento sin dirección alguna, envueltas en el vértigo de la tormenta que soy.

«ROB HILSEN,

Te has ido y no sé cómo llegará esta carta a ti, pero tengo la sospecha de que siempre iré a tu rincón de cosas que siempre mueren. Espero que alcances a notar algo de mi desesperación en estas palabras besadas por los gritos que siempre doy en las madrugadas, por las tinieblas y las horas sin ti. Necesitarte se me hace poco y no exagero.

Soy un trueno y torbellino devorando todo a su paso porque no te encuentra.

He visitado todos los museos que te puedas imaginar en busca del arte que reemplace tu belleza y no lo encuentro.

Quisiera saber la dicha que se siente el despertar y que tú estés a mi lado. Ya no haría falta ningún sol en mi vida, salvo el de tus ojos, esos mares que siempre he tratado de contener y he desbordado.

Te pido perdón, por no llegar nunca a tiempo. Es por los relojes, lo prometo, que siempre he odiado y que me odian porque cada segundo es una lucha de te devoro/me devoras. Te pido perdón, por no ser lo suficiente para hacer que te quedes.

Mírame, soy lo que el destino llama tregua entre imposibilidad e insistencia.

¿A dónde te has ido?

¿Con quién te has ido?

¿Para qué te has ido?

Si todas las preguntas que nos formulamos sólo tienen respuestas en nuestros labios. Unidos. No lejos.

Siempre he dicho y creído que nunca olvidas la cara de la persona que fue tu última esperanza. Eso es lo que eres: una última esperanza en este mundo tan agitado donde todo gira en torno a ti.

Me pregunto si sentirás el frío de mis huesos cada vez que despierto en

soledad.

Quiero que seas la luna en este desierto que es mi vida.

Así que vuelve, te lo imploro, vuelve.

Vuelve para que ambos volvamos a sentir la primavera en cada párpado y escribimos poemas en la piel y borrarlos a besos.

Vuelve para que tu risa vuelva a ser mi sinfonía favorita.

Vuelve para que tu cabello vuelva a ser mi danza favorita.

Vuelve para que yo también vuelva a mí.

Con desespero,

Zilé Thorn.»

\*\*\*

Le di una copia de esta carta a Picaza para que se la enviara a Rob. La original la guardo en una botella.

Estoy frente al mar, cubierto por una película névea que me nubla la visión. Pienso en la infinitud del mar y en la infinitud de preguntas que le puedo hacer aunque una sea la más importante. ¿Cuándo volveremos a encontrarnos?

Lanzo la botella con todas mis fuerzas, con la potencia suficiente para que llegue directo a él. Como un abrazo para la segunda alma más solitaria de parte del alma más solitaria.

La botella se hunde, con el peso de todos mis secretos y temores, con el mismo peso de la armadura que he vestido todo este tiempo. Le suplico a la corriente que sea piadosa, que la haga llegar a mi destinatario y que le acaricie las manos como yo deseo hacerlo.

Me pongo los auriculares con la música que me regaló Verónica Lempshade. La primera canción que se reproduce es una que habla acerca de eso mismo: de decir algo. Decir algo porque ambos se encuentran en una desolación aplastante. Cómo odio y amo la última palabra. «Aplastante» tiene una potencia que no tienen otras palabras; muestra el dolor de una vida, el peso de los sentimientos y de la carga misma...

Cambio de canción porque siento en mi interior una conmoción tan «humana» que me hace delirar. La otra canción habla de un romance con un escritor en la oscuridad. Vaya coincidencia.

Porque en estos momentos, el avión de Connor está volando sobre mi cabeza. Se ha ido para siempre.

Lo he logrado.

He logrado aligerar esa «aplastante» carga que me arrebatava lo único que me ancla a esta vida.

Y me he prometido duplicar la dicha que él ha sentido al lado de Connor.

Sé que no se comparará con la mía, lo sé en el fondo de mi corazón, de ese corazón que resurgirá cuando lo vea, cuando por fin lo encuentre.

No me importaría cruzar todos los océanos del mundo con tal de encontrar sus abrazos.

Mi soledad siempre se derrite entre sus dedos, por lo que el vacío que experimento ahora no tiene comparación.

Vigilo la botella que antes flotaba.

Se la ha tragado el mar.

Ya no se encuentra flotando...

Se la ha tragado el mar y me siento tragado, de igual manera.

Y así pasa en los demás días, cuando intento dejarle un recuerdo que le haga recapacitar y venir.

«A veces, las personas están destinadas a estar en la misma historia»

«En la misma historia de desolación y despedidas»

Todo se siente tan...inaccesible, como si no pudiera reconocer ni abarcar el espacio que nos separa. Como si una parte de la geografía del mundo se hubiera ido a la «nada» tras su despedida no dicha.

La realidad se quiere hacer notable en mi cerebro: «se ha ido para siempre de ti, tú mismo lo has desterrado. No tiene una residencia que conozcas porque la siente como su refugio. Y se siente tan a salvo...»

Cierro los puños, como si pudiera materializar esos pensamientos y hacerlos añicos, antes de que ellos me hagan a mí cenizas.

Y, en ese momento, me lanzo al mar.

Tan desesperado que se siente como un deseo cumplido... Aunque sin la gracia que esperaba, ni con la poesía que esperaba, ni con los brazos que esperaba...

Aquí abajo, en la profundidad del mar, todo es tan oscuro que al fin pienso: «he entrado a mi interior.»

Ni más ni menos: no esperaba que mi interior luciera tan tenebroso.

Pero lo es.

Digo.

Mientras.

Me.

Hundo.



**ROB HILSEN**

Los poetas no se equivocan al decir que el mar da inspiración, aunque también da algo más: vértigo. Su inmensidad guarda tantos misterios que da miedo indagarlos, justo como el alma misma que se siente tan pequeña y «reducida» frente a él.

[Segundo «aunque»: Paola da el mismo vértigo que el mar]

Su mirada me sigue perforando como agujas, esperando respuestas.

—Yo, yo no tengo idea de por qué se desató tanta tempestad. Cuando venía en el velero de pronto sentí un frío que se expandía por todo mi interior y que todo daba vueltas y una niebla tan espesa que jurabas respirarla. Luego, estoy aquí porque estoy buscando conciliar dos mitades perdidas de una historia de amor del pasado. Se trata ni más ni menos que de la reina de Dinamarca. Y, claro, te tocaré todas las canciones de Yiruma que quieras, pero dudo que en esta isla tan desolada exista un piano.

—No tan desolada del todo; precisamente el hombre que buscas posee uno.

—¿Cómo demonios lo conoces?

—Primero te diré el porqué. Porque soy una observadora del mar y cada día y cada noche lo he visto que revisa la costa, esperando, exactamente, la respuesta a esa botella con el mensaje del que hablas.

—Qué sorpresa. ¿Y lo conoces a profundidad?

—Me ha dejado tocar su piano, tú sabrás.

—¿Crees que vuelva a sentir la misma pasión como para volver al lado de la reina?

—Nadie sabe más que yo que a veces la antigüedad es la que reina en el corazón, aunque pasen mil vidas siempre tendrás el destello de quien dejó luz en tu camino cuando sólo había penumbras y demonios y nadie se intentó acercar a tu oscuridad salvo esa persona.

Ella es como una conciliación entre desesperanza y fe.

—Realmente me ilusionas. Venir y que todo resulte contraproducente

sería un duro golpe, más por lo que estoy pasando.

—¿Qué has hecho? ¿De quién huyes?

—A veces pienso que huyo de mí. De lo que he hecho...Te contaré porque me das mucha confianza y, claro, después de esto volveremos a ser unos desconocidos. Resulta que lastimé sin querer al compañero de mi vida. Se llama Zilé Thorn...Cómo me arrepiento de ese día. Yo era el pianista encargado de tocar la melodía que él iba a bailar. Cuando llegó el momento, me exalté tanto al tocarla que Zilé sufrió un accidente que le impidió de por vida volver a bailar. Lo maté, Paola, lo maté.

—Tú no mataste a nadie, Rob. Fue un accidente. Quien decide morir o no después de un cambio de destino, es él y nadie más.

—Pero le quité esa humanidad que siempre destellaba, lo que lo hacía «él». Desde entonces no es más que un humano en busca de venganza.

—Te lo repito: es él quien ya no quiso recuperar su humanidad. Somos los únicos que nos recomponemos o nos desgastamos más. Depende de cómo enfoquemos nuestra energía o cómo la lancemos al vacío. No te preocupes por lo que pasó o lo que podría pasar, porque ya está escrito y sin posibilidad de remediarlo.

—He buscado tantas veces obtener su perdón. Lo siento como una necesidad vital, que puede cerrar todas nuestras heridas.

—¿Y no te lo ha dado?

—A pesar de mis deseos, no. De algún modo nos perdemos en esta lucha que es sanar y escapar.

—¿Sientes como un hueco en el espacio y en el tiempo que nunca los deja unir las historias del pasado y del presente?

—Exacto, como un hueco en el que no encajan las palabras que queremos decirnos y que necesitamos.

—En ese sentido, denle espacio a las ruedas del destino para que se acomoden.

—Eso es lo que hago ahora, y ojalá que funcione, porque me temo que después sería demasiado tarde. Si de por sí, ya estamos demasiado gastados de andar desperdigados y errantes.

—Te diré una cosa, porque veo que esta maraña de perdones y desencuentros y rencores te parece demasiado...La vida funciona como una cadena que se gira por las muertes, las guerras, las enfermedades, los deseos, lo que perdemos, lo que ganamos, por las ambiciones, por las derrotas; es algo que no para, algo que siempre tiene hambre de sentirse «vida» y no estatismo.

Así, esta cadena te va demostrando que por más que te pares en una depresión o pensando cosas que ya no se pueden configurar, el mismo freno te aplastará en la monotonía de tus días. Por eso siempre debemos de no quedarnos quietos porque al universo no le importa lanzarte una montaña para que recapacites. Y por eso mismo, te deseo que avances, por más que te sientas anexado a esa historia con él, como inseparable. Es revelador cuando mueren las estrellas: se forman superno vas. Uno nunca sabrá la belleza de la muerte si no se destierra de lo que mata poco a poco y no de manera definitiva.

—¿Ya te puedo dar el nobel por el discurso más emotivo sobre la mutación de las cosas?

—No, mis canciones de Yiruma primero, señor.

—De acuerdo.

—Ahora, si me permites preguntarte, ¿cómo piensas que dos partes del pasado ensamblen ahora?

—La reina siempre lo ha buscado, necesitado y amado a él. Para poder, digamos, mantener las apariencias, está escrita en una leyenda que debo encontrar un anillo, el más costoso del mundo, que está en el interior de un pez en la vastedad de los océanos.

—Qué bonito cuento de hadas.

—Sí, sé que suena idílico, pero también tiene su parte oscura. Tengo una maldición, Paola, moriré por lo que ha muerto toda mi familia: por cáncer. Es inevitable a menos de que haga esto.

Su rostro se ensombrece de pronto. Es compasión. Y empatía, como si en mí encontrara una especie de alma perdida que la acompaña y no la hace sentir tan maldita ni desamparada. Es una sombra de alivio, porque se siente tan...conciliadora.

—¿Pasa algo?

—No —repone— es simplemente que...Me sentía tan maldita, precisamente, por mi maldición. Sentía que no había nadie más que se sintiera así. Ya sé que tu asunto es algo más natural, pero...me siento compadecida.

—¿Qué especie de maldición tienes tú?

—¿Me creerías si te lo dijera?

—A partir de que supe eso, creo cualquier cosa.

—Está bien. Verás. Cada noche, sin distinción ni piedad, tengo pesadillas con el mar. Que me reclama para que por fin ponga fin a mi vida. Por eso me he mudado hasta acá, para estar rodeada por él, pero jamás hundida en su reclamo. Todavía espero poder enfrentarlo para darle fin a él,

no a mí, a pesar de no tener idea cómo y tener la certeza de que no acabará bien.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Al menos no es algo que pueda sentir tan «físicamente»... Sé que lo podrás superar Rob, si es que esa maldición no se rompe. Pero ten la certeza de que cuentas con mi entera ayuda.

—Eso me hace sentir más tranquilo.

Tras un trecho de silencio mientras subimos una colina empinada, musito:

—Jamás hubiera imaginado que alguien hiciera realidad la canción de The One That Got Away.

—¿Qué dices?

—¿De dónde demonios eres que no sabes de la existencia de esa canción?

—Era de California, antes de morir.

Palidezco. Si esa palabra me puede hacer justicia.

—Es broma, tonto. Soy tan de carne y hueso como tú. Fue un falso suicidio. Me lancé al mar con el Cadillac de mis padres y mis identificaciones, así podrían asumir mi muerte. En su lugar, me mudé para acá, el lugar más olvidado del mundo.

—¿Por qué alguien como tú desearía morir?

—Mejor dicho, ¿por qué alguien como yo desearía no morir? Así nos ahorraríamos más tiempo.

—Como sea, pero por favor explícame.

—Está bien. Todo sea por Yiruma. En aquellos días me sentía tan golpeada por la fatalidad del destino. De algún modo descubrí que mi novio era una completa ilusión. Una falsead. El único anclaje que tenía a este mundo había desaparecido, de la misma forma que me hubiera gustado a mí: ser una ilusión. Aunada a mi depresión, esa causa me tiró al vacío por completo. No quería seguir respirando en este mundo si no estaba él para compartir el aliento. Lo demás ya es una historia que a veces no tiene ni pies ni cabeza.

El cielo está vestido de azul cobalto contra blanco eléctrico de las estrellas. La oscuridad de esta isla es algo muy peculiar: cada sombra parece tener su propia luz. La hierba se mece imitando una danza y el vapor del mar se te mete a los pulmones y les hace cosquillas.

—Lamento saber lo de tu novio. Se debe sentir fatal.

—Lo fue. Pensar que lo único que cobra «realidad» es una ilusión, te

mata. Afortunadamente, como por arte de magia, en mi falso suicidio pedí de deseo encontrarme con él. Y fue así. Se hizo realidad. Lo encontré en esta isla.

—Qué maravilla. Por fin, encontraste a un consuelo dentro de tus tantas pesadillas.

—Y más que eso, créeme. Es como el alivio que sientes cuando encuentras a alguien a quien sujetarte firmemente cuando las olas del mar vienen a golpearte en medio de un tsunami. Porque así son las embestidas del destino, aunque no lo parezca.

En ese momento, vemos a unos pocos metros una sombra que a Paola le resulta familiar por la forma en la que mira. Al borde del precipicio, para ser exactos, está inerte la figura de un hombre. Hasta en la sombra se le ve la desolación que lo embarga y el dolor de quien no ha visto el sol entrar por su ventana en el invierno más avasallador.

Es él.

De quien sigue enamorada la reina.

Pero no lo sabe.

Y no lo sabrá.

Si no lo rescatamos a tiempo.

Corro en su dirección, incluso cuando el polvillo que levanta de la porción de tierra desprendida ensombrece mi visión. Mis brazos de pianista se alargan al tenderme en la superficie, tan afilada e hiriente. Logro tocar su piel y aferrarme a sus huesos.

—La reina de Dinamarca no está precisamente en esa región.

Mis brazos amenazan con desprenderse, hasta que llega Paola.

Quien, con sólo dos dedos, lo levanta en el aire.

## ZILÉ THORN

«El dolor es una casa donde las sillas han olvidado cómo sostenernos. Los espejos, cómo reflejarnos. Las paredes, cómo contenernos. El dolor es una casa que desaparece cada vez que alguien llama a la puerta. Una casa que vuela por los aires con la mínima brisa. Que se entierra hondo en la tierra mientras todos duermen. El dolor es una casa donde nadie puede protegerte. Donde la hermana menor se hará mayor que la mayor. Donde las puertas ya no te dejan entrar ni salir.»

Nadie pudo haberlo dicho mejor. Desde que descubrí que era millonario, sentía que el mundo me pertenecía. Que podría pagar hasta la muerte y más. Que sería invencible. Que el dolor jamás se convertiría en una casa habitada.

Cuando descubrí el coma de mi hermana y que ningún médico podía despertarla, comprendí que el dinero no es sinónimo de invulnerabilidad.

Cuando perdí a mis padres en el accidente, comprendí que el dinero no es sinónimo de invulnerabilidad.

Cuando perdí a Rob Hilsen, el único faro que me guiaba a casa en la borrasca, comprendí que el dinero no es sinónimo de invulnerabilidad.

Ahora, cada respiro que doy cuesta. Como si el aire se convirtiera en una especie de recordatorio. La música que escucho se torna triste a pesar de ser festiva. El suelo que piso duele al caminar, como duras espinas penetrando pies descalzos. Duele imaginar la espera por un día nuevo, ya que el sol oscurece y enfría cada hora. Duele desprender los días del calendario, porque cada uno está vacío.

Duele pensar que todo se acumula como una inestable torre sobre mi pecho, que está abierto y pudriéndose. Es un dolor que se despliega al infinito, que no conoce fin ni conoce muerte.

Y las lágrimas no salen. Si es que sirven para depurar, pero no salen. Soy un mar contenido con las barreras más resistentes. Cada quiebre en ellas duele, pero no deja escapar ningún átomo.

Se me hace fácil pensar que habrá un nuevo amanecer en mi soledad, pero mis ojos ya no están acostumbrados a ver los demás colores. Es como si sólo el blanco y el negro estuvieran presentes en el universo.

Y no, eso no se arregla con ninguna terapia ni con ninguna medicación. Somos humanos lanzados al mundo sin consentimiento, dispuestos a soportar una época y a ser juzgados si abandonamos la partida —cuando es la única alternativa que nos hace sentir a salvo—. Nadie nos preguntó si queríamos una vida. Y, una vez con ella, nadie nos pregunta cómo la estamos lidiando. Como si no fuera suficiente seguir por las reglas que otros han establecido, aceptar las despedidas injustificadas, decir los perdones mil veces hasta que se acepten.

Estoy...

Cansado.

De.

Este.

Mundo.

Que resulta un estropicio, una continua contradicción, un auto choque. No es más que una catástrofe.

Deseo dormir justo como lo hace Dios.

Deseo que mis párpados ya no se sientan pesados. Que al despertar no deteste el día que no he vivido. Y que, al dormir, no desprecie aún más lo que no he hecho.

Retomando lo de la medicación, siento que esto ya es parte de mí, como algo insertado en mi ADN. La tristeza es un virus que ama a su huésped y viceversa.

La tristeza se alimenta de otras cosas, como un monstruo voraz. Es una bola que crece y crece para jamás tener fin.

Por más que intento desterrarla de mis terrenos, siempre regresa. Quizá se trate de que aproveche la lluvia que siempre se escurre en mi interior, plantar algo en mi desierto y dejarlo crecer. ¿Pero qué alma tan viajera cuida de sus plantas?

El siempre será el adiós que no podré decir. El causante de que mis ojos siempre estén empapados en ayer. Siempre será el amor que nadie ve.

Qué fácil poder irte de un amor inconcluso, como si con tu partida pudieras darle un final. Pero eso lo he tenido que aprender: no es un final lo que no se acepta entre los dos, no es final huir, no es final escapar, no es final balbucir un adiós, no es final cerrar una puerta y dejarme la llave.

En cualquier espacio en el que estés, espero que el viento te susurre mis palabras. No, no son de aliento ni una súplica para que vuelvas, sino un poco de silencio, un poco de gritos y un mucho de necesidad.

Debo ir al mar.

¿Me devolverá las palabras?

¿O las ha absorbido ese azul tan siniestro?

Como sea, espero que se haya envenenado.

\*\*\*

Estoy frente al mar.

No me ha devuelto las palabras.

Las ha absorbido su azul tan siniestro.

Se ha envenenado, pero sigue con vida.

Sí, existen personas así. Me corrijo: existimos personas así, con el veneno en cada glóbulo rojo, resistiendo.

Alguien alguna vez me dijo que somos una suma de yoes. Que nos vamos corrigiendo a medida que avanzamos, con las pérdidas y los errores, hasta ser una inestable columna humana. Así me siento ahora: como una persona con una multitud de capas.

Con.

Un.

Secreto.

En.

Cada.

Una.

No es que sea un círculo vicioso: es una necesidad. Es mi equivalente a construir murallas para que el mundo no te hiera tan pronto.

Y luego me pregunto por qué mis muros de contención jamás se derriban.

Pues ahí está la explicación.

El mar se presenta ante mis ojos como el titán que sí logró la eternidad. El único con la capacidad de ser recuerdo y olvido a la vez.

«Quiero ser el olvido perenne del mar»

A veces tienes la urgencia de que alguien te susurre al oído tu canción favorita o simplemente los secretos del universo. O que su mano te sostenga



para no dejarte caer. O un beso sobre tu piel que te haga sentir la piedad de la frialdad.

No todo lo contrario.

Que te susurren al oído las pesadillas que no quieres enfrentar.

Que te empujen al precipicio.

Que te quiten toda posibilidad de sentir la calidez.

Mis manos siempre se contraen cuando estoy frente al mar. De hecho, cuando estoy frente a él mis ojos se sienten tan...lacrimosos, a pesar de no tener ganas de llorar.

Neblina contra neblina.

Los riscos se aprecian como pequeñas esculturas que alguien dejó en forma de ofrenda.

—Los deseos se me han acabado —exclamo por lo bajo—. Sólo me queda remordimiento y toda una cadena de autodestrucción. No sé de dónde saca tanta energía para seguir en movimiento. ¿De la materia oscura de mi ser? No quiero ni pensarlo...En fin, te haré una pregunta sencilla. ¿Mis palabras han llegado hasta Rob Hilsen?

Silencio.

Perpetuo.

Silencio.

Las olas se expanden y se retraen. Forman una danza tan fina y elegante. Tan digna de Dinamarca.

La brisa parece tener un efecto sanador.

Me pregunto si al sumergir la cabeza en la espuma todos mis pensamientos se borrarán o, al menos disiparán.

Luego, me retracto por el simple hecho de que sé que no será solo mi cabeza.

Finalmente, me decanto por mirar al cielo. Aunque es atardecer, la espesa niebla lo sigue cubriendo. Un maleficio sobre nuestras cabezas que son en sí mismas más maleficios.

«Estrellas, oculten su fuego»

Qué bien lo ocultan, Shakespeare.

En ese instante, veo una fisura en la piel del cielo.

Es parecido a una flecha envuelta en fuego negro.

Me acerco, corriendo desesperadamente.

Cuando el cuerpo que ha caído del cielo —sí, es un «cuerpo»— impacta contra el piélago, saltan chispas que se convierten en largos

relámpagos saliendo del mar. Las descargas eléctricas se expanden formando una niebla morada y rosa, como enfriando lo que ha caído.

Me sumerjo hasta que el agua me llega al pecho.

Lo que a continuación sucede es una confusión absoluta.

Mis brazos se han convertido en dos anguilas tan gelatinosas y resbaladizas que al sujetar el cuerpo, no noto mis dedos.

Me hundo en un torbellino de respiraciones agitadas, olas contra mi abdomen y piernas sin energía.

Sin embargo, a como dé lugar debo rescatar lo que sujeto.

Porque se siente familiar.

Como un peso que ya ha recorrido mi alma antes.

Todos los días.

Al llegar a la arena empujados por las corrientes del mar, por fin reconozco lo que ha sucedido.

—Así que has estado allá.

—Se sentía completamente horrible. Todo era un ciclo que se repetía. Todos volvíamos a morir, menos tú. Nuestra alma, cuando llegaba el momento, se sentía tan pequeña que la podrías sujetar con las yemas de tus dedos. Y luego, te escurrías entre el espacio de los planos y alguien te volvía a insertar en un panorama distinto en el que olvidabas todo pero aún sentías recuerdos y era tu nueva vida por una brevedad. Me sentía tan escurridiza con cada muerte, hasta dejar de tener conciencia sobre lo que es de verdad estar viva y estar muerta. Era empujada por una continuación de existencias. En cada plano, me sentía empujada a existir.

—Tranquila...

—Cuando era arrojada a otro plano, buscaba la manera de cerrarlo y volver a otro... Cuando entrabas al ferri, sabía que era un inicio de otra muerte y que nos conocíamos y después me sumergía al mar para suicidarme y me rescatabas, pero después un disparo me mataba realmente y luego tú te lanzabas de un acantilado y nos volvíamos a encontrar en el ferri. Pero ahora estoy aquí... Estamos aquí y eso de los ciclos no existe. Ya no existe. Estamos aquí. Se siente tan real. Se siente tan real tenerte aquí. Tenernos. Ya no se siente a muerte: se siente lo sublime en cada trozo de oxígeno.

»Y cuando respiraba en aquella otra dimensión, sentía como una pantalla que me separaba de ti. Y cuando algo malo te pasaba, por ejemplo, cuando murieron nuestros padres, sentía pinchazos en el corazón que me doblaban de dolor. Hasta que se me dobló el alma de dolor cuando sentí tu

desolación y una descarga eléctrica me hizo romper cada espacio de ese mundo hasta volver a ti. Es tan...reconfortante que tú seas mi casa y haya llegado a tus brazos.

—Así es, Vika. Estás en mi casa. Es real. Estás en mi casa. Y esta vez es para siempre.

**ROB HILSEN**

—¿Por qué ha querido hacer eso? ¿Qué lo motivó a dejarme sola, eh?

—Jamás podremos «ser» —dice, apenado. Me imagino ese momento de revelación en que todas las probabilidades y las imposibilidades se junten para decírtelo: es una causa perdida. Me pongo en su lugar y lo entiendo. Lo compadezco.

—Usted dice que no podrían ser. Pero antes de conocerme. Soy Rob Hilsen. La reina de Dinamarca me ha encomendado una misión especial.

—Él es quien le contaba —informa Paola. Su calma me calma—. El que se presentaba en mis sueños sin pedirme permiso. Dice que va a juntar sus mitades perdidas, Farvel.

—Así es —digo con esperanza—. Usted y Alicia deben estar juntos. Lo dice una antigua leyenda. Y lo creo fervientemente. Cuando dos mitades se pierden el universo gira descompasado, sin ritmo. Así que más le vale que no nos dé otro susto.

—¿Juntarnos? —Si la pérdida tuviera sonido sería su voz—. Su familia y mi existencia guardan una inmensa rivalidad.

—¿Qué especie de rivalidad que les siga impidiendo su felicidad?

—La clase de rivalidad que tiene sus raíces en la muerte.

—¿De qué está hablando, Farvel? —cuestiona Paola.

—Siento que sea algo nuevo para usted, Paola. Pero se remite, como todo, a los accidentes. Y a lo que los accidentes se convierten cuando el rencor aflora.

Carraspeo. Siento una total empatía.

—Mi abuela —comienza a relatar— trabajaba para la Familia Real. Cuando los padres de Alicia tuvieron otra hija, ella era la cuidadora. Ese trabajo era la única fuente por el momento para poder mantenernos. Por lo que, cuando sucedió lo que sucedió, fue más que un duro golpe del destino: fue inhumano.

Empiezo a recordar el árbol genealógico de la reina.

No tiene ninguna hermana.

Oh, Dios.

Comprendo lo que sucedió.

—Por un segundo de descuido, las manos de mi abuela se sintieron demasiado débiles para sostener el cuerpecito de la hermana de Alicia. Se resbaló como si fuera de agua. Y murió.

El silencio se abre como una brecha que nos tira al vacío.

—Fui desterrado de Dinamarca y vine a esta isla. Desde los quince años vivo aquí. Tuve que decirle adiós a Alicia con el pretexto de que mi situación económica jamás nos permitiría estar juntos. Le he escrito tantas cartas dentro de botellas que he perdido la cuenta.

—Hallaremos la forma de que regresen. Es una promesa. También se lo prometí a ella. Volverán. Será como una persona completamente nueva que entra a territorio danés, aunque, para eso, primero deberemos encontrar algo que también se me ha encomendado: un anillo ancestral que podría dar la fortuna que jamás ninguno de los tres se ha imaginado.

—Se me hace tan utópica esa idea.

—Todos dicen lo mismo, no se preocupe. Pero si algo creo, aunque no me pase a mí, es que dos almas que están destinadas a «ser» no ven obstáculos ni en la distancia de los siglos.

—Créame, Farvel, ha desatado una tempestad y eso que es sólo el inicio —añade ella.

—Les creo, por más que se me han acabado las ganas de creer.

—Bien, entonces es momento de entrar en acción. Veamos cuántos mitos son realmente mitos.—Sus manos cicatrizadas resplandecen en la oscuridad con una especie de brillo de otro mundo. Como una aurora boreal. No podría describir el color de su sangre. Es uno inventado—. Farvel, ¿aún tiene sus cañas de pescar?

Él asiente y va por ellas.

Su corpulencia no es acorde a su edad. Cada músculo semejante a la piedra que adorna su cuerpo lo hacen levitar.

—Rob, tú serás el encargado de pescar. Si eres de Dinamarca intuyo que lo sabes muy bien, ¿no?

—Absolutamente —digo sin mentir.

—Entonces, vamos.

Nos acercamos a un acantilado.

—¿Desde aquí, Paola?

—Desde aquí.

Tiro el sedal con todas mis fuerzas, aunque es Paola quien lo hunde en la profundidad del océano con sus palmas brillantes.

El sedal se hunde lentamente, como una estrella caída que impacta calentando la corriente.

—Quiero que sientas deseo.

—¿Deseo de qué exactamente?

—Quiero que desees con las manos. Para empezar, cuéntame ¿cómo te sentirías si tú y Zilé jamás regresaran?

—Fatal. Sentiría que el corazón que habitaba en el otro corazón murió para siempre y que el mío también lo hará.

—Siente, Rob. Siente esa pérdida en cada espacio de tu piel.

¿A dónde quiere llegar con esto?

Llega un momento en que la corriente parece querer arrastrarme junto al sedal, a pesar de la distancia.

—Siente, Rob, esa desolación que te embargó cuando él cayó para jamás levantarse. Siente esa pérdida de humanidad en tus dedos. Conduce ese dolor hasta el pez que buscamos. Encuéntralo como si se tratara de tu único consuelo.

¿Cómo sabe dar en el punto exacto de mis tragedias?

Sus ojos se han convergido en dos mantos negros, con la pupila abarcándolo todo.

El terror y la ansiedad recorren en modo de corrientes eléctricas al sedal. Cuando llegan a tocar el agua, surgen chispas.

Está funcionando.

—¿Cómo se sentirían tus dedos si te dijera que tu compañera de vida ha roto cada carta que Zilé te ha escrito?

La decepción me sacude la columna vertebral. Un torbellino de rabia se interna en mi espalda y en cada extremidad. Pero no debe estar en mí, sino en el mar. Imagino al pez cayendo en la trampa, con los hilos de sangre escurriéndose en el sacrificio por un amor perdido.

Sigue sin ocurrir.

—Imagina cómo se sentirían tus dedos alrededor de la garganta descarnada de Zilé por haber matado a Connor.

Es ahí cuando ocurre.

Mi electricidad equivale a un millón de rayos sedientos de tocar metal y estallar. Las chispas sacuden al viento y lo impregnan con un olor a sal que

lastima los pulmones.

Tengo la certeza de que la punta ha atravesado al animal.

Y una fuerza me empuja hacia adelante.

—¡PAOLA! —imploro por ayuda.

Es Farvel quien acude a mi rescate.

Paola se dedica a alzar sus manos al cielo.

Veo que un hilillo de sangre recorre su piel nívea hasta sus codos.

Está haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Lo mismo hago yo.

Quiero recortar la distancia del sedal, tener el anillo en mis manos antes de que el pez se escape. La misma intensidad de corriente recorre mis huesos. Temo que se pulvericen.

La magia de Paola —o lo que sea que esté haciendo— funciona de maravilla. Las olas se retraen, dejando que la fricción desaparezca y todo fluya hacia nosotros. El pez es de un dorado alucinante. Sus escamas parecen oro, resplandeciente incluso en la noche. Es una criatura con luz propia.

Al fin está en mis manos, brincoteando.

El anillo está en uno de sus ojos.

Con una lágrima, da su último aliento y el anillo se desprende.

\*\*\*

Le toqué las canciones de Yiruma a Paola en el piano de madera de Farvel. Debemos tomar un tren para regresar a casa.

—¿Te gustó? ¿Te gustó lo que toqué?

—¿Fue una canción?

—Ajá.

—Lo digo en sentido retórico. Es que...Tú no tocas notas, tocas emociones. Cada roce de tus dedos con el piano despide...conmoción y estrépito en mi alma. Es como si tuvieras una conexión sagrada con el instrumento.

Aquella noche, cuando pescamos, sentí que su alma se desprendía. Pero no como un desprendimiento para siempre, sino como si fuera uno de muchos otros; que ya se había desprendido tras cada llanto repetido contra la almohada.

—Promete que estarás bien, Paola.

—No puedo prometer nada, pero lo intentaré. Ya sé nadar en mis naufragios, si es lo que te preocupa.

—Eso era exactamente lo que te iba a preguntar.

—Pues ahí lo tienes, Rob. Ahora yo te voy a encargar una cosa: no permitas que la soledad y la tristeza sean tu pan de cada día. Hay una infinidad en este mundo que busca ser descubierta. No cierres las puertas, no tapes tus ventanas, no descuides las flores. Y, sobre todo, no dejes ningún ciclo abierto.

—Seguiré cada instrucción como si fuera la receta de un doctor — prometo con fuerza.

—Eso espero. Ah, una última cosa: prométeme que me enviarás tus composiciones. No podré vivir sin ellas.

—Es promesa.

—Y en cuanto a nuestras maldiciones, ¿qué se puede decir? Al destino le importa un carajo que nos lamentemos. Eso no cambia nada. Es la voluntad la que nos cambia. Aprovecha tu voluntad y sé valiente, Rob, que nada se detiene por nadie. Sé que saldrás de cualquier problema si sigues creyendo en la magia de las pequeñas cosas.

—Paola, me ha sanado tanto verte.

—Puedo decir con mucho gusto que lo mismo me ha pasado.

Nos abrazamos. El vapor del tren ha llegado para anunciar la despedida.

—Es una lástima que no te haya podido presentar a Fabián, sé que se llevarían genial.

—Estoy seguro de que nos presentarás pronto.

—Claro que sí.

—Cuidalo mucho, Paola. Espero que juntos venzan a esas pesadillas. Espero que nada ni nadie los despierte del sueño que están viviendo.

—Y yo espero lo mismo de ti con Zilé o con Connor...Oh, por cierto, siento mentirte sobre Connor.

—Ya lo has dicho.

—Lo sé, perdóname.

—Prosigue.

—Que con quien sea que decidas tener a tu lado venzas la soledad y la tristeza que vienes arrastrando. Mereces el mundo entero al lado de alguien... A una persona que vea tus cicatrices y desee besarlas hasta desaparecerlas.

—¿Y si esa persona me hace más?

—Haz que el dolor cuente.

Paola es la clase de compañía que te hace indagar en la profundidad de las cosas que juras jamás haber visto. Su grandeza reposa en su nobleza, en



que a pesar de que la vida la ha golpeado de maneras distintas, ella siempre muestra sus cicatrices con orgullo y deja que la luz pase por ellas.

Duele tanto decirle adiós, como si me hubiera acompañado desde que abrí los ojos. Pero la despedida es inevitable y dolorosa.

Debo regresar a mi normalidad, cerrar ciclos y abrir otros; a integrarme al continuo movimiento.

Me llevo sus abrazos como los recuerdos más valiosos, como eso que al cerrar los ojos añoras con ternura.

La veo por última vez, tan radiante con su cabellera blanca que parece llevar cada piedad del amanecer en la piel, tan extensa cual el cielo mismo.

## ZILÉ THORN

De pronto llegó a mi vida la última oportunidad que necesitaba para darme cuenta que no todo estaba perdido. Justo sucedía como los chocolates suizos: ocurría una revelación de que había un destello que resplandecía para sujetarme a este mundo no con pesadez y desasosiego, sino con «esperanza».

*«La esperanza realiza su propia magia»*

Y esa palabra que se sentía tan extraña dejó de serlo.

Cuando llega el momento de contarle todo lo que ha pasado —de lo poco que no sabe—, la voz se me quiebra. Se me quiebra precisamente porque no he evolucionado. Los mismos errores carcomiéndome en una espiral extendida al infinito. Rellenando el vacío con más errores.

Sin embargo, es momento de que la melancolía desaparezca.

He tenido un nuevo amanecer, una promesa que se ha hecho realidad, una nueva manera de ver el mundo.

El primer lugar que vamos a visitar es los Jardines de Tívoli.

Nos sentimos parte de una pintura de Van Gogh. El agua es tan prístina que puedes ver tu reflejo y cada cicatriz de tu piel. Al estar en la góndola te sientes parte de la magia, en un vaivén de una poesía en movimiento. Los templos chinos ayudan a sentirte en otra parte del mundo, tan en paz que juras estar volando. Las jacarandas se desgajan con el viento y lo impregnan de un perfume de miel.

—¿Qué piensas hacer con Rob Hilsen? ¿Cómo cerrar esa historia? ¿Será feliz o será simplemente «adiós»?

—Me es tan difícil pensarlo en estos momentos. A él no le importó irse sin dar razón. Temo que el olvido se lo lleve y ya no quede en mi memoria ningún rastro de lo que fue...de lo que significó.

—Honestamente ¿crees que el olvido se lo pueda llevar? Yo no, siendo sincera. Incluso en mi coma podía sentir la intensidad de su relación.

—Ojalá pudiera olvidarlo. Por más que me engañe, sé que siempre encontrará su regreso a mi corazón. Por más que ponga cerraduras, su recuerdo siempre entra. Sólo que me llena de rabia que no me haya considerado para despedirse de mí.

—Es que tú ya le habías dicho suficientes «adiós».

*«Me callo porque es más cómodo engañarse»*

—Ni qué decir. Es cierto. Tienes toda la razón. Le di demasiadas razones para que se fuera.

—Ya no te arrepientas por lo que pasó o por lo que no pasó. Sólo aguarda hasta que la vida te sorprenda. Ya verás que él tampoco te podrá olvidar. Solamente necesitamos tiempo, algunas veces, cuando algo ya nos rebasa.

¿Cuánto tiempo le tendré que robar a la vida para poder sanar?

—Con lo que cuesta esperar...

—Ese es tu gran problema, Zilé, que esperas y esperas y te ahogas en la tormenta de la espera. El que ya esté aquí espero que te permita «esperar» menos.

—El que tú estés aquí me hace sentir más completo, créeme.

El sonido del agua hace una música especial para mis oídos. Sumerjo mi mano en el lago y la corriente que late en mi piel se transporta por todo mi cuerpo. El brillo que emana parece igual a polvo de estrellas: como si las hubieran remolido sobre él. Sobre el manto de la noche estallan los fuegos artificiales. Las líneas de fuego se expanden como hilos por cada poro de la cúpula y crean destellos que se reflejan con la misma intensidad en el agua. Quisiera que todo mi dolor estallara algún día y tuviera ese mismo esplendor. Que hasta los estallidos fueran apreciados y la ceniza desprendida tuviera un olor agradable.

Todo es un espectáculo digno de un cuadro. Las luces del cielo, las luces de nuestro alrededor, las luces del lago, la calma del ciprés que cuelga sobre nuestras cabezas... Todo parece una tregua, una conciliación entre el pasado y el presente. No hay espacio para sufrir. Hay espacio para la belleza, para dejar que los quiebres de mi alma por fin permitan que la luz entre y tenga su hospedaje para que despeje cada telaraña que no me permite olvidar.

Me dejo fluir.

Quiero ser calma y paz.

Quiero ser uno con el lago, el cielo y los estallidos.

Pido el deseo contra el puño de mi mano derecha.

Y se cumple.

\*\*\*

Como es costumbre, contemplo al mar desde la costa, esperando una

respuesta de las olas. La única respuesta es el silencio.

Un silencio que se ha convertido en mi único compañero, en una música que se repite como un bucle.

Veo una mancha acercarse desde la infinitud del oleaje.

Decido ignorarla.

En su lugar, pienso lo que estará haciendo Rob Hilsen.

Una y otra vez.

No lo puedo desterrar de mi memoria.

La mancha se hace más grande.

Es alguien en una lancha pequeña.

Alguien cuyo nombre me sé y que resulta como una pesadilla.

Espero hasta que se baja de la lancha y me encara.

Tiene la piel ajada por el sol y la brisa del mar.

—¿No fui suficientemente claro? ¿Qué demonios hacías en el mar?

—Buscándolo —responde Connor.

—¿Llegaste a tanto? ¿Tanto así te hechizó?

—Lo buscaría por cielo, mar y tierra de ser necesario. Y no necesito que nadie me diga que pare. Lo seguiré buscando. Y no preguntes si llegamos a tanto. Como ya te he dicho, llegamos a lo que tú jamás llegarías. Tenemos un futuro más prometedor y pacífico que el tuyo. Punto final.

—Escúchame bien, Connor. Te di lo suficiente como para que te fueras. ¿Qué te retuvo?

—La necesidad de tenerlo, simplemente. No es algo que tú puedas sentir, ya que te deshaces de todo con una facilidad sorprendente.

—¿Facilidad sorprendente? ¿De qué hablas?

—Ni siquiera te tomaste el tiempo de buscarlo. Ni de averiguar la causa de su desaparición. Estabas tan tranquilo, tan despreocupado...

—No opines sobre lo que no tienes la más mínima idea.

—Tengo todo el conocimiento sobre lo que lo has hecho sufrir. Yo lo he reparado, lo he convencido de volverá a amar y no tener miedo. He borrado todo tu rastro de él.

—Así como tú dices que es imposible un futuro con Rob, así yo digo que te será imposible que borres mi nombre de sus labios.

—Él te desprecia, tenlo por seguro. Yo soy el único que conoce la calma que siente cuando amanezco a su lado en la cama, cuando sabe que puede sujetar mi mano y sentirse a salvo.

—Incluso mi dolor se siente poético en su alma.

—Para nada. Se ha ido de ti. Lo has expulsado. Y si jamás regresa no te lo voy a perdonar. Seré tu sombra.

—Déjate de amenazas. También le di suficientes motivos para que regresara.

Hay una sombra de incredulidad en su mirada.

Duele tanto tener que dudar de a quién elegirá. Duele tanto tener que decirle adiós a toda la felicidad que sentimos y sin darnos cuenta.

—No tantos como los míos. Si un día decide regresar será por mí. Pero no hagamos una pelea tan tonta. Él lo decidirá.

—Así que te sientes tan seguro...Nadie ha compartido su pasión con él como lo he hecho yo. Nadie ha escuchado sus miedos como lo he hecho yo. Ni su agonía, ni sus sueños...Nosotros somos uno solo. Y tu intromisión no lo cambiará.

—No es intromisión, es un cambio de página. Él mismo te lo dirá. Te hará saber que las segundas oportunidades sí existen, que ha encontrado el amor en otros brazos y se siente más cálido.

—¿Seguro de que se siente más cálido?

—Lo ha sentido tantas veces...

Siento un oleaje de rabia en mis venas. Un oleaje intenso, que corre a raudales. Puedo demoler cada muro que se me ponga enfrente sólo con mi puño. Una oscuridad me nubla la visión y el corazón siente el golpeteo incesante de la furia, queriendo romper sus paredes.

—Lástima que ya no se va a repetir.

Y disparo.

Su cuerpo lo subo a la lancha, para que se pierda para siempre, vagando en el manto de la nada como lo he hecho yo, sólo que en una condición diferente.

Está muerto.



**ROB HILSEN**

El tiempo se siente tan diferente, como si hubieran pasado siglos desde que partí. Pero el mar sigue siendo el mismo. Sigue siendo el mismo gigante, el mismo titán. La perpetua eternidad, el perpetuo movimiento. El perpetuo silencio.

[Nota: veo el cabello de Paola en cada hilo de espuma]

Regresaré a mi vida habitual, como si pudiera encajar en la agitación de las circunstancias ajenas.

La pequeña lancha acelera y veo el panorama de Copenhague.

Los demás barcos con los mástiles de madera agujerando el cielo, el muelle donde los amantes se despiden, las luces colgando de las barandillas, la propia bruma de la ciudad y las edificaciones coloreadas con acuarelas.

Se siente tan bien regresar a casa.

Se siente tan bien volver a los abrazos tan familiares.

Se siente tan bien volver a sentir el calor de otros incendios.

Picaza es la primera que corre a abrazarme, como una posesa. Me abraza con tanta intensidad que me voy de espaldas contra la cerca que le pone límites al mar.

—Te he extrañado tanto, bobo. Extrañaba cada uno de tus abrazos. Te he pintado tantas veces y ya estás aquí, en casa.

La siguiente en abrazarme es mi mamá, quien me espera con una clase de vestimenta árabe.

—Mamá, sigo siendo el mismo.

A esa calidez es a la que me refiero. A los abrazos que te hacen sentir completo a pesar de estar fraguando miles de guerras en tu interior.

—Te tengo miles de pays, cariño.

—Los he extrañado tanto, incluso más que lo que me han extrañado ustedes a mí.

Luego, me siento triste por Farvel, porque no tiene a nadie que lo reciba. Me imagino cómo se sentirá esta ciudad para él, una ciudad que le fue

arrebatada...En la que pasó su infancia y parte de su juventud y la despedida más agria del mundo.

No quiero imaginar lo que se ha de sentir decirle adiós al amor de tu vida, a la que se supone debe ser tu compañía eterna.

—Les presento a Farvel —introduzco a mi invitado.

—Mucho gusto —dicen ambas.

—El gusto es mío.

Pasamos la tarde con la hygge más cálida de toda mi existencia.

[El anillo reluce en mi dedo corazón derecho]

Hasta ahora, mi única preocupación estriba en cómo reaccionará la reina. De cualquier manera, intento dejarme fluir por la armonía del momento. Es de aquellos que se hacen hueco en la memoria para recordarse en un atardecer.

Me siento tan completo. A veces necesitas estar lejos para valorar lo que hace falta en tu vida. No me pudo imaginar una en la que no estén Picaza ni mi madre, quien me lo ha dado todo. Desde su apoyo en el Instituto hasta las palmadas en la espalda cuando ya el dolor se desbordaba. A ella no le ha importado mojarse en mi tormenta y es algo que jamás terminaré de agradecer.

La calma se rompe cuando Picaza me dice en total seriedad:

—Tenemos que hablar.

—De acuerdo. Vayamos a la sala.

Ya en la sala, el silencio se hace esquirlas.

—Verás, es momento de que te ponga al tanto de todo lo que ha pasado desde que te fuiste.

—OK. Estoy preparado.

—OK. Para empezar, Zilé me contó todo sobre Connor. Tenía razón en que no me cayera del todo bien.

—Espera...¿Quien demonios le puede creer algo a Zilé?!

—Se veía tan convencido y sincero...Jamás lo había visto así. Lo que dijo, es completamente cierto. Yo misma los vi una vez.

—Dime qué fue...

—Zilé le pagó a Connor para que fingiera su relación contigo y todo ese amor barato. Yo los vi. Vi cuando Zilé le entregaba algo pero no sabía qué era en esos momentos. Hasta que él me dijo lo comprendí: Connor era la maronita de Zilé para que te enamorara y no sé qué demonios lograr.

Algo se quiebra dentro de mí. Como si yo hubiera tenido un castillo de cristal en mi interior y de pronto se desmoronara hasta los cimientos.



De aquí en adelante, ¿¿en qué podré creer?

Toda mi fe se desvanece.

Toda esperanza e ilusión de volverlo a ver se va al vacío.

Y pensar en toda la magia que vivimos y que todo haya sido a causa de un engaño, me hace millones de nudos en la garganta.

—No, no puede ser posible.

—No lo es, Rob. Para acabarla, Connor se fue de intercambio a la Universidad de Boston y no ha vuelto. Creo que será por más de dos semestres. Lo siento tanto.

No hay consuelo que pueda curar lo que siento.

—Gracias por hacérmelo saber, Picaza. Algún día me enteraría.

Quién pensaría que tu ausencia podría dejar salir a la luz tantos secretos.

—Siempre estaré para ti, Rob. No te sientas triste, es sólo una basura más que se va de tu vida.

Como si mi vida fuera eso: un paradero de almas rotas que buscan completarse con más destrucción.

En fin, no pienso romper la promesa que le hice a Paola.

El espectáculo debe continuar.

La reina debe saber que he cumplido con mi promesa. Debe saber que el amor verdadero sí existe. Bueno, saber ambos.

¿Cuándo me ganaré un amor así? Un amor que persista las tormentas del tiempo y el espacio. Un amor que no sea regresar al mismo cementerio de historias gastadas. Un amor que se sienta real y no ilusión. Un amor arrebatador de aliento y no de vida.

Pero no es momento de ponernos melancólicos. Es momento de tener todo listo para el gran encuentro...Para llorar de alegría.

Ambos nos vestimos con el típico uniforme de la Guardia Real. Lucimos magníficos.

Entramos al Palacio de Amalienborg.

La elegancia se nota en cada espacio de mármol, alabastro y cuarzo.

[Cualquiera que entrara sentiría que está vistiendo una bolsa de plástico]

Deseo que mi anillo me dé invisibilidad.

Pero no es necesario. La reina sale a nuestro encuentro.

—Farvel. Farvel de mi vida —dice la reina—. Tu aliento lo llevo soñando desde el inicio de los tiempos.

Lloro lágrimas de luz. Las arrugas de la reina reflejan muy bien lo que ha sentido todos esos años: desesperación, añoranza e intranquilidad. Me uno a su abrazo. Me hace sentir tan bien ser parte de esta historia. Por fin el pasado puede descansar y el amor puede sentirse tan seguro de hacerse llamar «justo».

—Rob Hilsen —dice con su voz enigmática y cargada de emoción—. Lo que has hecho por mí, por nosotros, no tiene forma justa de agradecerlo. Por lo que, cualquier cosa que quieras, por más absurda que sea, no dudes en decírmelo. Hoy, mañana, siempre, mis puertas siempre estarán abiertas para ti. ¿Entendido?

—Entendido, mi Majestad.

Los dejo solos, y, al verlos desde la puerta del palacio, unas láminas tenues iluminan el panorama. Ellos dos forman una perfecta postal.

\*\*\*

Al dirigirme a casa, existe un cataclismo en mis ojos.

Las cortinas de nieve que había visto con anterioridad ahora se transforman en cortinas de nieve gruesas que caen frente a mis ojos cada que los cierro. ¿Qué está pasando?

Cruzo la carretera y la insistencia de la tormenta de nieve sigue, pero no es real.

Palpo con mis manos el aire de Copenhague y se siente tan normal: arropado de bruma y brisa. Pero no hay rastro de nieve.

Es ahí cuando todo se pone a oscuras.

Como si el proyector de una sala de cine se apagara de repente y dejara una completa oscuridad.

Sólo escucho la tormenta de sonidos que forman los automóviles, desesperados, como una furia.

Recurro a mi sinestesia.

Todo se siente en peligro, una sensación punzante que me desequilibra y me deja en el suelo de tanta agonía. Es una cacofonía. El golpe de metal contra metal que chirría en mis oídos.

Tardo en recapacitar que seguramente el semáforo ha cambiado.

Y todos los autos se dirigen a mí, que soy un punto confundido en el espacio.

Y ciego.

Trato de correr en una dirección que desconozco, en medio de una

tormenta de oscuridad.

No encuentro nada; mis pies se sienten navegando en una carretera infinita, en un plano, en una dimensión, totalmente desconocida y «sin límites».

Quiero romper a gritar.

Y ahí lo siento: el golpe contra el muro de mi cuerpo mientras toda la catástrofe de frenos y pitidos de claxon perfora mis oídos.

El mundo sigue en movimiento.

Pero yo me sumo en un sueño profundo, sin colores.

Dejo de respirar.

Trato al asfalto como si fuera mi almohada.

Quiero dormir.

En la profundidad de mi otra dimensión, escucho el sonido de las sirenas de una ambulancia. Luego, las luces de un hospital, como gusanos de seda. También el roce de piel contra piel, las lágrimas, los llantos y el escozor del alcohol contra las heridas.

Vuelvo a cerrar mis párpados.

Hola, oscuridad.

Nos hemos visto tantas veces que ya es difícil decirte hola.

Te sientes tan arrebatadoramente familiar.

**ZILÉ THORN****Demonios.**

He hecho un descubrimiento que me ha dejado helado.

Resulta que no hay fortuna de mis padres por ningún lado.

Lo que significa que no podré salvar a Rob Hilsen de su ceguera.

Mis padres dejaron establecido en su testamento que no recibiría la fortuna hasta que no sentara cabeza y me casara.

Menuda mierda.

Para mi fortuna, los fondos que tenía se han ido con la recuperación de mi hermana Vika.

—Deberíamos viajar al Este de Jutlandia —propuso mi hermana al verme en este estado—. Tengo algo muy valioso que enseñarte.

Como era de esperarse, acepté.

Me hacía tanta falta viajar, alejarme un momento de todo lo que estaba pasando para ver las cosas desde otra perspectiva.

La ceguera de Rob me estaba aniquilando. ¿Cómo podría seguir con su vida de pianista? Deseo tanto sufrir las tragedias que está sufriendo y evitarle tanto dolor. Quiero ser el blanco de su dolor. Él ya ha pasado por mucho. Por ejemplo, la pérdida de su padre, un caso que conmocionó a toda Dinamarca. A pesar de haber pagado el dinero del rescate, le dieron muerte.

Luego, estaba yo, ocasionándole numerosas pesadillas en vida y un imposible perdón.

Fui a visitarlo un día al hospital. Seguía inconsciente, así que le proclamé un discurso aprovechando que no me escuchaba.

—Rob Hilsen. Cómo he deseado todos estos días estar en tu lugar. Quedar ciego para siempre para no ver este mundo tan caótico y tan lleno de sinsentido. Tan lleno de...no emociones. Tan lleno de sin ti. ¿Sabes una cosa? Yo siempre te he perdonado aunque no lo haya dicho. Y es que allí residen todos mis problemas: en dar por hecho que ya lo he dicho todo como si el mundo lo diera por sentado. Te he perdonado, Rob. Bueno, en realidad nunca

te he guardado rencor, nunca te he odiado. Eres imposible de odiar. Encarnas todas las bondades del mundo. Mi pajarillo, eres luz celestial, la paz, el faro que me guía a casa...Eres una imposibilidad, tan difícil que cuesta darte realidad. Te amo, Hilsen, siempre he estado enamorado de ti. Tan enamorado que le quitas al mundo toda su alma. Sólo tú existes para mí y yo existo para ti. Por ti. Me das más que una razón para seguir de pie. Me das una razón para seguir respirando, para seguir soñando, para seguir entero. Eres un millón de razones, por eso te amo. Nunca dejas de darme razones para no darme por vencido.

Sin querer, estaba llorando.

Estaba derramando lágrimas, literal.

Mi glaciador se estaba derritiendo.

Incluso más cuando exclamó:

—¿Connor?

No preguntaba por él, lo necesitaba.

Mucho más que a mí.

\*\*\*

Así que estamos viajando al Este de Jutlandia, una de las poblaciones más felices del mundo. Tan ajena que se sentía la felicidad. Aun más que la muerte. Se sentía como una mano cadavérica, helada, que nunca me tocaba el hombro, sino que me decía adiós.

Veo a Copenhague desdibujarse en la distancia. Parece un viejo óleo sobre el que un pintor ha probado todos sus colores. ¿Y si no regresamos jamás? Planteo eso en mi interior. Al final, nadie tiene mi nombre en sus labios. Digo nadie porque él lo era todo. Me imagino un futuro en la pequeña población más feliz del mundo. Con atardeceres color lila, cañas de pescar, mar y risas. Nada de preocupaciones. Encontrar el amor de mi vida, vivir de una fortuna y olvidar el pasado.

Diablos. Suena tan idílico que me da un sueño terrible. Eso jamás sucederá. Apoyo mi cabeza sobre la ventana del tren.

—¿Te sientes mal? —pregunta mi hermana.

—Para nada. ¿No estabas dormida?

—Créeme que no me han quedado ganas de dormir después de todo. ¿Qué te está pasando?

—Pasa que sólo imagino un futuro distante en que mi pasado se ha borrado. Ya no recuerdo nada de lo que pasó, sólo me quedo anclado al presente y a los atardeceres lilas de Jutlandia.

—Parece que dejaste una gran carga detrás, en Copenhague.

—Dejé muchas cosas, Vika.

—No mientas: dejaste un sólo asunto que aún no has resuelto. Tiene nombre y apellido. ¿Te doy pistas?

—Basta. Estoy muy al tanto de mis asuntos, hermanita.

—Pero no tan al tanto como para ponerles un «hasta aquí».

—Ojalá fuera tan fácil.

—Sólo es abrir la boca y decir la palabra mágica de seis letras.

—No me refiero a eso. Sí, sé que es decirlas, pero no que las acepten. Eso lleva más que tiempo: conlleva olvido. Y ambos somos muy difíciles en ese sentido.

—«Quien no puede perdonar, rompe el puente por donde él mismo puede pasar».

—Qué bueno que hablas de puentes, porque entre él y yo sólo hay ríos, es más, mares de lágrimas. Ningún puente sería demasiado fuerte como para soportar nuestras batallas.

—¿Podrían un momento dejar de hacer batallas? ¿Y si sólo se dan la mano y juntan sus palmas y sienten sus latidos?

—No podría mientras tenga el nombre de ese traidor en los labios.

—A veces, Zilé, debes aceptar que has perdido la guerra. Y que esa persona ahora significa el mundo para él. Quizá sea el único con el antídoto que necesitaba.

—Me he acostumbrado tanto a salirme con la mía que los siglos no bastarían para aceptarlo. Quiero entrar a su memoria y arrancar cada episodio que tenga de él.

—Eso no es posible, hermano. Lo único posible es dejar ir, aceptar y levantar el vuelo a lo nuevo, a lo que todavía no hace daño.

—Todo hace daño. Absolutamente todo. Todo en este mundo donde no esté él conmigo es irreversiblemente doloroso, punzante y corrosivo.

El tren avanza. Avanza como no avanza la vida. Proyecto todos los recuerdos de Rob debajo, en las vías, haciéndose humo ante el paso de la bestia y sé lo que pasaría: respiraría ese humo, mientras el tren sale volando al cielo, despedazado, en trizas, porque el recuerdo pesa más que la realidad. Y es más letal que el olvido.

\*\*\*

Pasamos nuestros días envueltos en atardeceres color lila. Aunque, para

ser justo, no es únicamente lila. Es una degradación. El primer color que se asoma en la cima es uno blanco, como la nieve. Luego siguen los mantos de color morado oscuro, que posteriormente se aclara en uno lila y el lila en líneas de amarillo que vuelven a reflejar los niveles anteriores, como un espejo.

Nuestra rutina habitual es ir a pescar por las tardes, llegar a la casa y hacer hygge y por las mañanas vamos al bosque de cacería o simplemente a apreciar la naturaleza.

El día más especial fue cuando visitamos los paisajes montañosos de morrenas. Las morrenas son un conjunto de cordilleras de material glaciar formadas cuando el hielo finalmente desapareció hace unos 14.000 años. Las líneas tan sinuosas como caderas son todo un espectáculo de «movimiento pausado».

Lo más especial vino de mi hermana.

—Así pasará cuando se derrita el glaciar que llevas dentro —dijo apuntando a mi corazón—. Formarás un paisaje tan dolorosamente hermoso con tu dolor que sólo se podrá admirar y, por fin, comprender. Comprender por qué llevabas abriendo y abriendo círculos, congelándote incluso, con tu frío. Te abrirás como se desgaja un glaciar y formarás con tus lágrimas ríos y ríos de líneas danzantes con los bailes que no has podido hacer. Yo estaré ahí, Zilé, para hacerte saber lo hermoso que es desprender el dolor.

«Desprender el dolor», pero desprenderlo sin que el alma se te vaya en ello. Es lo que sueño hacer algún día.

Después de ese acontecimiento fuimos a un museo que tenía una exhibición local.

La más siniestra exhibición que he presenciado.

Mientras admiraba uno de los cuadros, la gerente del museo se acercó a mí y me dijo:

—¿Hermoso, no cree? La intensidad del color le da una potencia emotiva al cuadro. Es tan apasionante lo que transmite; te hierva la sangre...

—¿La sangre?

—Oh ¿acaso no sabía? Este pintor un día se topó con un imposible. Con la imposibilidad de transmitir el color de los labios de su amada. Fue tanta su desesperación que puso su propia sangre en la pintura y los labios de la mujer cobraron vida. Los plasmó con una vitalidad y un realismo impresionante, con el color de su sangre, ni más ni menos.

Me pregunto si eso tendré que hacer para algún día poder pintar a Rob

Hilsen. Llevo todos los días desde que lo conocí queriéndolo pintar, pero el lienzo y mis dedos y mi pintura son un imposible. No lo puedo pintar. Me pregunto si tengo que cortarme el alma —si es que tiene algún color— y verterla sobre el lienzo, para que la piel, los ojos, el cabello y los labios de Rob Hilsen se muestren ante mí. Hasta que por fin lo tenga frente a frente y le pueda susurrar «perdón» hasta que no sea un ensayo y se lo pueda decir en la vida real.

Debo conseguir la dirección de ese pintor.  
Y decirle cómo extraer el color de mi alma para entregarlo en una imploración.



**ROB HILSEN**

Todo se siente tan oscuro. Como si pusieran cortinas gruesas en mis ojos y el sol completo se hubiera marchado para siempre. Las voces se escuchan distantes, producidas por sombras, y no puedo distinguir ni una sola palabra. Mi cuerpo se siente como una casa, sin chimenea y con el invierno entrando por las ventanas abiertas. Mi casa no recibe visitas. Todos los muebles están llenos de polvo. Cuando alguien grita mi nombre, no escucho: hay muros en mis oídos.

Hay muros por donde sea que miro.

Soy una casa desolada, donde el calor se siente ajeno.

Y el dolor es una casa, así que ya debes saber cómo me siento.

\*\*\*

Alguien toma mi mano.

No eres tú.

Alguien toma mi mano y la siento como un glaciar. La sensación de piel contra piel no produce calor; produce un temblor de miedo y acusación.

Vuelve a mí —suplico a la soledad—. Mi casa se siente tan vacía pero cuando tú entres entrará la luz. Ansío sentir el latido de la sangre en tus venas, para que me hagas sentir lo que es tener vitalidad.

Te extraño tanto que el corazón me lo recuerda a cada latir.

Tanto que lo respiro, lo siento y lo noto en cada pizca de universo.

Te juro que si no vuelves me perderé hasta encontrarte. Incluso le robaría la energía a las estrellas para iluminar cada porción del mundo donde puedas estar oculto.

Te juro que si no vuelves a besarme, recuperaré cada recuerdo y abriré las persianas del pasado para entrar en ellos. Como si volver a estar en tu vida sería cuestión de viajar en el tiempo —lo que juro que hago cada que tomo tu mano—.

No quiero permitir sentirme lejano a ti. Verás: desde que te he tenido cerca ya no concibo otra forma de tenerte. Es una injusticia el hecho de que para nosotros exista la distancia cuando en la práctica no conocemos ese término.

Estoy seguro de que sortearemos cada prueba del destino, porque es el mismo que nos unió. No hay obstáculo suficiente que me haga sentir imposible esto que siento. Es al revés: pasa el tiempo e imagino más cosas a tu lado, como si la infinidad fuera cosa de todos los días, como si la muerte jamás se fuera a hacer presente.

A veces cuando pienso en tu nombre pienso en la fortuna que es conocerte. De respirar el mismo aire que tú. Y me doy cuenta de algo cuando me siento flotar entre un manto de estrellas: que eres la forma más bonita de demostrarme que sí existen las segundas oportunidades. Que aún se pueden sanar las heridas que jurabas que iban a seguir abiertas.

Te tengo siempre en la memoria.

Como una canción que no me cansaría de repetir y que siempre será mi favorita.

Siempre serás mi elección favorita.

Pero no te lo diré hasta que vuelvas.

\*\*\*

—Cariño, despierta —dice mi mamá—. Es un día estupendo.

Corre las persianas y le doy la razón. Los pájaros se posan en mi ventana y entonan una melodía tan alegre que me hacen sentir —ahora sí— totalmente despierto.

Pero sólo los escucho.

—¿Mamá?

—Sí, cariño.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Sólo una semana, cariño.

Siento que han pasado milenios. Tengo esa sensación porque la oscuridad se hace tan...eterna.

—¿Cuánto tiempo estaré así? Me refiero a la ceguera.

—No lo sabemos con exactitud, cariño. Pero no te preocupes. La misma reina ha ofrecido su ayuda y estamos todos seguros de que podrás sobrellevarla.

Me contengo para no hacerla caer en la desesperación, como he lidiado yo.

Es sólo que mis temores se han vuelto certeros: moriré de cáncer. Seguramente ésto se extenderá a mi cerebro y será fatal. Como siempre pasa, en cuanto más cerca esté del cerebro, más letal es.

—¿A qué te refieres con sobrellevarla, precisamente?

—A que irás a terapias, a que tendrás todo el apoyo de especialistas para que te adaptes y no te sientas desafortunado. A que estaré siempre a tu lado para hacerte saber mi compañía y mi cariño.

—Te amo, madre.

—Yo te amo más, cariño.

Luego, entra Picaza. Me doy cuenta por su aroma a carboncillo y acuarelas.

—Dormilón, ¿cómo estás? —dice apartando el pelo de mi frente.

—Ciegamente ansioso por caminar.

—Te prometo que daremos un paseo hasta que te canses.

—Me parece magnífico.

—Mira. Digo, perdón. Soy una tonta. Te traje tulipanes. Tus favoritos. Son amarillos y huelen de maravilla.

—Tú siempre tan detallista, Picaza.

—Es poco para agradecerte toda tu valentía. Por recuperarte y seguir con nosotras.

—No es nada. Aquí es donde está mi casa, con ustedes. ¿Alguna noticia de Connor?

—Me ha mandado mensajes preguntando por ti. Pero no es justo que te intereses por él, Rob. Él sigue con su vida al igual que tú seguirás con la tuya.

—Así es. Seguiré.

—También te he pintado algunos cuadros para mi galería. Será fantástico el día en que te recuperes y puedas ver todo lo que te he hecho.

—Eso suena tan genial.

—Lo más genial no te lo he dicho aún...

—Dime... ¡Dime!

—Hoy nos vamos a casa.

—¿En serio?

—Completamente en serio. Ya has terminado tu estancia aquí. Volverás a que te hagan los exámenes correspondientes, pero ya podremos hacer hygge y escuchar los audiolibros de Harre Potter y me podrás tocar el piano. ¿A que sí?

—No quiero imaginarme tocando el piano. Seré un fracaso.

Mis ojos se nublan.

—Lo harás fenomenal. La conexión que tienes con ese instrumento es de otro mundo. Tus dedos no necesitan ver para tocar tus melodías. Ocurre como

una especia de magia. Tu pasión se escurre, eso es lo que ocurre. No te preocupes, no lo hagas. Tu magia no desaparecerá aunque te corten las manos.

—Ven acá.

Y la abrazo con todas mis fuerzas. La primavera me envuelve con el abrazo.

\*\*\*

El olor de mi casa es tan especial. Huele a canela, a miel y a...cobijo. Te sientes a salvo de la tempestad siquiera cruzas la puerta. El calor me embriaga y siento la ternura de cada espacio. Me conduzco como si viera cada pasillo y cada rincón.

¿Y si así de sencillo fuera el amor? Tan sencillo que con toda tu ceguera pudieras moverte con libertad por el alma de otra persona sin temor a perderte. Como si hubiera una luz eterna.

—¿Qué es lo primero que quieres hacer, cariño?

—¿No es obvio? Comer tus pays, por supuesto.

—Claro que sí, ternura. En un minuto los preparo.

La excusa funciona a la perfección.

Me encuentro con Picaza en la sala y me coloca frente a mi piano.

Empiezo a tocar.

He necesitado tanto sentir el roce de la piel de mis dedos contra las teclas tanto como he necesitado volver a ver un mundo con él.

La melodía inicia con una calma que después se rompe y da comienzo a la catarsis. Un vendaval de punzante amargura y de nudos en la garganta devasta la habitación. Mis dedos se mueven con una danza que se sabe de memoria la coreografía. No necesito direcciones. Lo sé. Lo sé cuando mantengo esa conexión en la yema de los dedos; soy uno sólo con el piano. Todas las tormentas de mi interior tienen una nota en específico, todas lanzadas al viento para que se reproduzcan y dejen al huésped en paz. Nombrar cada emoción lleva unos segundos, hasta que son sonido y purgación y trepan a las cortinas de aire.

Llevo tatuados en mis dedos el peso de cada hora sin él, el peso de la luna que se achica y luego renace, el peso de la luz que se ha extinguido, el peso de decir adiós antes que perdón, el peso de cerrar tus ojos porque la realidad aumenta y se hace monstruosa...

Termino.

Mis dedos se deslizan, esperando la respuesta.

Escucho un suspiro que rasga al silencio. Un suspiro que se escucha como exhalado contra el cristal y como si el cristal se rompiera frente a la sensación de tristeza y agotamiento.

—Has sobrepasado tus límites de nostalgia. Eres otro... Como si al perder la vista la vida te concediera el don especial de sacudir el alma con cada nota hasta sacarla del cuerpo y hacer notar su ausencia.

—¿No notaste algo raro? ¿Como que las notas se atoraban? ¿Como si algo no funcionara bien en el piano?

—No, para nada. Y si eso pasa, jamás lo noté ni lo notaría de tanto que me haces emocionar.

Quiero creerle. Quiero creer que no es nada extraño lo que pasa con el piano. Hasta que, en la noche, cuando estoy acostado y las estrellas titilan con un brillo cuyo sonido es el desgrane del vidrio, escucho el deslizar del papel sobre el borde del piano.

Alguien ha sacado algo que estaba dentro del piano.

Tenía razón: había algo.

Y cualquier cosa que hubiera estado ahí, Picaza se la ha llevado.

## ZILÉ THORN

Hemos comprado todos los canvases posibles y las pinturas para intentar pintar el rostro de Rob Hilsen. Nada funciona. Cada que el pincel toca el lienzo, todo se desvanece. Es como si los instrumentos supieran el propósito y todo lo que le he hecho y evitan que mis pinceladas tengan color. Todo se diluye en la nada. Así de simple.

No hay color que pueda ser parte de esta historia.

Por más que intento, el cuadro se queda con la blancura inicial.

No puedo ni esbozarlo.

¿Cómo podré pedirle perdón?

Porque quiero que lo primero que vea cuando recupere la vista sea mi cuadro.

Aunque no tengamos los fondos suficientes, hace días vi en esta región que había un concurso de veleros, en donde el primero que llegara a las costas de México ganaría una inmensa fortuna que pagaría cerca de cien operaciones...

Intentaré todo por él.

Arriesgaría todo por él.

Realmente lo haría sin ninguna especie de temor.

Por ahora lo prioritario es cómo conseguir que los colores cooperen con la pintura que quiero hacer. Debe ser todo un espectáculo de color, por más que el lienzo se resista a absorber.

¿Cómo hacer que mi alma se desborde y tenga un color que no sea el blanco si él está tan lejos de mí?

¿Cómo hacer que un glaciar que se siente tan lejos del sol se derrita?

¿Cómo hacer que él vea un océano de colores si sólo soy neblina?

Puedo seguir lanzando interrogaciones al viento, pero no es momento de hacer preguntas.

Es momento de romper este maleficio. El primer lienzo se hace polvo

ante mi ira. Van de cien pinceladas que intento plasmar en él. La pintura reboza del pincel, se cae a raudales y aún así desaparece al momento de entrar en contacto.

Sólo quiero regalarle un momento de luz dentro de toda la oscuridad que hemos vivido.

Quiero plasmar mi arrepentimiento en cascadas de colores; todo lo que no puedo expresar con palabras.

Y sé que lo puedo lograr, porque siento ese calor, esa desesperación latiendo en mis venas, queriendo ir a parar en figuras y rostros que sientan todo lo que yo siento, capturadas para siempre.

El bloqueo sigue por los días posteriores, sin que pueda hacer nada.

¿Tanto rechaza mi espíritu los rastros de alegría?

Incluso he probado meditar y no funciona. Ni los inciensos milagrosos. Ni pintar en el mar. Ni a las espaldas de las montañas. Ni sujetando piedras preciosas con las manos. Ni con agua bendita. Ni con con mis lágrimas.

¿Qué podría funcionar, entonces?

¿De qué color sería mi alma rota?

¿O es que ya se ha roto suficientes veces y ya no tiene color?

Cuando ya me he rendido, tengo que aceptar mi único recurso: ir con el pintor que coloreó los labios de su amante con su propia sangre. Veré qué sacrificio se puede hacer.

\*\*\*

Su casa está en la costa. La puerta que toco con mis nudillos es de roble. Tiene un deje fatalista toda la decoración de fuera, como de pintor maldito. Me da miedo encontrarlo... Y decirle sobre la maldición artística que tengo sobre mis hombros. O la historia completa.

Demonios.

Por fin, cuando ya he perdido la cuenta de las veces que te tocado, abre.

Tiene un aspecto andrajoso. Se nota la pesadez del pasado en su cara. Su casa tiene el olor más extraño, de algo que jamás he oído en mi vida.

—¿Qué se le ofrece?

—Me presento. Soy Zilé Thorn. Resido en Copenhague, pero he venido a pasar unas...vacaciones aquí. Acudo a usted porque he visto su exhibición en el museo y me parece asombrosa.

—Gracias por su cumplido. ¿Es todo?

—No, ese es mi verdadero motivo. Pasa algo. Verá. También soy pintor. Nada profesional. Es una especie de desahogo, por diversión. Pero

últimamente he estado en un... estancamiento. No puedo pintar, es como un tipo de maldición.

—¿Se refiere al bloqueo?

—No al bloqueo normal.

—Está bien. Entre, por favor.

—Gracias.

El olor se intensifica.

—¿Gusta algo de tomar?

—Estoy bien, gracias.

—¿Y bien?

—Oh, sí. Pasa que mis lienzos ya no absorben el color de las pinturas cuando intento pintar a mi amor obsesivo... Eso pasa. Que el canva se resiste a que pinte sobre él, específicamente, sobre él.

—¿Hay alguna especie de historia trágica de fondo?

—Y vaya que es trágica —respondo—. Es catastrófica.

—Entiendo. A veces, eso puede interpretarse lógicamente como el destino o la vida gritando que dos personas no pertenecen a la misma historia.

—¿A qué se refiere?

—Es la manera en que la vida te avisa que ya ha llegado a su fin eso a lo que te aferras. Que ya no tiene remedio: se han roto los lazos.

—Pero es imposible. Lo sigo amando. Estoy seguro de que él también.

—¿Entonces cómo explica esa maldición?

—Mejor usted difame, ¿cómo consiguió ese rojo tan pasional en los labios de sus pinturas?

—No creo que no lo sepas. Con mi propia sangre. Son sacrificios que el arte exige, Zilé. Debes salir de lo ordinario, de lo que todo el mundo hace, de las técnicas cotidianas, si quieres vivir de esto. Y es lo que te sugiero para que rompas ese maleficio... Piensa en una manera de sacar los colores que la naturaleza no ha dado... Piensa en una manera de crear a partir de la nada los colores que necesitas o incluso un lienzo que no se consiga de la manera más común. Rompe las reglas. Sé un artista de sangre rebelde.

Eso me rompe más la cabeza. ¿Colores sacados de la nada? ¿Un lienzo que no sea común?

Una especie de eureka acude a mi cerebro. ¡LAS MORRENAS! Las cordilleras que tienen colores de hace miles de años, que incluso pueden tener los colores de las estrellas chocando con el planeta y de la atmósfera y de todo un pasado.





**ROB HILSEN**

—Picaza —grito contra la tormenta que se lleva en riachuelos a toda Copenhague. Si la ciudad parecía una pintura en acuarelas, ahora están todas las corrientes llenas de color—. ¿A dónde vas? Vuelve.

*Son todas las cartas que Zilé le ha escrito cuando estaban en la distancia. Como sea, las arrojo a la lluvia torrencial que arrecia. Jamás se dará cuenta, al fin y al cabo. Y jamás lo perdonaría.*

—Pensé que te molestaría —exclama, con la voz baja—. Pensé que te molestaría tenerme en tu casa.

—Por Dios, Picaza, has dormido infinidad de veces aquí. ¿Qué te hace pensar eso?

—No lo sé, Rob. Lo siento.

—Ven acá, que hace frío.

*Para una persona con vitiligo siempre hace frío. La causa de mi relación con Zilé fue parte de su promesa: que me encontraría una cura para frenar mi enfermedad. Qué ciega estaba. Ese tipo no le encontraba solución a nada: al revés. Crea más problemas de los que debería. He hecho tanto bien en mantenerlo apartado de mi alma gemela. No me arrepiento de nada. ¿Y qué fue eso de meter a Connor en la vida de Rob? Como si necesitara que le compraran cariño. Fue una monstruosidad. Entro a su casa, que sí se siente casa.*

—Hace una lluvia de los mil demonios y yo tampoco puedo dormir —le digo mientras le quito el abrigo—. Tuve una pesadilla.

—Puedes decirme de qué se trata.

—Era simplemente oscura. Pero como una pantalla. Como si alguien pusiera su dedo en ella y la hundiera un poco, pero siempre volvía a su tamaño

original...Luego me sentía nadando en un mar súper helado sin nadie alrededor...También la oscuridad lo gobernaba todo. Y después comenzaba a escuchar disparos de la nada. Fue tan angustiante.

—Te prepararé un té de manzanilla, para que te relajes.

—Gracias, Pic.

Mientras ella pone la cafetera, pongo algo de música, a tientas.

—¿Cómo vas con tu galería?

—Voy...bien. Aunque siento que le falta algo...Una pieza que me diga: tu galería está lista para todo el mundo.

—¿Qué especie de pieza?

—Una que rompa con todos los moldes. Que cause furor. Todavía no sé cuál sea la correcta.

—Sé que harás un trabajo estupendo, Picaza.

—Espero cumplir con sus expectativas, señor.

*Cuando la cafetera está hirviendo y el vapor sale volando, explota.*

Simplemente tengo tantos secretos que ya cuesta mantenerlos en su lugar.

—Rob, ¿qué me dirías si te confieso que una persona de tu pasado te escribió cuando te fuiste a aquella isla?

—Depende de a qué persona del pasado te refieras.

—A Zilé Thorn.

—¿Qué pasó con él?

—Él te...Él preguntó por ti. Y yo...Yo le dije que te habías ido. Que habías huido de él.

—¿Que hiciste qué?

—Eso. Que te habías ido de él. Eso fue. Pensé que era lo correcto: decirle que ya no te buscara, que tú habías tomado la decisión de irte porque ya era demasiado lo que te estaba haciendo. ¿Me entiendes?

—No, no te entiendo.

—Rob, el dolor por el que estabas pasando, todo lo que él te estaba haciendo, me estaba hiriendo a mí. Indirectamente me estaba lastimando también. Fue la oportunidad perfecta para acomodar las cosas en su lugar: decirle que ya era un adiós definitivo y sin vuelta de hoja. Que ya se había acabado.

—¿Por qué no me lo consultaste?

—Porque no aceptarías.

—Así que ahora sabes cada pensamiento que hay en mi cabeza.

—Rob, por favor.

—¿Tienes más que decir? ¿O ya se te acabó el remordimiento?

—Hay más. Cuando dije que yo había sido quien te había rescatado aquella noche en que perdiste la visión, no fui yo. Fue él otra vez, Zilé Thorn. No yo. Lo siento.

—Una vez más ¿por qué lo hiciste?

—Porque siempre he intentado ser yo quien te salve. Porque ya lo había borrado del mapa como para que viniera él con más protagonismo y...por un momento me quise hacer sentir agradecida por mi presencia.

—Siempre te lo he agradecido.

—Siento que a veces no lo dices demasiado fuerte como para que te escuche.

—Picaza, no te entiendo. Soy yo quien debe decirle adiós a las personas que quiera. No tú.

—Siento que a veces te ciegas demasiado y no lo haces. Persistes, persistes con el mismo error y vuelves a caer en el mismo dolor. Deberías estar agradecido, porque soy la única que se preocupa porque tu vida esté a salvo y porque seas feliz. ¿Has hecho lo mismo por mí?

—He hecho lo que ha estado en mis manos. Te juro que si pudiera tener la fórmula correcta para hacerte feliz lo haría, y sin quitarte personas del camino.

—Lo dices como si me reprocharas el haberte alejado de él.

—Lo hago. Soy yo quien tiene que ponerle fin a este ciclo.

—No veo la hora.

—Picaza, dame tiempo. No es tan fácil como imaginas. Tenemos una historia, lazos muy difíciles que cortar para siempre. Y siempre nos perdemos intentando encontrarnos, como piezas magnéticas errantes.

—Por eso intervengo. Nada más por eso.

—¿No confías en que pueda ser lo suficientemente valiente?

—No es eso. Es que ya estoy cansada, Rob. Estoy cansada de la misma historia. De saber quién es el siguiente en herir y el siguiente en ser lastimado. No se vale que yo esté siempre en el centro, siendo testigo de cada puñalada que se dan...

—¿Y que hay de Connor? ¿También inventaste que Zilé le había pagado para que me amara?

—¿Cómo te atreves a decirme eso?

—Ya no sé que esperar de ti.

—Si estuviera en tu lugar, yo te agradecería por haberme puesto en esta situación. Por haberte preocupado por mi felicidad. Yo no actuaría como tú lo estás haciendo.

Algo se rompe entre nosotros. Tengo ganas de decirle que ya no vuelva a mí, que jamás le perdonaré lo que ha hecho. Algo hierve en mis venas, en mi corazón que amenaza con salir.

—Por supuesto. Por supuesto que estoy agradecido. Y por lo que más te agradezco es porque tu padre haya matado al mío.

**ZILÉ THORN**

Necesito saber de dónde proviene ese olor, aunque se me vaya la vida en ello.

—¿Puedo pasar a su baño? —intento decir de la manera más natural posible.

—Claro. Es en el segundo pasillo, pasando las escaleras.

Cuando ya estoy fuera de su campo de visión, intento guiarme por mi olfato. Intento llegar a la causa de ese olor, que se intensifica conforme me acerco.

Hasta que hay un muro.

Una puerta, para ser exacto.

Intento que mi mano no tenga peso para que no emita ningún sonido. Giro. Clic. Se abre.

Y lo que hay dentro es imposible de creer.

Imposible de asimilar.

Es un cuarto de paredes completamente blancas. La luz entra a raudales por las pesadas cortinas.

Y llegan directo a un cuerpo.

A un cadáver.

Es una mujer sobre un charco de sangre.

El escarlata contrasta contra la blancura de todo el recinto.

Está una espada traspasando su pecho.

Noto que alguien posa su mano sobre mi hombro.

—Así que la has encontrado.

—¿Qué clase de monstruo es usted?

La reconozco. Es la mujer que ha pintado. Lo comprendo todo: no era su sangre la que empleaba para pintarla, sino la sangre de la misma modelo.

—Zilé, no es lo que tú piensas.

—Claro que lo es.

—Incluso si piensas eso, hubo un pintor que hasta quemaba a los niños y pintaba su sufrimiento mientras se quemaban.

—Pero no al amor de su vida.

Mi paroxismo va creciendo. Se me atora la respiración, impedida por el mismo olor que desprende el cadáver.

Hasta que me desvanezco.

Mis manos arañando el aire.

Cayendo despacio, pero sintiendo cada intervalo, cada porción de realidad.

Hasta que mis párpados se cierran, recibiendo la perpetua oscuridad.

\*\*\*

Despierto con un penetrante olor a alcohol por todos lados. Vuelvo a la vida registrando todo con mis ojos; percatándome de que sigo aquí. Reviso todas las porciones de mi cuerpo, por si este psicópata no me ha rebanado un dedo o algo peor.

—Cualquier cosa que hayas visto, lo inventaron tus sentidos. No era una escena del crimen. ¿Quieres un té?

—Un té no me quitará el horror de lo que acabo de ver.

—¿Qué es lo que acabas de ver? Sé lo más preciso posible.

—Un cadáver. La mujer que pintas tendida sobre un charco de sangre y penetrada por una espada de punta a punta.

—Escucha, Zilé. Es una escultura. Una escultura hiperrealista. Me honra que hayas reaccionado así porque significa que hice un buen trabajo. ¡Será todo un éxito!

—¿Hablas de una escultura?

—Así es. No es un cadáver real. Es una escultura.

—Yo...Lo siento... No sabía. Lo siento por estar de entrometido.

—No tienes por qué sentirte mal. Mi casa es tu casa, con todo lo que tenga.

—Gracias. También gracias por hacerme abrir los ojos sobre lo que tengo que hacer para poder pintar y romper la maldición.

—Lo que sea por el arte, Zilé.

\*\*\*

Estamos en el muelle. Es el último atardecer que veremos, aquí, en Jutlandia.

Por primera vez me pongo a pensar qué es lo que hace que sea una de las ciudades más felices del mundo. El atardecer me da la respuesta.

Un pequeño detalle como esos devuelve la esperanza. El sol atrapado

entre sábanas de distintos tonos de morado. Y el mar, revolviéndose con una pasión que dan ganas de pintarlo o de hacerle un poema en cualquier momento. Y la alegría de la arena al ser besada por su amante que siempre regresa. Y las montañas, que han sentido el frío por miles de años, pero reverdecen y sienten al glaciador como abrazos de plata helada.

Eso es lo que hace sobrevivir al humano: estar siempre en movimiento.

Con este viaje me he sentido un poco más reparado. Más lejos de mis sentimientos destructivos. Más lejos de la desolación, porque cada puesta de sol me ha cobijado. Cada estrella me ha hecho sentir acompañado e «iluminado». Cada porción de brisa ha llenado mis pulmones los ha convertido en nuevos pulmones que merecen quedarse sin respiración ante momentos inolvidables.

Tomo mis maletas, prometiendo que volveré.

Aunque, por la cara de mi hermana, sé que quiere quedarse un poco más.

—¿Te pasa algo, Vika?

—Es sólo que esto es demasiado bello como para tener que decirle adiós.

«Eso es todo lo que he pensado sobre Rob Hilsen»

—Tienes toda la razón, pero sé que pasa algo más.

—Lo siento, Zilé. Lo siento.

¿A qué se refiere? Se recarga en mi pecho con un llanto combinado con la risa y la imploración y la confusión.

—¿Qué está pasando, Vika? ¿Por qué me pides perdón?

—Es simplemente que soy una tonta. Irremediablemente tonta. Lo perdí todo. Perdí todo el dinero que teníamos para pagar el pasaje y regresar a casa. Lo he perdido en unas estúpidas apuestas.

Demonios. Era la única reserva que teníamos para el viaje.

No hay manera de que regresemos.

Entonces ocurre una revelación. Recuerdo todo lo que he reflexionado sobre el destino y cómo las cosas se acomodan para que todo fluya con su tiempo y las circunstancias adecuadas.

Hoy es el día.

Hoy es el día de la competencia de partir en velero y llegar a costas mexicanas.

Es increíblemente loco lo que pienso hacer, pero la recompensa bien vale la pena. Tendré soltería por más tiempo, más viajes como éste y, por



supuesto, mi motivo original: devolverle la vista a Rob Hilsen.

—Sólo hay una forma de que te pueda perdonar, Vika.

—¿Cuál es? —pregunta con la voz llena de pena.

—Que no le cuentes absolutamente nada a nadie sobre lo que voy a hacer. A nadie. ¿Me oyes? Participaré en el concurso de veleros. Me haré con ese dinero, porque ganaré. Estoy seguro de eso. Ganaré para que Rob Hilsen pueda volver a ver. Para que me pueda perdonar. Y luego, volveré para hacer ese cuadro.

**ROB HILSEN**

Quiero correr. Correr a través de la noche, como un pájaro buscando un nido o un modo de escapar de la nieve. Quiero correr como un cometa en picada y olvidar por una maldita vez al mundo. Deshacerme a zancadas, diluirme con el polvo de la luz y de la nieve hasta sentirme parte de lo más invisible.

Todo en esta vida es un caos que no se detiene. En algún momento te das cuenta de que por más que intentes de evitar la realidad, más te atrapa por la garganta para hacer que la sientas con mayor intensidad. Me han dicho tantas veces que caer es una forma de volar, pero qué duro resulta el vuelo cuando descubres que no hay nadie al final para recogerte, sólo un campo de espinas que te destripa y te hace apreciar al vuelo como una evasión, porque las circunstancias siempre estarán al fondo.

La manera en que conocí a Zilé Thorn fue la más poética y el sueño de cualquier adolescente—tonto—cegado—colegial—inmaduro que a cualquier destello queda ciego. Eran mis primeros días en la Universidad de Artes. Con la presión que se siente estar ocupando un lugar que miles han soñado por tener y que sólo tú tienes. Se siente esa presión sobre tus hombros y las expectativas de todo el mundo sobre ti, aplastándote. Fue mi crush inmediato. Su manera de caminar era una obra de arte en sí misma, como si dentro de él llevara la escultura más preciada por la humanidad. Cada movimiento destellaba elegancia y hermosura y te hacía levitar.

Cierto día, me vio tocar el piano en un recital. Yo siempre había procurado evitar ver a la audiencia antes de empezar a tocar, pero aquella vez fue inevitable. Lo vi con su gracia de siempre, aunque la forma en que él me <<apreciaba>> era de otro mundo: con una mirada de deseo, con ánimos de incendiarme. Él tenía el letrero de advertencia de “Mantenerse lejos”, pero me hacía el que no sabía leer con tal de estar a su lado, cerca de una bomba

atómica.

Volviendo al recital, mantuve una batalla entre enfrentar sus ojos y entre seguir con mi piano... Elegí seguir, a pesar de que mis manos —todo mi cuerpo— se sentía líquido. Como una vela derretida.

Sólo que las llamas no eran mías.

Al final, cuando toda la audiencia se fue, se presentó.

—Soy Zilé Thorn y estudio Danza. Es un placer para mí felicitarte, Rob Hilsen.

No sabía cómo responder, porque prácticamente me ahogaban todas las palabras que querían salir y que no podían por culpa de su mera presencia.

[MÁS ALTA QUE UN RASCACIELOS]

—Yo... Te lo agradezco —fue lo que alcancé a decir.

—No tienes nada que agradecer.

—Vi la forma en que me mirabas —aduje. Como si tuviera más posibilidades de seguir con la conversación.

—Es la forma en que miro a todo el mundo.

—¿Como si quisieras incendiarlo?

—Oh, lo siento. No sabía que mi mirada te provocara eso.

—Me provoca más.

La forma en que se mordió los labios movió algo dentro de mí. Levantó mareas.

—Escucha, Rob, ¿me prometes que lo que va a pasar no se lo contarás a nadie?

—¿Qué es lo que va a pasar?

—Un simple ejercicio. Un simple ejercicio para que jamás tiembles al estar frente al piano.

En ese momento se levantó su camisa. Se la quitó, como si nada. Como si ese espectáculo no pudiera quitarle la vista del asombro a alguien.

—Tócame.

¿Realmente tenía que pedirlo?

Cada porción de su pecho, cada porción de su abdomen, cada porción de su espalda, era mi paraíso. Descansar sobre su cuerpo sería el último deseo de mi alma.

—Tócame como si yo fuera ese piano.

Lo hice. Con urgencia. Empecé a tocar sus costillas, que se sentían como oro puro. Sin embargo, su cuerpo tenía esa blandura ante la presión de mis manos y su hambre y su ansiedad.

De ahí, seguí a su pecho, cuyo corazón latía demasiado. Puse mi mano en él para contenerlo, mientras mi mano libre viajaba por otros parajes desconocidos; su abdomen, de piedra, los costados, su espalda, su cuello. Las vibraciones que recorrían mis venas no eran naturales.

Eran de un cataclismo.

Y, por más increíble que parezca, se incrementaron.

—No sabía que mis manos pudieran sentir orgasmos.

Eso lo encendió más.

Me besó.

Con esos labios carnosos tan llenos de perfume y de rosa y de rojo sangre. Tan ansiosos de recorrer toda mi piel hasta sabérsela de memoria.

Mi cuerpo se fundió con el de él. Hasta que no quedaba nada de ropa interponiéndose entre nosotros. Lo rodeé con mis piernas, porque no quería dejarlo ir, jamás dejarlo ir.

Mi abdomen se fundió con el suyo, con esa muralla que irradiaba un placer tan difícil de creer.

Mis manos lo abarcaron, tan presas y tan libres a la vez.

—Toca, toca todo lo que quieras.

No importaba si mis labios se despegaban de mi cuerpo, quería responder con la misma rabia que él, con el mismo calor, con el mismo incendio abrasador. Mi perfume pasó a ser su perfume y toda mi fiebre se expandió hasta la suya, que no hacía mas que avivarla.

Mientras gemía su nombre mordiendo su oreja, diciéndole que no parara, nos fusionamos en un abrazo que juraría íbamos a repetir por el resto de nuestros días.

No era para menos: el olor, el sabor de su cuerpo, era lo más puro que había entrado por mis sentidos. Me hacía sentir esa revelación de estar vivo, de sentirte en la cumbre de tu completitud.

Pero quién diría que los abrazos que te hacen sentir más completo también te pueden hacer trizas.

Mi mamá quería intentarlo, a pesar de mis miedos.

Mis pesadillas cada vez se volvieron más oscuras; hasta tal punto de creer que eso era lo que vería por el resto de mi vida.

El punto es que todavía queda una esperanza de que pueda recuperar mi vista. Una entre un millón. Los mejores médicos de Suiza me habían examinado y encontrado una posibilidad con una operación muy arriesgada.

Mi vida se ha vuelto eso: una ida y venida de hospital en hospital, de escáneres y exámenes que me robaban toda la energía.

¿Valdría la pena arriesgar toda mi vida por recuperar la vista? A veces pensaba que esta ceguera ya era una parte de ella, algo que no se podía extirpar porque se extirparía parte de mí.

Además, no quería ver en lo que se había convertido mi vida. Contemplar el desastre no arreglaría nada.

Así estaba mi fe: estropeada. No recuperaba ni quería ver esperanza en los mínimos detalles. Sólo veía oscuridad. Un manto que lo cubría todo a su paso, hasta no dejar resquicio alguno para que se colara la luz.

Se podría decir que el piano era mi única compañía en mi eterna soledad. Tocaba para curar mi alma, como si cada nota derramara raudales de polvo de estrellas sobre mis heridas para que se sellaran para siempre. De la tarde hasta la madrugada tocaba sin parar, inconsciente del tiempo y de todo lo que pasaba a mi alrededor. La magia de la emoción y de la catarsis me impedía parar. Hasta que mis dedos punzaban y sentía la sangre escurrirse porque ya estaban en carne viva.

Sobre Picaza, no he tenido ninguna noticia. Francamente me arrepiento de mis palabras y de todo lo que pasó. No tenía por qué haber reaccionado así... Pero a veces así me siento: como un volcán en erupción, con una sensibilidad tan exaltada que prefiero cerrar mis ojos y dormir.

En cuanto a las cartas, muero por saber qué es lo que decían, aunque Picaza sea la única que sabe al respecto y, por la situación, no pueda volver a dirigirme la palabra.

\*\*\*

Cuento las horas que faltan para mi operación. Los doctores han dicho algo respecto al riesgo, que la harán en dos fases o algo por el estilo. Que me

aletargaré en un sueño muy pronunciado y que no sentiré nada, más que la neblina pesada de la inconsciencia.

En ese sueño quiero encontrarlo. Quiero decirle que si no estoy a su lado no estoy a salvo de esta tormenta voraz. Que es la única pieza que puede encajar en mi rompecabezas, que no quiero a nadie más. Que necesitamos juntar nuestras historias para que todo tenga sentido.

Y así, como si nada, entro a la neblina del sueño.

*El suelo parece de hielo. La neblina viaja a raudales a mis codos, como pájaros envueltos en capas y capas de bruma, desesperados por quitársela de encima. Es un escenario con una inmensidad increíble. Todas las ganas que tenía de correr en aquella noche ahora quedan apaciguadas: mis pasos se hacen sonar como si fueran los pasos de un titán.*

*Mi urgencia es específica: decirle la verdad.*

*Corro hasta que la bruma se despeja. Corro hasta que ya no siento mis piernas. Hasta que el aliento se me ha gastado y se siente el hambre de los pulmones por sujetar más aire.*

*Hasta que en un rincón de la nada, lo encuentro.*

*Es él.*

*El rostro que siempre he ansiado soñar.*

*Y abrazar.*

*Y tener entre mis manos.*

*Y repleto de mis labios.*

*Le toco su hombro, lo hago girar, hago que encuentre mi mirada repleta de necesidad.*

*—Todo este tiempo te he estado buscando.*

*Me reconoce con una realidad que me hace querer abrir los ojos, por más imposible que sea.*

*Nos reconocemos y nos decimos toda la verdad con los ojos.*

*Es la única manera de decirla.*

*El rubor, las lágrimas y los temblores rodean nuestros cuerpos.*

*Estamos en la nada y aun así nos sentimos completos —resoplo contra el silencio.*

*Aunque él no puede hablar, me dice más de lo que necesito. Me dice cuánto me ha ansiado también, cuánto tiempo ha estado en la soledad con la cabeza llena de mí, cuántos obstáculos ha tenido que vencer para por fin encontrar mis manos y hallarlas libres, sin nadie más...Disponibles sólo para él.*

*Cuando las ve, las besa. Cada espacio es un espacio que se refleja tan cálido que me hace sentir en casa, con el fulgor de mil fuegos con mi nombre grabado en cada chispa de luz.*



## ZILÉ THORN

Es el primer atardecer que veo en el que sólo estamos tú (en mi mente), el mar y el cielo. Flotando en la inmensidad, es como si todos mis miedos y mi verdadero «yo» se colaran con las olas para bañarme de realidad. El mar es un espejo. Eso es lo que me parece. Un espejo y también una sacudida de conmoción ante lo colosal. Siempre que estoy frente a él, además de las preguntas, siempre pienso que si alguien sabe qué es la soledad, es el mismo mar. Y que siempre se convulsiona en forma de olas para despertar de su triste condición. A pesar de tener tantas olas, siempre provienen de él, siempre son las mismas con diferentes formas. El mar es un autoengaño, por lo tanto.

Todos tenemos formas de auto engañarnos, no sólo él. Por ejemplo, yo me auto engañaba pensando que poniendo a alguien más en la vida de Rob Hilsen podía poner un parche sobre todas las heridas que le había hecho y así olvidarme. Luego, recapacité sobre una cosa: nadie podrá amar lo suficiente como para borrar el rastro del pasado que otro impregnó sobre él. Se ama y se hiere de miles de maneras y cada una es única —lo que se pone sobre ellas sólo son superposiciones que apaciguan el dolor, pero que jamás lo eliminan—.

De modo que así me encontraba: mis pensamientos flotando en mi cabeza y dando vueltas en espiral, sin un inicio ni fin específico. El mar también es esa oportunidad para descubrir tus pensamientos más sombríos, esos que sólo un elemento sublime despierta. Estaba encerrado en una cárcel con pensamientos de espirales, en la que, a pesar de tener la más pura brisa, no podía contener mis suspiros. Suspiraba y suspiraba, con un recuerdo atado a cada suspiro.

Por ejemplo, la primera vez que le hice el amor a Rob Hilsen, con un pasión que mi alma desconocía —porque lo hicimos con el alma, no con el cuerpo—. O la vez que me dedicó una melodía y la tocó, haciéndome sentir

parte de cada nota (nadie me había hecho sentir que yo pertenecía a un museo). O cuando por primera vez me dijo que me amaba —sintiéndolo, en realidad— con su voz balbuceante y con los ojos anegados en lágrimas porque lo que decía le desbordaba el alma. Y con esos ojos que tiene, que parece que aguarda toda la furia del mar y su calma a la vez. O cuando pescamos por primera vez juntos y todos los peces se nos iban porque nos besábamos porque no nos podíamos contener.

Mi recuerdo más grato con él fue cuando acudimos a una convención de Harry Potter. Con lo difícil que es conservar la creencia en la magia en estos días y viendo su cara destellar ante cada detalle fue lo más especial. De hecho, en esa ocasión le pedí que fuera mi novio. En la cima de un pastel de su casa (Gryffindor), estaba una snitch dorada y, dentro, un anillo de compromiso. Aceptó desde el primer momento en que vio el pastel. Cuando vio el anillo, casi caía desmallado, sobre todo porque pensaba que lo nuestro sólo era la magia de un momento. Lo equivocado que estaba: era la magia de toda una vida. No hay nadie en este mundo que tenga la contemplación que él tiene. No hay nadie que vea el atardecer como él lo ve. No hay nadie que aprecie el perfume de los tulipanes como lo hace él. No hay nadie que vea en mis cicatrices las líneas perfectas de una carretera que va directo a mi corazón. No hay nadie como él, simplemente.

Y su relación con las palabras. Oh, dioses. Era tan torpe y tan lindo a la vez. Su torpeza era perdonada por la belleza de sus disculpas, por la ternura de su sonrisa. Cada que intentaba dar un discurso sobre lo mucho que me amaba, terminaba haciendo un laberinto de palabras y nada tenía sentido hasta que me tocaba una canción —su alternativa más fiable—.

Cuesta aceptar que una persona pueda entrar así a tu vida, como si encajara en cada parte que has intentado corregir (y creído que no tiene arreglo) para demostrarte que así te ama: con todas tus imperfecciones y con todo lo que tienes que lidiar. Que no hace falta cambiar nada, sólo hace falta dejar las puertas abiertas para que el amor se acune y realice su propia magia.

Y sí, así es el poder de lo que siempre he evadido, tanto propio como ajeno. Lo he evadido porque el sólo hecho de sentir algo tan arrebatador como el amor de Rob Hilsen me pone de rodillas y me hace temblar. No creo en la

posibilidad de que pueda existir algo igual y la melancolía por las ganas de repetirlo me llena de ira e insatisfacción porque me doy cuenta de que soy el único que lo ha estropeado. No pensemos en los rencores, ni en los accidentes. Pensemos en las segundas oportunidades, en ablandar el corazón para que pueda fluir la armonía y lo que alguna vez se tuvo y se perdió. Pensemos en volver a sentir en tus manos el mundo de la otra persona y llenar tus pulmones de aire contaminado por los resoplidos del otro. Pensemos en las veces que te sientes perdido, a pesar de tener todas las indicaciones. En las veces que tu casa se convierte en un contenedor con paredes, techo y ventanas y no en un hogar. En las veces en que tu propio cuerpo se siente como una prisión, cuya rejas fueron forjadas por ti y tú mismo te pones bajo llave.

Pensemos en todas las veces en que tú mismo provocas una tormenta de nieve y atrapas todos los pájaros que habitaban en tu selva —misma que se ha convertido en desierto—. Pensemos que una vez lo tuvimos todo y que no había preguntas. Pensemos en los momentos en que sujetábamos el universo entre los labios.

Pensemos en los momentos en que no hubo un invierno entre nuestros dedos.

\*\*\*

Recibo a la noche como a una vieja amiga. Decido tenderme sobre el velero. El viento, que antes se sentía un poco invernal, ahora se siente cálido y con una ligera brisa que llega hasta la boca de mi estómago y me hace sentir más tranquilo en la inmensa zozobra del espacio. Jamás hubiera imaginado que la noche en el mar se sintiera así de calmada y peligrosa a la vez: como si en cada gota existiera un monstruo al acecho.

Me tiro de espaldas con la mirada al cielo. Al verlo, pienso que Dios tenía todas las estrellas del cosmos en un frasco y que ese frasco ha explotado, derramando toda la materia estelar en el cielo y formando llagas de color plata y oro y jade. Pasan cometas y estrellas fugaces. Y a cada una les digo tu nombre. No con necesidad, ni reclamo, sino con el motivo de un deseo eterno, de lo que un desahuciado esperaría obtener en sus últimos segundos de vida. La luna está llena. Tiene en todo su brillo y en su aura una especie de oro líquido. Tanto que deseo pedirle que me regale un poco de su luz para esparcir por el océano y poder llegar a mi destino.

Un destino que, finalmente, serás tú.

Déjeme te explico: siempre serás la persona a la que desearé toda la felicidad que me hace falta.

Eres la primera necesidad que tengo en mente al despertar: si tú no eres feliz, no hay descanso para mi alma hasta que una sonrisa acuda a tu rostro.

Eres también esperanza: la esperanza de que todo algún día cobrará sentido y se podrá acomodar para poder poner en calma nuestros espíritus.

Eres la pausa de mis catástrofes y mi idea de paraíso.

¿Cómo podría seguir viviendo sin tenerte en cuenta? Jamás en mis días podría dejar de percatarme de ti. Porque a tu lado cada instante se torna eterno y puedo notar cada pizca de eternidad en tus ojos.

Te he jurado, Rob Hilsen, que tendrás tu vista de vuelta. Y lo conseguiré, así sea lo último que haga. Tendrás toda la plenitud y toda una vida por delante, porque como tú lo has dicho, los tormentos del corazón se borran con cada latido de la persona que te piense y te ame, y, el mío, siempre latera por ti, como si dentro de él estuviera el tuyo.

Te amo, Hilsen, te amo tan locamente que mi cordura no tiene razón de ser. Tan profundamente que un océano se avergonzaría de su superficialidad. Y tan enteramente que el universo se sentiría hueco.

Con esa misma intensidad ahora pido que estemos juntos. Imagino con una fuerza tan vívida ese momento que mis pies flotan y mis pulmones se expanden con límites que no puedo concebir.

Ese es el deseo que pido a las estrellas, tan congeladas que parecen en el tiempo y en el espacio, pero también tan percatadas de lo que sentimos. Por eso brillan. Alzo mis manos sintiendo que las alcanzo a acariciar, como si se tratara de un cuadro cercano. Y en ese momento vislumbro líneas que caen desde lo más lejano. Líneas de luz, como si una hilandera hubiera dejado caer sus hilos desde lo alto hasta mi cara.

Son estrellas.

Decenas de estrellas caen a raudales sobre mí. El calor me hace sentir una calma tan extrema que juro voy a romper a llorar de la tranquilidad. Son el abrazo que siempre he buscado y que se siente tan perdido. Pero esta vez, es una demostración de que el universo está consciente de nuestras pérdidas y nuestro dolor y se siente voluntario a cerrar estas heridas.

Tengo mi camino lúcidamente trazado con las luces de las estrellas.

Esta vez, no me perderé.

Y, una vez que regrese a casa, cada una de estas estrellas formará parte de El perdón, el cuadro con el que me reconciliaré con Rob Hilsen.

Mi estómago bulle por tanto asombro y de tanto agradecimiento. Por fin siento al destino cooperar con una de mis causas. Por fin siento normalidad en mi vida. Y todo vuelve a él: él es la causa de todo. Seguramente, él provocó esta lluvia de estrellas.

Gracias por las estrellas, Hilsen.

No me imagino la manera en que pueda pasar las siguientes horas: quiero convertirlas en segundos por el simple hecho de querer arreglar todo, pieza por pieza, y reunir nuestras historias de manera que no quede ninguna pizca de rencor entre nosotros, salvo esperanza y amor y calor.

Es entonces cuando visualizo el cuadro que quiero pintar. En una esquina, está el rostro de Rob. Su cabello castaño, hecho con cáscaras de nueces. Sus ojos, con la pulpa del mar. Sus labios serán dos corales, dispuestos en una forma que parezcan dos cuerpos abrazados. Y sus mejillas y sus mandíbulas y el mentón, todo un grupo de caminos de arena. Él es el que está con los ojos cerrados, derramando lágrimas por la certeza de que no estoy...pero sus lágrimas forman un camino, un camino que conduce a mí, que estoy en una parte del cuadro casi imposible de ver, pero estoy. Sus lágrimas forman el camino de las estrellas, que desprenden tanta luz que te pueden dejar ciego. Yo soy el origen de esas estrellas. Alzo mi brazo en lo alto, con un candil que va dejando puntadas de luz, dando pasos hasta trazar mi ruta para rodearlo por la espalda y susurrarle al oído: ERES LO QUE SIEMPRE TERMINARÉ POR ENCONTRAR CADA QUE TE PIERDA.

Y de fondo estarán las catástrofes: mi fatal e irremediable caída, él con los dedos hechos trizas por la pasión con la que toca el piano, nosotros, fundidos, en ese mismo piano, con la piel ardiente y líquida, un velero perdido en el mar y él otra vez con estrellas en sus ojos mientras yo lo pinto todo con una varita en forma de pincel.

Así se formará *El perdón*, porque, de igual forma en que él cambiaba las palabras por música, yo cambiaré las palabras por colores, de manera que no haya ningún «no» por respuesta ni ninguna duda de que, por más distancia que he trazado, siempre estaremos unidos por el calor de mil soles y la fiereza de los océanos.

**ROB HILSEN**

Afortunadamente, mi cuerpo es inmune a la amnesia. Es inmune cuando recapacito y sé con total seguridad que por más que quiera sujetarme a unas historias y despedirme de otras, siempre debo hacerle frente a cada una. Estoy consciente de eso cuando, incluso en mi inconsciencia, vi ese rostro tan sereno y tan tranquilizador. Vi en ese rostro todas las respuestas a las preguntas que creía incógnitas. A veces reconoces el fin de todas tus penas tan sólo en una mirada.

Eso fue lo que sucedió. Se acabaron todas las dudas.

Cuando era noche y las enfermeras estaban en un total descuido, escapé del hospital. Escapé de la posibilidad de recuperar mi vista.

Lo hice porque en esa misma noche escuché por la radio sobre un concurso de veleros. Y, entre la lista de participantes, estaba el nombre de Zilé Thorn. Y, junto con él, un presentimiento de fatalidad que recorría cada fibra de mi cuerpo.

Lo imaginaba desolado y dejado de toda su gracia y se me encogía el alma.

[¿Acaso pensaba que había nacido para dejarlo abandonado y él para despojarse de todas sus virtudes?]

De manera que, de una forma que no pude evitar, decidí partir en busca de Zilé.

Así, con la necesidad inmediata de quien no puede evitar sentir el mismo frío que la piel que ama. Así, con la necesidad de juntar los latidos de un corazón contra otro corazón, cuyos latidos son al unísono.

Simplemente no puedes dejar fuera de tus planes a quien deseas con todas tus fuerzas tener fuera de tu vida, porque el impulso de sentir su cercanía te haga saltar todas las barreras.

[Un mundo sin él no es mundo en absoluto]

Tan fácil que es internarse en el mar y tan difícil de sobrevivir. Como si su oleaje fuera una cosa que se debería sobrellevar con todo su vértigo, presente para remover todas tus ruinas. Pero una cosa es cierta: el mar siempre te cambia, igual como cambia él. No es un escenario ni un paisaje como todos los demás; es siniestro, es fuerza y es renovación. Para como es

Zilé, me pregunto cómo será tener un titán sobre el mar. Cómo estará con sus tatuajes más oscuros que la oscuridad misma y con su presencia catastrófica. Me pregunto cómo podrá lidiar con la soledad, si él siempre se rodea de desastre y de dolor ajeno. Me pregunto si, en su travesía, aniquilará ángeles y estrellas con su mirada de lobo, tan feroz, audaz y cautivador. Es tan difícil ver al mar a los ojos, incluso con esta ceguera. Porque de algún modo sientes que te devuelve la mirada y que te esculca tu interior. Y, aunque el cielo sólo sea un manto de luz plateada, siento cada punto de luz palpitando como si fueran corazones de hidrógeno y helio. Hundo mis manos en el agua, como si él hubiera dejado rastros para que lo encontrara. [Aunque su perfume sea lo único que me baste para encontrarlo] A pesar de la cercanía del invierno, noto estelas de calor subiendo por mi piel. Y no es un calor extraño: es familiar. [Cuando amas a alguien rastreas cada porción de su ser hasta sabértela de memoria] Así que ya sé cómo dar con él: él siempre está donde está el calor. Incluso si es un incendio voraz que no tiene manera de apaciguarse.

De modo que no podía aplicarse la frase de Shakespeare: «Estrellas oculten su fuego», sino todo lo contrario. Era una plegaria: ¡Estrellas, muestren su fuego! Muéstrenme el camino a mi destino, al sueño que siempre he perseguido incluso cuando cierro los ojos.

De esa manera maniobraba el velero: siguiendo las estelas de calor, que se apartaban de todas las corrientes heladas. En un punto, sentí la desolación de todas las olas; una zozobra que me hacía temblar y reconocer lo absurdo de mi idea, pero en una cosa no podía estar equivocado: ese calor que el mar esplendía no era casualidad. Era completamente reconocible como el calor de una casa que te recibe ante la crueldad del invierno, era el calor de un beso que recibes con tus labios ajados, el calor de un abdomen que recibe tu cabeza para que puedas dormir y el calor de una mejilla contra la tuya para contener el llanto.

Y de pronto, la esperanza incrementó. Incrementó cuando empecé a pensar en Paola, en la maldición de estar teniendo pesadillas en torno al mar, como algo acechante y tenebroso. En todo su suplicio por su condena, que consistía en tener un bucle en su cabeza y la realidad de estar rodeada por su peor enemigo. De pronto, me sentí protegido por ella, por su forma de mirarme con esas ansias de «protección» y «compasión» que no entendía. A veces las almas rotas son las que más reparan, lo sé de ella. Sentí en la espuma del mar la tranquilidad de su cabello, la pureza de su existencia, que, a pesar de estar tan atormentada y asediada, alcanzabas a apreciar la belleza, la sutileza y el



alivio de cada herida.

Podía pensar en estos momentos de la ocasión en que toqué todas las composiciones de Yiruma y sus penas se suavizaban, como si con eso calmara toda la furia del mar. Por eso emulo una melodía en el filo del velero con mis dedos.

Las olas se calman, se vuelven tersas, se vuelven una canción que se reproduce al compás de la mía. No es nada semejante a la magia de Paola, pero es algo que colabora con mi propósito: que las corrientes cálidas no se confundan con las gélidas.

Confío en mi método, en que el calor que no puedo ver me lleve hasta su corazón, el centro de todo.

He sentido tantas cosas en este viaje tan efímero que no quiero que termine. No quiero ponerle fin a mi búsqueda, porque sé que cuando el final esté cerca, nuestros secretos van a detonar. Y no estoy seguro de que salgamos ilesos.

Saldremos como se sale siempre de las historias de amor: lacerados. Lacerados por el tiempo, las equivocaciones, las despedidas que no se dijeron, las decepciones... Tan lacerados que nuestra fe en el amor se sentirá tan fragmentada que desearemos no haberlo conocido en nuestras vidas.

Justo el mar me da la razón.

Surge un cataclismo inmenso, colosal, de escalas sobrehumanas.

El mar se revuelve, como si deseara invertirse con el cielo.

Una voz puntiaguda y escalofriante sacude todos mis sentidos, ya de por sí apagados por el estruendo. Cualquiera cosa que sea, seguramente tiene algo que ver con Paola. Algo le ha pasado. Algo terriblemente monstruoso.

Absolutamente cada espacio se revuelve, convulso, tan inconforme con su distribución que busca otros límites.

No sé a dónde anclarme, porque el temblor es tan de otro mundo que no puedo dejar de pensar en lo que va a pasar: tendré que entregar mi vida.

Pienso en la vida de él. Una vida que yo mismo arruiné. Una vida en la que introduje la desesperación, la desdicha y la pena. Una vida a la que le apagué todos los sueños, que dejé errabunda en el universo, para que vagara sin destino alguno.

Es por eso que me ofrezco: doy mi vida para que él siga viviendo.

Yo mismo daría mi corazón y lo pondría en el lugar del suyo, un corazón muerto por mi culpa; un órgano hueco porque yo lo extirpé.

Le daría mi corazón lleno de la luz de mis días.

Y algo más: mi corazón lleno de toda la ilusión que él mismo me dio.

Podría seguir con más cosas que le entregaría, pero la epilepsia del mar sigue en su apogeo: las olas son tan altas como las montañas y tan heladas que provienen de un glaciar. Las estrellas posiblemente se han vaciado y el cielo ahora es una mortaja que cae lento para arrojarnos a todos.

Entonces es cuando el grito emerge.

Un grito desgarrado que no puedo ubicar. Un grito que reclama tanto como hiere el velo de la vida y de la muerte.

Las olas, por fin, roban cada estrella: las siento golpear mi cara.

Hasta que el velero se une a la convulsión y todo se vuelve más oscuro aun.

\*\*\*

*Así como una vida ha caído, otra vida se ha de reclamar.*

\*\*\*

*El despertar del mar es agitado; las estrellas caídas le han hecho cosquillas y lo han hecho estornudar. La agitación no se hace esperar...Las olas guerreras se levantan reclamando su territorio: quieren borrar cada espacio de calor.*

*Porque el cielo es su enemigo.*

*El cielo le declamaba la poesía con la lírica más especial a la elegida del mar, por lo que la guerra comenzó.*

\*\*\*

*El mar no podía quedar vencido, así que mudó todo su dolor en forma de olas a la cabeza de la elegida.*

*La colmó tanto que la convenció de unirse a su infinitud.*

*La elegida saltó de un acantilado y, como un cometa en picada, finalmente se entregó a la muerte: con su calor apagándose de pronto y su cabello blanco formando parte de su espuma.*

\*\*\*

*Años después, dos viejos amantes se buscaban en el mar.*

*Una relación que había provocado la muerte de un humano.*

*¿Qué clase de pasión no hace algo similar?*

*La sangre de él corrió, alimentando las facas de los océanos.*

\*\*\*

*Cuando los amantes se buscaban, uno de ellos invocó la luz de las estrellas para no morir —porque lo haría— en soledad.*

*Fue dejando estelas que simulaban puntadas de luz en una piel  
herida.*

*El otro amante, que le había entregado los ojos a la vida, sintió con  
las puntas de sus dedos las estelas que adornaban las vértebras del mar.*

\*\*\*

*Y así lo iba encontrando: guiando sus dedos por la inmensidad, hasta  
que algo pasó.*

*Las estrellas despertaron a la bestia, quien se hendió en el cielo para  
devorar de un bocado cada punto de luz en el espacio y, de paso, reclamar  
una vida que cubriría la arrebatada por uno de los amantes.*

\*\*\*

*De esa manera, los dos amantes estarían perdidos por la eternidad,  
sin ninguna estrella que los guiara a casa.*

*El mar sería su prisión y su tumba.*

\*\*\*

*FIN.*

Despierto de esta terrible ensoñación sintiendo miles de bloques de cemento golpeando mi cabeza, pero es el oleaje que en su embestir me arrebató el aliento.

Me doy cuenta de un hecho que hace a ese aliento escapar hasta la estratosfera: no estoy solo. A mi costado, con sus brazos extendiéndose hacia mí hay un cuerpo. Palpo la superficie con mis temblores desenfrenados hasta llegar a su piel.

Es la piel que tanto he echado de menos.

Es la piel que en cada noche he deseado.

Es la piel que toqué para deshacerme de mis nervios al tocar el piano.

Es la piel que llevo tatuada en el alma y que me sé de memoria.

La piel que, por más que envejezca, siempre voy a necesitar.

Intento despertarlo, hacer latir su pulso hasta que me reconozca y se desboque a la par que el mío.

Porque estamos juntos después de una tormenta más de la vida. Y, aunque esté dormido, quizá inconsciente, debe saber que la hemos sorteado juntos. Como siempre.

Como si siempre hiciera falta reconocer cada ruina de cada error y de cada catástrofe para sentir lo que se ha sufrido.

Por fin, escucho su respiración agitada y cuando vuelca casi todo el mar

de su boca.

La vida vuelve a entrar por cada poro de mi cuerpo.

¿Es así como se siente tener los respiros en su lugar y un nuevo amanecer en cada párpado aunque no haya cielo?

Está junto a mí, esa es la magia que hace abrir todas mis ventanas. Está junto a mí y puedo notar cada latido, cada corriente, cada melodía que se libra en su cuerpo.

—Rob...Hilsen. ¿Cómo puedes estar aquí?

—¿Cómo puedes estar tú aquí, Zilé? ¿No está suficientemente arruinada tu vida como para llenarla de más desastres?

—Rob, todo es por ti. Algún día lo comprenderás.

—Tranquilo —intento calmar su paroxismo.

—Porque estoy intentando remediar todo el daño que te he hecho. Si hubiera tan sólo una oportunidad la tomaría sin considerar lo arriesgado que sea para destruirme. Porque si me destruyo a causa tuya, no se siente destrucción en absoluto.

## ZILÉ THORN

Todo lo que a continuación siguió fue una procesión de sinsentido y fiebre. Como si todo el frío de las olas se hubiera convertido en un fuego latente. Estoy consciente de mi inconsciencia, igual que un sueño dentro de otro sueño. Estoy consciente de que estoy en un letargo bajo los brazos de alguien —de alguien al que quiero gritarle que no merezco su piel—. Insuficiente es mi esfuerzo de querer arañar el velo que cierra mis ojos y correrlo para volver a sentir la brisa llenando mis pulmones. Y contar de una maldita vez la verdad, aunque sea más tempestad que lo que acaba de ocurrir.

Quién diría que, sin decirnos ninguna palabra, ambos vagábamos para evitar la verdad. Pero aquí estamos, rodeados del desastre, de sal y de tormenta.

Aunque no tenga la energía de abrir mis labios, las pesadillas sí la tienen para agolparse en mi cabeza.

Y así comienzan.

\*\*\*

*Estoy frente a una audiencia voraz con máscaras blancas. Todos ven con expectación mi danza, que no es más que un conjunto de movimientos sin ritmo ni arte.*

*Es la música de Rob Hilsen la que estoy bailando, aunque su piano suene a elegía.*

*El piso de madera amarilla se blande ante mis pies y me hundo con las astillas, sintiendo que mis piernas son dos palillos de cristal ante el metal destructor.*

\*\*\*

*Luego, estoy varado en la carretera. La niebla entre las montañas se siente tan espesa que quiero caminar entre ella. Todo se siente tan desierto que se traspasa a mis labios la necesidad de sentir humedad. No hay sonido. El rumor de la arena viajando arrastrada por el viento es inaudible.*

*Hasta que una camioneta se estaciona y es Wendolin quien saluda.*

*Mi coreógrafa.*

*—Zilé, ¿cuándo vuelves?*

*—Ayuda —pido, pero el silencio se come mis palabras.*

*—Seguro ya te has recuperado. Sólo es una crisis.*

—¿Cómo lo sabes?  
—¿Crees que todo el mundo se lo creyó?  
*El escenario es engullido por la niebla.*

\*\*\*

*La siguiente pesadilla es aún peor.  
Es demás escalofriante.  
Estamos en un acantilado.  
Frente a frente.  
Es una desconocida para mí, aunque no tanto para Hilsen.  
—El mar nunca perdona. Pregúntamelo a mí. Pagarás por lo que has  
hecho, Zilé Thorn.*

—¿Cómo lo pagaré?  
—El mar jamás avisa, pero ten por seguro que lo pagarás.  
Al decir eso, con sus dos brazos cadavéricos me toman por los hombros  
y me lanzan al vacío.  
Siento cómo mi cabeza se estrella contra un risco. Justo como la  
cáscara de un huevo.

\*\*\*

Lo siguiente que sueño sigue siendo destrucción y caos. Inmensos  
péndulos de plata caen del cielo y oscilan entre nosotros. Él está con su piano,  
como una figura de cerámica. Los péndulos cambian de dirección y es cuando  
lo hacen trizas, junto al piano. Las partículas flotan en el aire, hasta que no  
queda más que polvo.

Es entonces cuando comprendo que no es una pesadilla: es la realidad.  
Es Rob Hilsen quien se ha hecho trizas tras el accidente, no yo.

\*\*\*

Despierto, pero parece que he despertado tras un millón de  
revoluciones de sol.

—Estás a salvo, estás conmigo.  
No le encuentro sentido a las palabras, pero sé lo que está pasando.  
Estoy en sus brazos. Se sienten como una casa llena de canciones y de  
café.

A pesar de que no puedo articular palabra, le devuelvo una mirada

cargada de compasión.

Y me besa. Me besa con esos labios rojos pálidos tan rebosantes de alivio, candor y protección, tan vibrantes que pueden demoler rascacielos y todas las murallas de mi interior. Me besa y siento un temblor que me hace tambalear y despertar y sentirme vivo. Me besa con desesperación, con desapego, con el hambre de quien no ha rozado sus labios contra otros por milenios y la fiebre sacude de pronto sus huesos para hacerle saber lo que es encontrar paz en el desastre. Me besa y le devuelvo el beso, con un impulso eléctrico, como una descarga que le deja vacías las cuencas de los ojos. Nos estremecemos, somos parte de una tormenta, nos envolvemos y fundamos un espacio que se manifiesta tan arrebatador como «nuestro». Sus labios son un himno, la canción más bonita del mundo, lo que siempre querré recordar en mis momentos de desesperación.

—Rob Hilsen, ¿me juras que ésto es real?

—Ningún sueño le hace justicia a ésto. Es real, Zilé.

Le agradezco tanto que haya dicho mi nombre. Me devuelve una vitalidad desconocida, a pesar de la languidez de mi cuerpo. ¿Así es como se siente que tu alma se derrita en las manos de otra persona?

Porque no me importaría quedarme sin una si va a parar a sus manos.

Me toma por las mejillas y su aliento es tan envolvente que me siento en otra dimensión, ahí donde siempre he querido vivir.

—Te prometo que saldremos de ésta.

Me había olvidado de la realidad: estamos absolutamente perdidos y asilados.

El azul de sus ojos se ha diluido un poco; pero la expresividad de sus miradas es tan desequilibrante que agradezco estar acostado sobre la arena.

—Déjeme soñar, sólo un poco —suplico. Porque es el único interludio antes de contarle todo. Aunque se desbarate este pequeño sueño que ambos estamos viviendo. Quiero soñar un futuro con él y hacerlo realidad al despertar, pero sin ninguna mentira de por medio, sin ningún secreto que nos pueda destrozar, sin ninguna razón para quedarnos a medias. Creo que el amor no es un punto medio: o pierdes o te arrastras en la intensidad del sentimiento.

—Sueña, pero ten sueños donde esté siempre yo —me responde. Cierro los ojos. Deseo soñar en otro pasado, en otros accidentes. Y en sonrisas en lugar de llantos. Pido a los sueños que por primera vez sean clementes y regresen un poco de lo que las pesadillas se han robado. De pronto, las luciérnagas que mi propia oscuridad habían devorado, acuden a mi caverna

para cambiar todas las sábanas que había puesto sobre mi verdadero espíritu.

\*\*\*

Estamos en el mismo escenario en el que danzaba. Sólo que esta vez el nerviosismo y la exasperación no se hacen presentes. La audiencia incluso ha cambiado; todos son rostros de asombro y admiración, como si estuvieran viendo una película y yo no fuera parte de la realidad.

Rob, quien toca el piano con una pasión desmedida, tiene alas de fuego celestial que desprenden plumas de acero en llamas. Sus alas me devuelven la luz, son un camino de plenitud y gracia.

Mi danza sigue, evitando mirar el espectáculo —el verdadero espectáculo— de la luminosidad de Hilsen. Cómo quisiera que sus alas fueran mi casa.

Y deja de tocar.

De pronto, en mi inconsciencia sobre el tiempo, me doy cuenta de que mi coreografía ha terminado y que no ha ocurrido ningún accidente.

Que mi relación con él seguirá siendo la misma. Que seguiremos fundidos en abrazos y besos después de cada baile y que no habrá melodía más sublime que nuestra respiración de pecho contra pecho.

Me devuelve la vista, con sus alas todavía aleteando olas de fuego protector y corre a abrazarme. Su abrazo se siente tan real, que cada hueso de mi cuerpo se ha convertido en agua. Mis músculos se tensan alrededor suyo, queriendo abarcar toda su magnanimidad. Nos dejamos caer sobre la pista y descansamos, con dos incendios en cada mano y los labios eructando juramentos.

\*\*\*

Como toda clase de magia, el sueño se extingue. En su lugar quedan las olas y la arena ardiente contra el sol tímido entre las nubes.

—Rob, debo decirte la verdad.

—¿Queda tiempo para eso? —responde. Si supiera que el tiempo para los dos se acabaría después de mi detonación. Pero no queda otra alternativa: no puedo alimentar esta ilusión a base de artimañas.

—Me temo que el tiempo se va a detener cuando te lo diga, pero no me queda otra opción. No podemos seguir corriendo uno del otro. Nos necesitamos enteros, aunque ésto nos desafíe.

—¿Que otra verdad puede ser que la de que no me perdonarás jamás?

—Te equivocas, Rob. Nunca te he guardado rencor. Eres imposible de



odiar. Todo tú eres bondad y nobleza e inmensidad. Eres inabarcable. Eres tanto que desbordas.

—Te equivocas tú, Zilé... Lo que te hice te arruinó, te quitó toda posibilidad de seguir haciendo lo que amabas. Te robé humanidad y en su lugar puse oscuridad y pena. No quiero imaginar la impotencia que sentías al despertar, el dolor, las ganas de romperme, de aniquilarme. No merezco tu perdón, jamás lo mereceré.

—Claro que lo mereces, aunque después ese perdón se reemplace por el mío.

—¿De qué estás hablando?

—Tenemos tanto que decirnos. Tengo tanto que decirte. Tanto sobre nuestros errores, sobre lo que hemos intentado evadir...La verdad es, Rob, que... Jamás me perdonarás, lo sé. Yo te arrebaté algo más que tus sueños, que tu pasión. Yo...

—No tiene por qué ser en este preciso momento —aduce Rob. La intranquilidad lo ensombrece.

—Tendrá que serlo —respondo—. Porque, en primer lugar, es la primera vez que estamos juntos y con calma. Segundo, porque ya no aguanto las ganas de que las palabras que siempre he tenido en mi garganta por fin escapen y ya dejen esta tortura perpetua.

—¿Qué puede ser, Zilé, si ya lo has dicho todo?

—¿Decirlo todo?

—Me has dicho que jamás seré para ti. Cuando fui al café esperando una reconciliación y me volviste a rechazar. Cuando te descubrí con aquel chico, deseando con unas ganas inmensas que se hiciera polvo y estar en su maldito lugar. Cuando fuiste tan despiadado como para pagarle a Connor para que fingiera su cariño hacia mí. ¿Sabes? La primera noche en que salimos hicimos una especie de juego de adivinar el autor de unos poemas y al adivinar uno, me dijo que podría pedir lo que quisiera. Le dije que me lo reservaba. ¿Sabes qué le hubiera pedido? Que se marchara de mi vida tras saber toda su farsa y que tú estabas detrás. Los odié a ambos. Ahora ya no te odio tanto a ti. Porque quizá lo hiciste con la mejor intención, con la intención de que ya no me sintiera tan desolado. ¿Fue así?

—No, no fue así. Fue con la intención de destrozarte un poco más, si es que quedaba alguna pieza sujeta a ti. Fue para hacerte saber que el amor se compra siempre, con dinero o con belleza. De que el amor nunca es cien por ciento sincero ni desinteresado, que es un maldito engaño, una funesta luz que

algún día se apagará sin dar razones. Fue por eso, Rob, para que sintieras la falsedad; eso tan real que no se quiere mirar a los ojos.

—Pero no te funcionó. Te diré por qué; porque ese amor durante el tiempo que duró se sintió tan sanador. Por un momento me despedí de todas tus cadenas y se sintió tan liberador, como si ya te hubiera dado el último adiós y lo hubieras aceptado. Por eso te lo agradezco, aunque no quieras saber nada de que tu jugada no te sirvió esta vez.

—¿Qué sientes por él, para ser preciso?

—Siento la paz que le sigue a una tormenta. La calma al escuchar mil truenos. La tranquilidad de una noche con estrellas.

—¿Y si te digo que sí fue más ilusión que realidad?

—No, no puede ser más ilusión que realidad. ¿Cómo podría ser si me sentí más «existente» que nunca?

—¿Incluso más que conmigo? ¡Dilo, por más que lastime!

—No me hagas decirlo.

—¡Te lo exijo!

—Se sintió de otra forma, de una forma que no te podría describir. Se sintió como un ensueño. ¿Qué más te puedo decir? ¿Qué más te puedo decir si he extrañado tanto sus labios y su voz, eso que me ancla a esta vida como un nuevo comienzo?

—Me podrías decir cómo lo seguirás extrañando —no temo a que el mundo estalle en millones de fragmentos—. Porque yo lo maté. Yo maté a Connor. Lo maté con mis propias manos. Tuve su sangre en mis manos y no es tan caliente como la mía.



**ROB HILSEN**

Si hubiera sabido lo que conlleva una historia de amor. Si hubiera estado consciente, aunque el más mentiroso del mundo me hablara acerca del dolor, le creería. Le creería porque ahora lo estoy sintiendo.

Ya nada de lo que pueda decir me podrá apartar más de la desesperanza. Lo ha hecho de nuevo. Me ha hundido en la incapacidad de sentir mi alrededor, porque se ha ido con él.

Y es que si nuestras historias jamás se hubieran juntado, si todo hubiera ocurrido de una manera aislada, no tendría por qué haber pasado esto.

Si tan solo pudiéramos haber sido piezas aisladas de distintos rompecabezas. Pero no lo somos ni lo seremos. Es momento de afrontar las consecuencias de lo que implica amar sin medida. Y, aunque sean adversas, es lo que me toca lidiar.

Como aceptar el reflejo que te devuelve la mirada en el espejo, el clima que te quiebra los huesos, la ciudad que te deprime con tan sólo ver su cielo, el cuadro que te roba la respiración con sus colores, el suelo que cruje queriéndote hundir para que ya no camines en su dirección —porque ya es imposible de encontrar.

—Falta que te cuente más, una última cosa antes de que puedas partir con tranquilidad —me dice, como si la fatiga no pudiera mermar su belleza—. Si es que puedes partir fingiendo que nada de esto pasó. Quiero que sepas, Rob Hilsen, que quizá por lo que te has perturbado toda la vida ha sido una falsedad.

Como si todo lo que él me ha hecho sentir y maldecir pudiera ser falso. Yo sé más que nadie lo que es falso: el despertar por las mañanas sintiendo una luz. El caminar sabiendo que tienes un rumbo fijo. El resbalar de tus dedos por la carta sabiendo que escribiste todo tu dolor. La certeza de que con el perdón se te ha ido el rencor.

—¿Hace falta más dolor, Zilé? ¿Ya no es suficiente?

—No —resopla—. Hace falta mucho más. Y después podrás dejar de

escucharme.

«Aunque sólo grites seguirás siendo música para mí»

—Como si funcionaran mis métodos para dejar de escucharte.

—Pues escúchame por lo que más quieras. Por primera vez mis palabras tienen sentido y valor. Aunque no me creas, he muerto por decirte estas palabras y cuánto lo siento. Han permanecido tanto tiempo atoradas en mi garganta...que sentiré tu liberación si es que me permites contarte.

—¿A quién más mataste? Te hago un recuento: Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo, Connor, yo...

—¡Basta! Tengo que decírtelo, Hilsen, todo por lo que te has martirizado es falso. No tienes ninguna razón por la que debas suplicarme perdón. Yo...

—Claro, el gran Zilé Thorn, haciendo sentir a la humanidad como si todos fueran de cartón, incapaces de sentir, como si tuviéramos que implorarte por perdón por cada error que cometemos, como si tuviéramos que pedirte permiso por respirar el mismo aire que tú.

—¿Qué no ves que me estoy matando por decirte la verdad?

—¿Alguna vez Zilé se ha esforzado por alguien? ¿Alguna vez has hecho el esfuerzo de hacerte pasar por humano?

—Por más que cueste, sí.

—Vaya, qué ironía. Otra vez tenemos al Zilé que se esconde en una cueva y pone cadenas porque no quiere sacar a luz su vulnerabilidad. Como si ser humano fuera un crimen y cada acto de bondad le costara un hueso. Te odio, Zilé, perdona que te lo diga. Pero eso es lo que más odio de ti. Que pretendas que no hay ninguna zona de color en tu alma, que pongas murallas y fronteras a lo que no lo tiene ni puede tener...Que te ocultes en tu propio caparazón y no salgas hasta que te sientas lo suficientemente fuerte como para disimular tu espíritu. Jamás has sido verdadero. Y ese fue mi más grande error.

—¿Y qué? Cada quién elige cómo vivir. No me importa que me odies. Merezco cada pizca de tu odio. Es mi alimento. Yo sí merezco tu odio.

Me alejo de él. Antes de que inicie con su discurso sobre lo que nunca pasó y según él sí, sobre lo que hicimos mal...Su función de siempre.

Estoy hastiado de su falsedad. De que combina sus falsas apariencias para hacerlas pasar por reales y después descubrir que es una farsa.

Por eso es que me alejo.

Y, a pesar de que es el único ser en el universo que soy capaz de ver, no quiero darle la atención por más mínima que sea. No quiero ni observar su

hermosura demoledora a pesar de la inclemencia del sol. Tan insondable que cuesta aceptarla.

Me voy, como siempre, estableciendo distancias que el mismo tiempo me dice que es minúscula.

No hay distancia que me pueda separar de él, nos correspondemos. Como ángel y demonio.

Recuerdo que cuando escribí mi primera melodía, tenía un miedo inmenso por saber cómo la escucharían las demás personas. Si mi pasión sería suficiente para que cada sentimiento saliera a flote, si cada nota podría llegar a las almas de quienes la apreciaran. A pesar de saber que casi siempre los oídos se abren y se cierran dependiendo de lo que han escuchado antes. Como sea, así me pasó con el amor. Sentía un amor arrebatador, que me quitaba el aliento, tan abrasador como tener mil soles en las palmas de las mamosa y tan destructor y demoledor como una bomba atómica. Me preguntaba si con la intensidad con la que amaba podría bastar para llegar al alma de la otra persona. Si nuestros sueños podrían ser compartidos. Si nuestra piel contra piel se contaría la misma historia. Ya ves lo que pasa: la gran mayoría de ocasiones buscas a una persona que te borre los rastros de otra, pero es imposible; te dibuja una nueva historia, como debe pasar.

Así que ahí estaba con mi inseguridad, con una pasión en el pecho que no sabía que podía contener. Y resultó que mi amor logró embonar con el amor de otro. No puedo decir que con el mismo sentimiento arrebatador, pero sí que mi adoración llenaba de luz sus espacios más oscuros. Encajábamos a perfección, con nuestras partes deformes por fin tomando forma.

Pero así como inició, acabó. Gastamos tanto tiempo pidiéndonos perdón que nos olvidamos del amor. De pronto cada «te amo» se convirtió en una carga demasiado pesada para seguirla pronunciando. De pronto, los abrazos se sintieron como cadenas, apretando nuestros cuellos. Nuestras palabras se fueron diluyendo, acabando con nuestras declaraciones. De pronto se pedía más perdón que besos. De pronto se amaba por el simple hecho de complacer y de seguir llamando a eso «relación».

Porque intenté expandir la fecha de caducidad a un amor nocivo.

Y por supuesto que no funcionó.

Porque intenté dibujar caminos para volver a llegar a él.

Y sólo dibujé laberintos.

Llegó un punto en que me di cuenta de que no se puede pedir perdón por

amarlo. Es imposible sentirte arrepentido por querer a una persona y decidir que alejarte antes de la detonación es el único método para salvarte. Lo único que pude hacer fue abandonarnos, diciendo con engaño «adiós» cuando sólo era un «hasta que te vuelva a recordar». Porque ¿para qué engañarnos? Historias así no se olvidan ni se despiden. Se recuerdan en la soledad. Se guardan en un cajón. Hasta que otra persona venga y llene de nuevo tus habitaciones de luz.

Y vuelva la oscuridad.

¿Por qué demonios su historia se cruzó con la mía? Si todo lo que toco se convierte en «fatalidad». Mis manos sólo sirven para desatar catástrofes. Por eso mi arte siempre te rompe el alma. El desastre es mi sinónimo. Si tan solo se pudieran borrar los rastros que dejas en las personas y salirte de sus vidas como si sólo fueras polvo. Pero es imposible e insuficiente. No se puede parar el tiempo y pisar el pasado. Sobrellevarlo es la única alternativa. Con las costillas rotas y los pulmones lacerados con astillas en cada costado. Así es la vida; una sucesión de imposibles, de errores y enmiendas, con una luz destellando al final pero que tus ojos no pueden ver.

Connor, cuánto me arrepiento de haberte dañado hasta tal punto de que ya no estás.

Cómo me arrepiento de que mi música haya llegado a tus oídos.

Verás, el piano es mi única manera de decirme que sigo con vida.

Fue lo que nos unió, al fin de cuentas.

Todo tú, con tu jovialidad, como si llevaras el cielo en cada párpado, sonriendo para que mis heridas se hicieran microscópicas, se ha ido. Se ha ido para quedar en recuerdo. Fuiste la única persona que me hizo saber que la vida da segundas oportunidades y las da en serio. Que el sol por más que tarde en salir, al final se manifiesta y te regala el mejor arco iris después de la tormenta.

¿Quién sino tú me hizo dejar de buscar mis piezas perdidas para dedicar mi tiempo en mudar y tener otra piel? Me cambiaste tanto que mi único destino en esta vida que dejaste a medias será el recordarte con dolor. Mi duelo lo llevaré hasta el día de mi muerte, siempre vestido con orgullo y con soberbia, porque lo que hiciste en ese tiempo conmigo fue una hazaña epopéyica.

Así que ahora estoy aquí, Connor, haciéndote una cruz improvisada. Rogándole al mar que te guarde el féretro más elegante que merece tu poesía. Rogando que ese lamento de «sigue vivo por mí» que me traen las olas lo pueda hacer realidad. Aquí estoy, estoy por ti, porque no mereces menos.

Mereces todo lo que mi dolor pueda crear por ti.

Te prometo que no te decepcionaré.

Estas lágrimas y más rodarán por mi cara, como si fueran suficientes para drenarme, para limpiar la pena que me embarga. No lo son ni lo serán, pero cada quien hace lo que está en sus posibilidades.

Por ahora, intento pedirte perdón aunque sea lo más egoísta del mundo. Intento decirte con mis susurros que la vida para mí se ha detenido. Que todos los engranajes del mundo colapsaron cuando tus labios se cerraron.

No niego la falta que me harás. Siempre tendré un hueco tan grande como las auroras sobre las que tanto poetizabas. Por más destrozado que me veas, siempre estaré un poco más. Hasta lo insoportable.

\*\*\*

La noche ha llegado. Las estrellas nos arropan con su manto, porque acarician mi cara con sus hilos de luz, tenues como anguilas transparentes y medusas de gel. Ambos estamos de punta a punta en esta isla. Ignorar su presencia funciona, por más increíble que parezca.

Qué auto engaño más satisfactorio es la distancia. Desearía seguir aplicándolo siempre.

Sin embargo, a pesar de resguardarnos, sé que ambos sentimos nuestras respiraciones tal y como se sintieron desde el primer día: como una respiración de boca en boca para salvarnos de una muerte segura.

Duele ignorarnos, pero también sana.

Es preferible a decirnos adiós para siempre.

Noto que sus pasos se acercan a mí. Oh, sus pasos. Ese sonido que antes añoraba tanto, incluso más que las ansias de un desierto por la lluvia. Está a mi lado. Sé que sus palabras ya apremian por salir porque está llorando.

Zilé Thorn está llorando.

Hasta juro ver los bloques de sus murallas trepando por sus mejillas.

En cada lágrima lleva tatuado el arrepentimiento.

Me urge abrazarlo. Me urge tanto que me quemo por dentro. Las llamas me devoran la garganta y cada espacio vital.

—Lo que he intentado decirte es que...Te he mentido todo este tiempo. No tenías por qué haberme pedido perdón. Nunca te he guardado rencor. Nunca has hecho algo por lo que te pueda odiar. Has hecho todo lo contrario por más que he intentado impedirlo. Te he mentido, Hilsen. El accidente nunca ocurrió. Nunca perdí la posibilidad de continuar bailando. Fue una invención.

—El accidente siempre fuiste tú —completo su discurso.



Y le echo llave a mi cárcel.

## ZILÉ THORN

Así es como sabes que una historia ha llegado a su fin. Sus labios se elevan, pero no sonríen. Sus ojos se anegan de lágrimas, pero no es de felicidad. Sus manos se cierran, pero no sobre las tuyas.

Así fue como se lo dije, sin piedad. Porque en el fondo sabía que jamás habría un perdón en absoluto.

—Lo que he intentado decirte es que... Te he mentido todo este tiempo. No tenías por qué haberme pedido perdón. Nunca te he guardado rencor. Nunca has hecho algo por lo que te pueda odiar. Has hecho todo lo contrario por más que he intentado impedirlo. Te he mentido, Hilsen. El accidente nunca ocurrió. Nunca perdí la posibilidad de continuar bailando. Fue una invención.

—El accidente siempre fuiste tú —sentencia.

¿Así de fácil sería? ¿Reconocerme como la verdadera catástrofe y dejarme ir? ¿Así sería su rencor?

—Es simplemente que me había cansado de mi carrera. Era mi excusa perfecta para dejarlo todo. En cierto modo, Hilsen, tú me liberaste.

—Jamás vuelvas a pronunciar mi nombre. Yo no he hecho nada por ti ni tú por mí. ¿Sabes? La primera vez que conocí a Connor, jugamos un reto de adivinar autores de poemas. Cuando gané en uno, le dije que dejaba mi recompensa para después. Si se la pudiera pedir a la vida, pediría que él estuviera en tu lugar.

Nunca había pensado que las palabras pudieran tener una carga tan real. La tienen, siempre la tienen. No soy una sucesión de letras. En este caso, son una sucesión de cuchilladas contra mi pecho, hirientes sin piedad.

—Pero él ya no está. Yo mismo me encargué de eso. Me encargué de que en este universo sólo estuviéramos tú y yo.

—Lamento decirte que tus planes nunca funcionan. Tú también moriste con él, salvo con una diferencia, ¿adivina a quién sí recordaré?

—Eres un maldito. Siempre has corrido por la vida intentando tener mi perdón y ahora que lo tienes me respondes así. No es justo que lo tengas.

—Ya no necesito tenerlo. No tiene valor para mí. No después de saber que todo sobre lo que me martirizado es una farsa. No después de saber que todo tú eres una mentira construida para impactar en las vidas de los demás porque de otra forma no tendrías relevancia. Y sí, aunque ahora tenga tu perdón y no lo merezca es una señal de que nunca sabrás mostrar compasión.

—La compasión la tendré siempre —respondo—. Aunque no lo diga, siempre estará ahí para quien la busque. Pero si quien la busca lo hace con el propósito de desaparecerme de su vida, mi rencor lo perseguirá por la eternidad, sin tregua alguna.

—Te he dicho adiós tantas veces que ya me acostumbré.

—Pero desaparecerme para siempre no lo has hecho.

—Comprendo que eres de los que crean su propio paraíso y se destierran —dice—. Pero ahora que sé toda la verdad, siento que una carga se ha esfumado. Ya no te siento dentro de mí; te fuiste con ella. Si supiera que así se sentiría, te hubiera encontrado para decirte adiós desde hace mucho tiempo atrás.

—Mientes, Rob. No te hagas el que lo tiene todo controlado. Sé que mi esencia no ha abandonado a la tuya. Sé que siempre habrá algo dentro de mí en tu interior, por más que intentes borrarlo.

—¿Y qué es, según tú?

—Todos los temblores que sentías cuanto te abrazaba desnudo, el calor de los incendios que encendía en tu alma, las caricias que jamás podrás sacar de tu memoria. Estamos tan conectados, de una forma que no puedo comprender, pero lo estamos. Nos pertenecemos.

—Te hace falta comprender que no todo en esta vida es incendiarse en la pasión. A veces hace falta calma. Y esa sólo me la podía dar él. Lástima que en ti es tan difícil de encontrar.

—No has buscado lo suficiente, Hilsen.

—Me doy por vencido en su búsqueda, entonces —dice levantando las manos.

Si supiera cómo es imposible rendirse. Si supiera que en este amor no es posible la palabra “rendición” porque se trata de recomponernos incluso a través de las cenizas. Que si luchamos siempre será tomándonos de las manos y no dándonos la espalda. Son tantas cosas que necesitamos saber, como si se tratara de una primera vez y no de un nuevo comienzo.

Pero ahí están los errores, marcando su territorio, recalcando su necesidad de ser sentidos. Parece que somos víctimas de ellos, no producto del cariño. Su peso es más notable que todo lo demás y aun así tengo las ganas de seguir, no con capricho, sino como una resistencia a la muerte.

Porque no es necesario ocultarlo: estoy muriendo.

Antes: quiero decirle que no me iré sin él. La idea de dejar este mundo sin llevarme un último suspiro de él trazado en mi mente me es tan irrealizable... Cualquier pensamiento donde él esté lejos es tan imposible y tan ajena. Por eso quiero alargar estos momentos que estamos juntos como si cada segundo llevara una vida consigo.

Lo quiero. Lo quiero con una intensidad que me quema las venas. Lo quiero como para dejar al mar sin agua y a los volcanes sin fuego. Como para hacer que las estrellas se sientan avergonzadas porque no tienen nuestro brillo. Lo quiero con la inmensidad del cielo y la fuerza de las montañas y con la magnitud de lo que sujeta a todos los objetos a la Tierra.

Si tan sólo supiera que he estado guardando tiempo para sobrevivir. Que todo es una necesidad tras otra de ganarle a algo que está fuera de mis manos. Aunque siempre piense en él y su imagen me devuelva la esperanza, sé que mi camino al final se va estrechando cada vez más.

Y no me quiero ir sin antes reparar un poco mi desastre. El desastre producto de la rabia, del mal entendimiento del mundo.

—Hilsen, escucha. Quizá por el momento no lo entiendas, pero todo tiene un sentido y una razón de ser. Y aunque no quieras escucharme, lo tendrás que hacer.

—¿Con qué motivo? Si todo siempre termina regresando a ti, a tu necesidad de excusarte de las heridas que haces en los demás. Déjame adivinar ¿tendré que disculparme de nuevo para aumentar tu ego?

—Ya dejémonos de tonterías, de estar huyendo uno del otro. No funciona de esta manera. Quiero decirte por qué he intentado alejarte. He intentado alejarte porque...

—Porque “es una forma de liberarte”. ¿Es eso? Porque no quieres tener ataduras con alguien, alguien más del montón.

—Estás totalmente equivocado —trato de calmarlo con mi voz—. He intentado alejarte porque... Porque me estoy muriendo, Hilsen. Me estoy muriendo. La realidad es que me estoy muriendo.

—¿De qué, precisamente? Es en sentido metafórico, ¿verdad?

Sus preguntas revelan su desesperación y sus ganas de que todo sea una mentira más. De que no esté hablando en serio. De que él se está muriendo porque esté bromeando. Pero no es así. Desearía poder borrar lo que ahora es parte de mi naturaleza, pero no es posible. Es sólo una forma de sobrellevar la vida.

Tanto y tan cruel que me hubiera gustado haber muerto ya en esta isla. Y no que él vea cómo poco a poco me consumo.

A pesar de la urgencia que tengo por mentirle, no lo haré. A pesar de que él quiere escuchar otras palabras, temo que no serán lo suficientemente gratas.

Tenía razón en mantenerlo alejado.

—Tengo SIDA, Hilsen. Me quedan pocos años de vida.

En ese momento, ocurre un flashback. En una escena, estamos abrazados

sentados frente a su piano, devorándonos. El calor se siente latente y tan real que vuelvo a vivirlo. Luego, estamos en la playa, con botellas de vidrio que dentro guardan un pergamino con miles de “te amo” y de fondo un cielo lila. A esa le sigue una escena donde estamos frente a una fogata contándonos secretos, sin que nada importe demasiado. Nuestros besos fulguran sobre el fuego y estallan. Por último, nuestros caminos se bifurcan. Estamos en diferentes veleros, diciéndonos adiós. Nunca nos volveremos a ver, por eso cada adiós flota en el aire queriéndose escuchar. El mar por donde va él está lleno de colores. En el mío apenas se pueden distinguir gris y negro.

—Tengo SIDA, Rob. Por eso necesitaba ese tiempo, por eso necesitaba alejarte de mi detonación. Sabía que sería demasiado doloroso para ti, por eso lo intenté. Y a pesar de que no funcionaba, guardaba la esperanza de que tu propio instinto te advirtiera.

—¿Cómo podía alejarme si me necesitabas tanto? —replica—. Justo después de la muerte de tus padres sentí una necesidad tan anti natural de querer correr a ti sin importar los obstáculos que pusieras. Te me hacías tan desprotegido y quería darte mis brazos para que los tomaras como baluarte.

—Sé que ambos hemos perdido. Y siento como no tienes idea el hecho de que me sume a tus pérdidas.

—No, Zilé. Yo jamás te perderé —su promesa es la más sincera que he escuchado. Si el mundo prometiera así, ya no tendría gravedad.

—Me temo que sí. He intentado probar hasta lo más inverosímil. He intentado alargar mis horas y me he dado cuenta de lo inútil que es si tú no estás en ellas. No pretendo obligarte a que estés conmigo, pero debes saberlo: las horas no tienen sentido si tú no estás ahí.

—¿Soy suficiente para darte las fuerzas que necesitas?

—Ver tu risa es lo que más me sana en este mundo. No necesitas preguntarlo siquiera. No concibo un remedio que no sea tu sonrisa.

—Quisiera que todo fuera mentira. ¿Por qué, Zilé? ¿Por qué siempre hay una muralla que me separa de ti? Incluso la vida se encarga de arrojarnos a la distancia, como un juego repetitivo y que no se puede evitar.

—Se puede evitar —digo, aunque no sé cómo—. Se puede evitar si tomas mi mano y lo intentamos como si partiéramos de la nada. Si tu sonrisa es lo que veo primero en las mañanas. Si tu piel calienta mi sangre. Si en tus ojos veo mi reflejo y no me aterra lo que pueda encontrar. Si lo mejor de ti saca lo mejor de mí y es suficiente para lidiar con mis propios demonios. Eres más que suficiente, Rob. Eres salvación.

—Ojalá siempre lo hubiera sido. Ojalá no nos hubiéramos gastado en seguirnos mientras uno hacía laberintos en la ruta del otro.

—Incluso estando perdidos me sentía encontrado.

—Qué lindo hablas.

— Ya no tienes que desear nada más que quedarte.

—En caso de que desee quedarme, ¿quién me garantiza de que no me vas a desterrar?

—Por Dios, Hilsen. Si te destierro te llevarías toda la vida contigo.

—No soy muy simpatizante de las maletas, pero si me pides que haga mudanzas, sólo hará falta quitarles el polvo.

Su aceptación me llena de optimismo. Estoy viviendo en estos segundos la plenitud de mil vidas. Cada palabra suya que trate sobre perdón y olvido y comienzo, rezuma tranquilidad y hace destellar cada parte perdida y oscura de mi alma.

De modo que, en la noche azulada, estamos frente a una hoguera, pidiendo los deseos que no se nos han cumplido pero ahora con la ilusión de que se harán más que realidad. Porque es el deseo de dos corazones arrojados, juntando sus suturas para completar las del otro.

Lo que ocurre a continuación es tan inhóspito que toda la calma desaparece y vuelve a aparecer, en intermitencias. Un rayo golpea el árbol donde estamos recargados. Las chispas de luz se mutan, vibrantes, sobre las puntas del árbol, quemándolo a su paso.

Mi columna se siente tan destrozada, que juro que un palillo me sostiene. A

como dé manera, protejo el cuerpo de Hilsen. Caigo rendido en un abrazo sobre su cuerpo, protegiéndolo incluso de la noche.

¿Así se debe sentir morir? ¿Morir es sólo cerrar los párpados aunque se resistan y sostener por unos segundos toda la magnitud del universo con todos sus tonos y detonaciones?

Morir es tan...

Morir es tan...

Morir es...

Morir...



**ROB HILSEN**

Han pasado seis años desde el último accidente. Los mismos cortes, las mismas cicatrices y las mismas historias siguen marcadas en mi piel, pero con una gran diferencia: un cambio en el destino que me cambió —nos cambió— para siempre.

Sin embargo, para él el destino no fue tan clemente.

No quiero hablar sobre su muerte, porque no fue muerte en absoluto. Fue sólo un cierre de ciclo, un paso a un plano donde el dolor y la miseria no existen, salvo la paz que tanto tardó en encontrar. Me lo imagino tendido en campos de margaritas, descansando en la eternidad, porque no merecía menos. Merecía toda la calma de las estrellas.

Su vida le hubiera servido a cualquiera para entender la importancia de la tranquilidad y todo lo que se encuentra en el medio junto con el perdón y la posibilidad de perdonar. A veces me resultaba tan complejo entenderlo, pero para él siempre era necesario poder tener un impacto en la vida de los demás. Le aterraba entrar en el olvido, y, aunque yo fuera la única persona que lo recordaría, le dije:

—Para mí siempre será imposible olvidarte. Aunque tu amor lo contengan mis muros y se salga de sus límites. Siempre te recordaré entre cada atardecer y cada invierno. Eres tan imposible de arrancar, ¿no te lo ha dicho ya la vida? Tan imposible que si te olvido, yo también me olvidaría de mí.

Se fue tan en paz de esta vida que todo el llanto que se desprendió dejó de doler.

Se fue.

Era tan increíble el hecho de que sus ojos se cerraron para siempre que ya moría por encontrarlo en mi otra vida.

Todo lo que encierra el «se fue» es insuficiente. Hace falta más para poder expresar lo que en realidad es ver partir a alguien, con tus ganas de sujetar su alma y viajar con ella a cualquier infierno. De darle tu propio espíritu para que renazca. De cerrar tus ojos para ver si tú también te vas con

él.

Sin embargo, poco a poco aprendes a lidiar con el dolor. Sientes miles de astillas cerrándose en torno al corazón y ahí pruebas cuan duro es. Cuan impenetrable es a partir de lo que has sufrido antes. Aprendes a «contener», más que todo. Aprendes a retener las lágrimas cuando escuchas una canción que te recuerda a él, un cuadro, un paisaje, una gota de lluvia, una carretera.

Zilé, aquí está lo que encontré cuando te perdí: encontré a un Rob sin esperanzas, cuyo cuerpo era un contenedor de órganos antes que un ser viviente. Encontré una soledad que dolía y que no se guardaba ningún segundo para manifestarse. Encontré cuadros sin pintar, porque todos los colores me daban lo mismo y me hacían sentir lo mismo: soledad, rompimiento y pánico al amor. Encontré resistencia en mis restos rotos. Encontré canciones que me hacían llorar cuando antes me hacían amarte. Encontré un baluarte en un cuartel que perdió la guerra. Encontré glaciares en la primavera y hospitalidad en el invierno. Encontré espacios en donde todo estaba ocupado por la oscuridad. Me encontré abrazado porque era la única forma de contenerme y tener todo en el mismo lugar. Encontré un renacimiento a partir de las lágrimas, que eran fuentes. Encontré una casa por la que no entraba la luz ni por sus grietas. Encontré una melodía en mi llanto y un final en el principio.

Y en cada cosa que encontraba y en cada cosa que perdía, siempre estabas tú, mi gran estela en mi ruta perdida.

Mierda.

Hablaba de no recordar tu muerte y es lo único que hago.

Es momento de cerrar los ojos.

Es momento de dormir.

Porque tu recuerdo se está desgranando en dolor.

[Es como una migraña de recuerdos]

\*\*\*

La única razón por la que estoy vivo es a causa de Picaza.

Sí, a pesar de la estupidez que le había hecho, ella volvió para encontrarnos. Nos encontró en aquella isla y nos salvó. Nos dio un interludio para que nos recuperáramos y cerráramos el ciclo que tanto tiempo llevaba buscando cerrar.

Después del rayo que cayó, recuperé la vista. Primero fue una neblina que con el tiempo se fue disipando. Hasta que logré ver cada figura en el universo.

[Aunque toda la nitidez siempre se la llevara él]

Gracias a Picaza, Zilé pudo irse en paz. Gracias a Picaza pude ver el poder de la reconciliación. Me hizo ver que siempre regresarás a los lugares que te hicieron feliz hasta llorar. Que una amistad y un cariño de tal magnitud no se pueden quedar en el pasado.

Volvíamos a ser nosotros. Eso es lo más grato que puede existir. Regresar a tu casa a pesar de perderte mil veces y reconocer cada espacio con un calor de otro mundo. Anclarte a la tranquilidad de corazones que te resultan tan familiares, hasta tal punto de ser capaz de dibujarlos como si conocieras cada espacio de ellos.

Se sintió tan bien regresar a ese punto en el que todo está acomodado con tal precisión y estabilidad que ya no temes volver a vivir, con todas las fallas que pueda implicar. Porque puede atenazarte el miedo más profundo cuando intentas sonreír, como si estuviera alguien o alguna circunstancia dispuesta a borrarla. Puede atenazarte el dolor más profundo cuando te reblandeces ante el arte o la belleza del mundo, pero jamás podrá atenazarte la imposibilidad de sentir libremente.

De sentir, por ejemplo, que al final del camino estarán siempre las personas que siempre quisiste en tu vida y se fueron sin que el tiempo bastara.

A partir de entonces, del final, pude ver claramente que la vida siempre regala segundas oportunidades, que es un lienzo que siempre se está reinventando, que siempre necesitará que busques nuevos colores porque no bastan los que tienes por defecto. Que siempre, por más duro que parezca, debes borrar los rayones que fingiste que eran arte por el simple hecho de llenar el cuadro.

Como aquel cuadro que me regaló.

Estaba en una galería, intentando como siempre llenar o evitar la soledad de un domingo. Estaba tan distraído con el arte que no me percataba de que mis pies estaban en el suelo. Todos los cuadros absorbían mi atención, dándole importancia y significado a cada detalle.

Excepto uno, que me hizo darle algo más que atención: exigió un pedazo de mi vida.

Al principio sólo era un lienzo en blanco, hasta que fijé mis ojos en él.

Se empezaron a dibujar gruesos ríos de lágrimas. Las lágrimas provenían de unos ojos muy similares: de los míos. Los caminos de lágrimas seguían y seguían, tan reales que parecían arrastrarme entre sus corrientes. Pude sentir cómo el pintor se sabía a calca cada destello de mi alma cuando en los caminos se empezaron a dilucidar estrellas, como dándole una razón de ser

a cada punto de dolor. Me sentí tan conectado, tan parte del cuadro, que no quería salir de él. Justo cuando vi la figura de Zilé levantando un candil entre la oscuridad, supe que toda la sanación se desprendía de su presencia. Que él era el origen de las estrellas. Que él, era el origen de que volviera a sonreír a pesar de tenerlo todo por perdido. De que todas mis lágrimas no habían sido en vano. De que el renacer no costaba tanto después de reconocer tu muerte. Y ahí estaban de fondo los pequeños accidentes que nos dieron sentido.

Tú, tendido en un manto de estrellas después de tu caída. Yo, en un manantial, con mis dedos desgastados de tanto tocar una melodía que llegara a ti. Nosotros, navegando entre un mar de luna con la distancia apuñalándonos.

Todos los colores son tan cegadores que me tengo que sostener con algo para no caer. O, más bien, con alguien. Con Zilé Thorn, el autor del cuadro.

—He esperado tanto para que lo vieras. He buscado esos colores por una parte perdida del mundo para que fuera tan especial para ti y lo he llamado «El Perdón» para que por fin sientas que todo tiene color en la tragedia. Es tan poco para lo que puedo decirte, pero, aquí está, aquí está nuestra historia y todo por lo que hemos pasado. Y es tan insignificante, pero he dejado una parte de mi vitalidad en cada pincelada...Y...sólo espero que lo hayas sentido. Que hayas sentido que lo siento mucho.

—Todo lo que puedas sentir, lo has dejado ahí —confieso—. Nunca había creído que un corazón roto pudiera crear un arte tan sublime...Y lo has hecho realidad, es tan real que siento que el irreal soy yo. No pidas perdón, Zilé, sólo pide una oportunidad de redimirte. Conmigo siempre serás posible dentro de la imposibilidad.

Y nos abrazamos. Nos abrazamos diciéndonos que el perdón ha llegado. Que existe una tregua al final del camino donde todo se siente con sabor a esperanza y es un espacio para poder sanar cada herida que no se podía suturar.

Cerramos nuestras manos en señal de alivio.

Se ha cerrado el ciclo.

\*\*\*

Ha llegado el día de nuestra boda. Cada detalle tiene una especialidad para no ser olvidado. Registro cada espacio con una incredulidad de ensueño. Es real que uniremos nuestras vidas después de tanto naufragar. Es una realidad que ya no nos podrá separar ninguna circunstancia, porque es letal estar separados y todo me lleva a él.

Veo toda la reconciliación en sus ojos. Tienen el naranja de la

primavera, del atardecer y de las nuevas promesas. Su caminar es poesía en sí mismo. Tiene los ojos anegados en lágrimas porque él también registra todo con incredulidad. Y es que somos un milagro, en pocas palabras. Un milagro que surgió de la infinitud de los instantes, de la urgencia de un nuevo comienzo, de la urgencia de terminar con las esperas y de abrazarnos por la espalda cuando ya ningún secreto nos acecha.

Somos tan reales que el resto del mundo pierde sentido.

Volteo para encontrar los ojos espectrales de Paola.

Me hace un gesto tan tierno para que limpie la lágrima que se está resbalando.

Porque ella lo trajo de vuelta. Ella hizo que el mar le regresara la vida.

Connor, tan brillante después de los accidentes, tan ileso de las catástrofes y tan convencido de que su lugar es conmigo.

Me toma la mano, que no para de temblar y hace un juramento en el que cada palabra destella estremecimientos.

—Yo, Connor, te acepto. Te acepto para abrazarte cuando las pesadillas sean más reales que yo. Te acepto con la promesa de encontrarnos después de miles de tornados. Te acepto con el fin de que entre mis dedos veas un espacio en el que encajan los tuyos. Te acepto para limpiarte cada lágrima y hacerte un lienzo para que tengan su color. Te acepto, Rob Hilsen, para hacerte saber que no tienes por qué esperar, porque nos pertenecemos y en cada hora de la aurora están escritos nuestros nombres como una canción que se repite por el universo. Te acepto, te acepto y te amo y te amaré hasta que los días pierdan su ritmo.

Y ahí está todo lo que había pedido: poder cerrar un ciclo para que otro comenzara. Poder ser capaz de ver en él toda la posibilidad que vi desde un inicio, de amarlo con la intensidad de mil relámpagos y de no dejarlo ir porque desde que encontré sus ojos, todas mis heridas se desvanecieron y nuestras risas juntas son el himno que representa el fin de mi soledad. Pero es más que eso; es un infinito de paz, es un pecho donde mi cabeza se siente a salvo de tantos pensamientos, un abdomen que me hace descansar de toda mi furia y unos brazos que me resguardan y me contienen cuando quiero salir de mí.

Así es el renacer que siempre he buscado: un paraíso que siempre me abre las puertas a pesar de mis errores, una nueva luz que siempre está palpitando como un faro que me devuelve a casa. Es todo lo que he pedido y más, es una eternidad acoplada con la vida.

Es algo que jamás perderé.

Es algo que he encontrado.

Y que siempre sujeto con el puño para que no escape.

**ZILÉ THORN**

Querido Rob Hilsen:

Siento el final en cada segundo. Pero no es tan fatal, porque me has aceptado tal y como soy, con todos mis errores y todos mis vacíos y me has vuelto a abrazar con la vitalidad de los corazones de todos los seres vivos del planeta. Estar entre tus brazos es como volver a nacer. Te sientes tan protegido y con un calor que nunca has sentido en otro fuego. Derrites cada glaciador que hay dentro de mí y haces que mi cuerpo deje de ser una cárcel para ser un campo de tulipanes.

Verás, ¿cómo te digo lo que ya sabes de antemano? ¿Cómo decirte que después de mí siempre hay un camino? Que no quiero que te quedes estancado después de mi muerte, te quiero ver entero, tan entero como para que puedas volver a sentir el candor de una nueva sonrisa.

Hilsen, no puedo decirte adiós. No puedo porque mi lengua se sentiría tan desierta que no quiero ni pensarlo. Nunca aprenderé a despedirme de ti. Es imposible, un auto engaño. No es posible despedirte de quien te hace sentir tan completo y tan de otra dimensión.

Te quieren las auroras. Te quieren como yo, tan esplendoroso en su mismo cielo. Sé que llegará un día en que nos volveremos a encontrar y ya no se sentirá tan doloroso. Guardo las esperanzas de que ya no recordaremos lo que nos hizo daño y nos reconoceremos con la fiereza de nuestro primer amor. Te quiero volver a encontrar y volver a decirte al oído tantas cosas que he pensado...Incluso la poesía que odio, las canciones que no me salen y las oraciones más impronunciables. Todo lo que tengo y todo lo que soy es para ti. No importa si de repente es mucho y al otro día se siente tan poco. Te quiero entregar todo antes de partir. Quiero que tú conserves cada historia y cada detalle de lo que fui.

A tu lado todo es más sencillo. A tu lado no existen las complicaciones

ni los errores. Duele imaginarte en otro espacio, pero así es como nos quiere el destino. Duele darte la espalda en el momento de partir, pero queda esa promesa. Sé que la haremos realidad.

Si pudiera tomarte de la mano una última vez, pediría este deseo: que tú me lleves de la mano al final del túnel. Contigo el temor no se hace presente. Contigo la luz se expande y el caminar hacia el final se siente como un placer. Como sea, mis manos siempre desearán tocar las tuyas. No importan las circunstancias, mis manos siempre te necesitarán. Sé que las aparté de mi camino en cierta época, pero era para que no sintieras el glaciar que llevaba dentro. Unas manos como las tuyas merecían algo más que mi frialdad.

Así que aquí estoy, recordando.

Aquí estoy y aquí estaré.

Siempre estaré en el muelle, con mis gritos desesperados, en cada ola del mar, en cada nube sin forma, en cada pétalo arrancado sin piedad por el viento.

Estaré en cada cosa cuya belleza siempre te haga recordarme.

Pero basta de promesas. Es hora de agradecerte. Es hora de agradecerte porque en estos últimos días has estado conmigo como si ya no tuviera esperanzas y cada segundo fuera una despedida. Pero has estado sosteniéndome y llenando de magia todos los instantes. El viaje en globo, el viaje en paracaídas, el espectáculo de las estrellas fugaces, el espectáculo de tu ternura... Sujeto todo lo anterior para no dejarlo ir. Es mi gravedad en estos momentos.

Querido Rob Hilsen: quien te encuentre después de mí se deberá sentir tan orgulloso y dichoso porque encontrará en ti una fortuna mayor a un millón de diamantes. Eres tan imposible de creer. Eres como tu música, algo que deseas que se extienda hasta el infinito y, cuando llega a su fin, hace que tu alma se vuelva a colocar en su lugar porque ha viajado por todas las constelaciones posibles. Quien te encuentre deberá saber que dar contigo es tan difícil pero una vez que lo logras, has logrado entrar en otra galaxia. Todo tú eres incuestionablemente inimaginable, poderoso y arrebatador. Costaba no dejar escapar suspiros cada que te miraba. Le has arrebatado una hermosura al mundo.

No sé que decirte... No sé que decirte como últimas palabras. Quiero decirte algo más que «gracias» y «hasta pronto»... Pero no sé qué pueda decirte. Quizá por eso sea mejor expresándome con colores.

Quiero decirte que el mero hecho de tu existencia complementó la mía.



Que te agradezco por cada palabra que me dedicaste, por cada canción que tu piano me dedicó, por cada espacio que siempre hablará de mí. Te agradezco por dejarme un lugar en tu tormenta, por compartir tu paraguas conmigo a pesar de que no había cabida para los dos. Te agradezco por ver lo mejor de mí, incluso cuando yo mismo lo ocultaba. Eres el reflejo que siempre querré ver en los charcos, los ojos que siempre querré encontrar entre la multitud. Y a pesar de que nos perdimos, supe en el primer instante que nuestros caminos se terminarían por juntar, porque así es el destino. El destino siempre estará entre nosotros, no como un muro, sino como un lago en el que navegamos hasta chocar.

Eres todo lo que jamás podré decirme al espejo. Eres barrera y eres espacio. Eres tormenta y eres respiro. Eres tan fuego pero tan cálido que no quemas: alumbras y guías y proteges. Eres la luz que jamás quiero apagar.

Por eso te escribo, Rob Hilsen, porque frente a frente ninguna de estas palabras saldría a flote.

Simplemente te llevas mi último suspiro porque en este navegar en el que siempre he intentado encontrarme, hiciste que me diera cuenta de algo: que siempre he estado buscando algo que ya llevo dentro. Que siempre que he estado errando por el vacío he tenido un propósito que había omitido. En toda mi odisea siempre me he buscado y al final encontré lo más importante: me encontré a mí.

Y no me dio miedo reconocermelo. Reconocer los estragos de mi huracán. Reconocer que era yo desde el principio de los tiempos quien necesitaba encontrar sus debilidades y fortalezas para seguir adelante. Encontré la fortaleza de un amor que creía perdido, la infinitud de lo efímero, la calma de la desesperación cuando estoy sin ti y sólo puedo lidiar con el recuerdo. Encontré la forma de ver al mundo a los ojos y no temblar. Encontré la forma de pedir perdón y —lo más importante— pedirme perdón a mí. No podía seguir en esta batalla si primero no me perdonaba. Después, encontré que en la reconciliación hay un poder tan sanador que ya no necesitas nada más para seguir con tu rumbo. Encontré que abandonarme no era la opción para abandonar esta vida. Encontré otros caminos que no llevaban a mi perdición, sino a lo que el destino tenía planeado con incertidumbre. Te encontré a ti también, Hilsen, en medio de la catástrofe, sonriente, con un paraguas destartalado que querías compartir conmigo. Y me acerqué a ti, diciéndote que nosotros éramos la catástrofe y que éramos tan feroces que el mundo nos temía.

Eres la forma más bonita que tuve para salvarme.

No sabía que todas las partes rotas de mi alma podrían tener una manera de soldarse. La encontré en tus abrazos y en tus besos que sabían a mar. Pero sí, tenían manera de soldarse y de volver a colocarse en su lugar, porque nada ni nadie se pierde para siempre.

No todo está perdido, Rob. No todo está perdido para los dos. Siempre hay una forma de volver a casa, me lo has demostrado. Siempre hay una forma de que la chimenea nos vuelva a dar calor, de que las ventanas vuelvan a permitir la entrada de la luz, de que las paredes nos puedan contener.

Sí, el dolor es una casa, pero podemos salir a tomar aire fresco y volver a pintar las paredes y volver a sentirnos seguros.

Porque después de todo, siempre queda una manera de volver a recorrer tu vida y observar cada detalle que faltaba y que puedes corregir. Siempre queda un bocado de felicidad; es un pastel que no se acaba. Gracias por darme la oportunidad de enmendar cada error y de que no faltara el tiempo para redimirme. No fue fácil, te confieso, pero rompí cada barrera que yo mismo construía. Me llevaré todo tu perdón hasta la muerte, porque me hiciste saber que sí existe la piedad.

A pesar de que tengo un ligero miedo por lo que viene delante, tengo más esperanza que nunca. Tengo esperanza porque yo te estaré esperando, mientras tú tomas tus otras posibilidades, mientras tú comienzas de nuevo con el pasado a cuestas.

Te espero del otro lado, Hilsen, donde no hay dolor ni remordimiento. Donde los campos de tulipanes se extienden hasta las montañas y la paz es lo más común en cada día. Te espero donde los segundos ya no cuestan y donde los amaneceres duren más. Te espero con miles de abrazos en una lista de espera donde siempre está tu nombre. Te espero con la ilusión de que aún me recuerdes con esa sonrisa tan ancha que te caracteriza, esperando que en mi recuerdo pese más lo grato que las tristezas. Te espero, Hilsen, donde las estrellas nos esperan.

Siempre quedará un espacio para ti. Es como si me hubiera mudado a una región donde mis pequeñas muertes ya no tienen cabida y esté aguardando tu lugar...Porque siempre se sentirá tu vacío, tu ausencia...Eres irremplazable, nadie ni nada puede tener tu lugar y por eso te reclamo cada mañana, porque tu brillo no se compara con el del sol y tu fortaleza no me la pueden dar las piedras del río donde siempre lloro.

Es muy lindo aquí. Hay valles, un verde que me quita la respiración y

lagos con todas las lágrimas del dolor de la humanidad. Los colores del cielo siempre cambian y hay miles de lienzos donde puedo plasmar cuánto te extraño. La compañía se siente tan lejana, que incluso cuando llueve aprecio cada gota de lluvia que cae del cielo. Por eso en mi cabeza siempre estás tú, porque es una manera de decirme que la soledad sólo es esperar un poco más por ti.

A pesar de sentirme tan pequeño, estoy consciente de que la grandeza es una cosa de apreciación de escalas. A pesar de sentirme tan intermitente, siempre descubro que hay nuevas luces dentro de mí que alumbran mi camino. A pesar de sentirme tan inestable, sé que con mis temblores puedo tirar al vacío lo que me sigue disgustando.

¿Que te puedo seguir contando, Hilsen? Que todos los amaneceres llevan tu nombre, que la luna me hace pensar en la poesía que siempre te hubiera gustado escuchar, que en cada prado siempre está la esperanza de que cada tempestad tenga una justificación.

Eres la tempestad más bonita del mundo, aquella que me hubiera gustado vivir mil y un veces más.

Lo que encontré cuando te perdí fue algo que va más allá de la soledad. Es algo que me lleva a lo que siempre temí no porque me hiciera sentir desafiado, sino porque me hiciera sentir eterno. Lo que encontré cuando te perdí fue esa eternidad que tienen los finales tristes, eso que te deja el corazón desbocado por todo lo que has sentido y sin ánimos de dormir porque piensas que todo fue un sueño. Lo que encontré cuando te perdí siempre será la historia que me cuente cuando me abrace, lo que siempre me traerá el atardecer, lo que siempre, estando apartados en la distancia, me diga «encontraste más de lo que esperabas, encontraste lo imposible de perder de nuevo».

**FIN**

# FABIÁN TAPIA

Fabián Tapia nació en México y tiene 21 años.

Como escritor, ha publicado relatos cortos para CONACULTA, ha ganado varios certámenes de composición artística y ha sido testigo de las mayores muestras de arte en Nueva York.

Es autor de los cuentos El Imperio de las Sombras y Utopía en Globo y de la novelas Paola o el Renacer del Mar, Nunca [pero después] y Cartas por el cielo. Esta última novela ha sido aclamada por la crítica como una historia con una narración sin parangón y la nueva promesa de la romántica española. Sus poemarios, además de Aún, son El chico de los ojos secos y Ayer.

Actualmente estudia la carrera de Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Chihuahua y en su tiempo libre hace reseñas literarias en su sitio web: [www.hijodeletras.blogspot.mx](http://www.hijodeletras.blogspot.mx)

Facebook: [www.facebook.com/fabiantapiaescritor](http://www.facebook.com/fabiantapiaescritor)

Twitter e Instagram: @hijodeletras

---

[\[1\]](#) Día de las bromas de abril.